

Gotham Tribune

Copyright 2023 May, 26, by Aritz Fernández Urchaga

Vol. MCMLXXIX.... Nu. 14, Nov

GOTHAM CITY, WEDNESDAY, OCTOBER 31, 1906

FREE

DONDE HABITA LA OSCURIDAD

Prólogo

Tanto el nombre como el símbolo de Batman, son sin duda unos de los iconos más reconocibles de la cultura pop contemporánea. El atractivo de este personaje radica, como todos sabemos, en ser un hombre corriente convertido en héroe por voluntad propia, merced a un pasado trágico en vez de por la predestinación. Todos podíamos desear de niños ser Superman, Thor o Spiderman, más allá de combatir a sus enemigos o dificultades, pero nadie, en conciencia, quiere ser realmente Bruce Wayne/Batman, pues eso supondría presenciar el asesinato de nuestros padres siendo niños. Es por ello que este personaje es a la vez una figura tanto admirada como temida y, del mismo modo, alguien de quien nos compadecemos. A esa naturaleza vulnerable, sin superpoderes, con la que todos podemos identificarnos, se suman dos elementos que resultan extraordinariamente atractivos: el primero es su enorme fortuna; el segundo, el empleo del miedo como arma principal. Y el uso del miedo, el generar terror en el criminal, conlleva una satisfacción más allá del cumplimiento del deber autoimpuesto. Satisfacción basada en la venganza; en el tormento psicológico; en el deseo de que el criminal experimente un sufrimiento que el sistema de justicia no proporciona (ni, pienso, debe hacerlo). Batman es, a grandes rasgos, un demonio de la guarda pero con un férreo código moral que, deseamos, caiga sobre los malvados.

Pero siempre he pensado que la figura de Bruce Wayne guarda dentro de él algo que le hace necesitar de forma compulsiva adoptar esa otra identidad. Mucho se ha escrito sobre la cuestión de la salud mental de este personaje teniendo en cuenta sus acciones, y si podría sufrir fobias o trastornos. En este sentido, los doctores Lloyd Schley (*Batman on the Couch: Unburdening One Man's Soul From the Perspective of Modern Psychopathology*) o la doctora Robin S. Rosenberg (*Batman's Mental Health*) entre otros, lo han diagnosticado con ansiedad, estrés postraumático y posiblemente un trastorno de la personalidad disociativa. Y es ese elemento, el de su equilibrio mental, el que siempre me resultó fascinante; el hecho de que un adulto se disfrace de murciélago para luchar contra el crimen, entendí que lo hace caminar sobre una muy delgada línea que tal vez no siempre pueda separarlo de convertirse en un criminal desquiciado como a los que combate.

Centrándome en lo personal, creo que mi primer contacto con Batman fue a través de la genial serie de Warner Bros. *Batman: la serie animada*, de la que recuerdo como grabada a fuego su fantástica intro, con varios zepelines iluminando las téntricas calles de Gotham, esos dos gánsteres de gabardina y sombrero atrayendo un banco, y cómo Batman los desarma y atrapa, para terminar siendo iluminado por un rayo en la azotea de un edificio.

Ya entonces supe que esa época, la de las gabardinas y sombreros, los coches Ford modelo A o la Ley Seca, era el escenario en el que quería ver algún día a Bruce Wayne/Batman y al resto de personajes de su universo. Desde luego, por aquel entonces aún estaba lejos de descubrir mi vocación por la escritura y ni mucho menos imaginaba que algún día podría ni siquiera proponerme ser yo quien llevara a cabo semejante ocurrencia, pero supongo que es así como nacen muchos proyectos, con una ilusión infantil que espera aletargada a germinar una vez tenemos en la vida adulta los medios o talento para realizarlos.

Y esa idea comenzó a cobrar fuerza en agosto del año lejano 2008 a raíz de la crisis económica. Pensé en los responsables de aquello y en el sufrimiento que generaba en la sociedad, y que pocos villanos de comics podrían realmente causar un daño tan profundo y duradero a nivel global por muy macabros que fueran sus planes. Y al ser recurrentes en los medios de comunicación las comparaciones con el Crack del 29 y posterior Gran Depresión, al momento pensé en que sería formidable una historia en la que ese suceso hubiera sido perpetrado por un enemigo de Batman y situar a los personajes de su universo en ese New York/Gotham de los "felices años veinte".

Batman: Tragedia y Salvación *Vol. I*

¿Pero cuál podría ser el villano responsable de aquello? ¿Bane? ¿Hiedra Venenosa? No. Sin duda, debía ser alguien distinguido y poderoso, como Bruce Wayne, pero con serios traumas infantiles que le hayan llevado por el camino opuesto, siendo capaz de maquinarse ese plan megalómano, representando en todos los sentidos una antítesis de Batman. Ese villano, sin duda, debía ser el Pinguino y, Oswald Cobblepot, una mezcla entre John D. Rockefeller y Al Capone. La idea me cautivó por completo y comencé a recopilar tanto información sobre la época como a elaborar un posible casting con actores de Hollywood, pues ¿por qué no fantasear con que algún día ese proyecto pudiera llegar a ver la luz en la gran pantalla? pero de eso hablaré más adelante.

Lo cierto es que, por aquel entonces, aún no contaba con la madurez, tenacidad o inspiración suficiente como para enfrentarme a tal reto, por lo que ese proyecto, ese puñado de imágenes junto con unas ideas que no podían considerarse ni una endeble sinopsis, permaneció dormido hasta el 2022. Fue ese año, tras ver la película *The Batman*, cuando sentí que tenía que mostrar mi visión de esos personajes, proponiéndome no demorar más el proyecto y dar vida a ese New York/Gotham de sombreros y gabardinas; de excesos y avaricia; de corrupción y crimen organizado; a esos Batman y Pinguino junto con una Selina Kyle/Catwoman para la que tenía en mente un origen igual de trágico pero un desarrollo y trama muy prometedoras que justificaban tanto una personalidad bipolar como sus habilidades para la lucha o la necesidad de cometer hurtos.

De modo que, ese mismo verano, contando ya con unos personajes cuya identidad, pasado y presente, junto con sus motivaciones, tenía bien definidos, comencé el proceso de documentación sobre el contexto histórico y las personalidades y sucesos más destacados del New York de finales de la década de 1920 (tomando aquellas referencias que resultaban convenientes y descartando o añadiendo otras, al fin y al cabo hablamos de una obra de ficción), al tiempo que pensaba en la forma de introducir todos los elementos con los que, entendía, una buena historia de Batman debía contar. Y aunque mi prioridad es no decepcionar al lector, sé que nunca se podrá contentar al 100% a un fandom tan exigente como es el de DC Comics. Porque esta novela, este *Fanfiction*, no es sino una declaración de amor hacia unos personajes trágicos y heroicos que, siempre he entendido, deben luchar tanto contra el crimen en las calles como con sus propios demonios interiores. Una novela escrita por un fan, tanto para otros fans como para los amantes de la literatura policíaca.

Pero una novela, al menos en mi caso, antes de ser escrita, es siempre imaginada; visualizada mentalmente escena a escena e incluso plano a plano y, aquí, ese elemento, los primeros planos, juegan un papel fundamental. Porque si los ojos son el espejo del alma, cada personaje tiene dos almas: una máscara que muestran en público y otra bajo la que se sienten liberados, y siento que ambas están en lucha entre sí, de modo que necesitaba poder ver esos ojos y caras como si las tuviera delante. Es por ello que, como decía antes, la primera cosa a la que me dediqué fue a hacer el "casting" para los papeles protagonistas.

Desde un primer momento, ya en aquel lejano 2008, supe sin ninguna duda que el actor perfecto para dar vida, tanto al multimillonario Bruce Wayne como a su alter ego, era Josh Brolin. Un actor elegante, con carisma y atractivo, que puede interpretar tanto a un galán de cine clásico vestido con smoking y pajarita, como encarnar de manera extraordinariamente solvente a un luchador implacable, como demostró contundentemente en el remake de *Oldboy*.

Para el rol de Selina Kyle/Catwoman tenía dudas (la sombra de Michelle Pfeiffer es alargada) pero al tiempo de comenzar a escribir esta novela, y tras haber visto buena parte de su filmografía, supe que la actriz perfecta para ese papel sería Amanda Seyfried. Su constitución física, rostro y enormes ojos, transmiten fragilidad y dulzura, pero también es capaz de mostrar con gran facilidad melancolía y una tristeza profunda, que es la base de la identidad de la Selina Kyle/Catwoman que yo propongo.

En el caso del Pinguino, lo cierto es que, tal vez debido a lo exagerado de su caracterización en *Batman Returns*, no puedo pensar en otro que no sea nuevamente Danny DeVito, aunque, claro está, aquí sería un elegante magnate, con sobrepeso y nariz aguileña, sí, pero sin el resto de atribuciones.

Quiero remarcar que en esta novela no existe la censura pero tampoco me recreo en los aspectos más sórdidos ni violentos, comprobando el lector cómo "desperdicio" extraordinarias ocasiones para que Batman se enzarce en una lucha cuerpo a cuerpo. Es una novela, lo reconozco, escrita en medio del hartazgo por el cine, así como la música y televisión que se realiza hoy en día, donde apenas quedan autores ni artesanos, y la creación artística en muchos géneros y casos queda reducida a mero contenido que se produce a un ritmo demencial. Porque, como reza el dicho: "La ciencia tiene el deber de tranquilizar y, el arte, de perturbar", y creo que hoy en día ninguna de ambas está cumpliendo con esas funciones, tanto por los condicionantes económicos como, en el caso concreto de la segunda, por el gran temor a que cualquier persona pueda mostrarse ofendida en sus redes sociales. Temor por el cual las *majors* están desvirtuando ese arte, convirtiendo las creaciones cinematográficas en productos mediocres y pusilánimes, sin valores ni enseñanzas prácticas, elaborados en cadena y sin pasión para un consumo masivo y olvidados con la misma velocidad, sin dejar huella en un espectador que debería vivir una experiencia conmovedora, cuando no convulsa, que lo arranque de su aletargamiento. Pero ese cine, claro está, podría provocar ofensa a alguien. Y ese arte, sumado a una educación e información igual de inofensivas, crean una sociedad indefensa. Porque el arte, la ficción, el juego, son un aprendizaje para la vida adulta, y la vida adulta no va a ofendernos, sino que nos someterá sin contemplaciones si se lo permitimos.

Tal vez ese sea el objetivo.

Redactor
Aritz F. Urchaga

24 de septiembre de 1929

Bruce Wayne regresa a Gotham tras varios meses en las Indias Orientales, encontrando una ciudad más corrupta, superficial y entregada a los excesos de lo que recordaba, y en la que la fiebre por la especulación bursátil parece haberse apoderado de hasta el último de los ciudadanos.

Pronto, el asesinato de un líder sindical que el periódico Gotham Tribune atribuye a un gánster conocido únicamente como el *Pingüino*, le llevará, junto con su inseparable mayordomo, Alfred Pennyworth, a iniciar una investigación a través de la cual relacionará una serie de violentos crímenes sin resolver, en los que estarían implicados tanto el experto en finanzas y magnate del petróleo, Oswald Cobblepot, como los principales poderes políticos y policiales de la ciudad. Bruce Wayne deberá actuar tanto desde su identidad de multimillonario excéntrico como encarnando al *Murciélago*, para descubrir el plan y objetivos del Pingüino, un rival cuyo alter ego público es casi tan poderoso como él, y que, por sus brutales métodos, ha logrado convertirse en el hombre más temido en las calles.

Pero la realidad de Bruce Wayne se torna más desconcertante aún, cuando el teniente Gordon le pide que atrape a una delincuente conocida como la *Gata*; una hábil ladrona tras cuya máscara se oculta la joven y tímida Selina Kyle —hija de uno de sus mejores amigos y candidato a senador por Gotham—, con quien de inmediato siente una profunda y extraña conexión. La costumbre de mantener las apariencias en público y fingir lo que no son, resultará cada vez más complicado para Bruce Wayne, Oswald Cobblepot y Selina Kyle, a medida que sus relaciones personales se mezclan de forma dramática, generando una tensión y violencia psicológica que rivaliza con la física que acecha al anochecer.

Grandes hechos históricos reales se combinan con unos personajes igual de fascinantes y complejos, los cuales deberán luchar entre ellos con la misma firmeza que por mantener el control sobre unas mentes acechadas por traumas del pasado, mientras sobre los ciudadanos de Gotham se cierne la amenaza de un caos nunca antes conocido.

Donde Habita la Oscuridad

Batman: Tragedia y Salvación

TÍTULOS DE LA SAGA:

Vol. 1, Donde Habita la Oscuridad

Vol. 2, En los Dominios de la Locura

Vol. 3, Un Macabro Cuento de Hadas

Batman: Tragedia y Salvación

Vol. 1

DONDE HABITA LA OSCURIDAD

Aritz F. Urchaga

Este relato es una obra de ficción independiente y los personajes mencionados en él son propiedad de DC Comics. El uso de estos personajes se realiza únicamente con fines literarios y sin intención de infringir los derechos de autor. Este relato no está respaldado ni afiliado de ninguna manera con el propietario de los personajes.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2023, Aritz Fernández Urchaga
ISNI: 0000 0005 0391 0023
www.aritzfurchaga.com

Ilustración de portada: Aritz Fernández Urchaga

Capítulo 1

31 de octubre de 1906

Cae el crepúsculo sobre Gotham, y la bulliciosa actividad del día se dispone a dejar paso a otra muy diferente. Obreros, estibadores del puerto, banqueros, abogados, oficinistas, camareras y tenderos llenan las calles para dirigirse a sus hogares, a las humildes tabernas de los barrios marginales o a los mejores restaurantes y ampulosos teatros de la Avenida Central.

Pero, esa noche, la ciudad ve deambular a seres deformes y siniestros que no se esconden ni rehúyen las multitudes, sino que se muestran en público con orgullo. La mayoría de niños han sido contagiados por el recién llegado espíritu de Halloween; una festividad hasta entonces marginal que desembarcó de la mano de los inmigrantes irlandeses, pero que, ese año, con el apoyo del alcalde, el cual desea ganarse a esa creciente comunidad y sus votos, se dispone a inundar todo Gotham. Ese día, señalado por muchos en el calendario, los padres dejan salir a sus hijos una vez se ha puesto el sol, como si los disfraces y maquillaje de sus caras fueran a librarlos del mal y espantar a los criminales, igual que se creía que las calabazas con las que ahora adornan los jardines espantaban a los malos espíritus. Esos pequeños caminan y saltan alegremente por las calles disfrazados de brujas, fantasmas o presidiarios; muestran ira o temor, deseo de huir o de atacar a cuantos les rodean, dependiendo del personaje que encarnen.

Pero hay uno que no necesita infundir terror, ni las manchas de su ropa o pánico de su cara son fingidos. No tendrá más de doce años, viste un buen traje negro con pajarita, y su camisa blanca, como su cara, están manchadas por varias salpicaduras de lo que parece sangre. Pide auxilio a aquellos con los que se cruza, pero la mayoría le ignoran, creyendo que es uno más disfrazado de forma grotesca. Agarra a los caballeros y señoras de sus abrigos suplicando atención, pero estos, puede que ebrios, en el mejor de los casos le devuelven risas y felicitaciones por lo realista de su caracterización. Ve a dos niños vestidos de esqueletos y otro con capa y capucha negra que caminan cogidos del brazo, dando saltos al son de una canción que tararean con tono agudo y estridente. Les habla a gritos, pero ellos no le escuchan, sino que lo sujetan formando una cadena, continuando su camino. Les chilla algo que pudiera ser un insulto, pero su voz apenas se escucha entre

la letra de esa canción. Con rabia, forcejea hasta lograr soltarse. Se echa en mitad del tráfico y un coche de caballos está a poco de arrollarlo. Los animales se asustan, pero el cochero puede dominarlos; grita al niño para que tenga cuidado y salga de la calzada, continuando su camino. Se interpone después en el paso de un automóvil, pero, de nuevo, solo consigue que a poco estén de atropellarlo. Nadie se detiene ni le escucha. Los conductores únicamente aminoran la velocidad para decirle que se quite de en medio. Desesperado, cae de rodillas en mitad del bullicio frenético de bestias y máquinas, a las que parece faltar tiempo para llegar a su destino. Así permanece varios minutos, con la mirada gacha, respirando con dificultad y los ojos empapados en lágrimas, hasta que siente la presencia de dos hombres frente a él. Visten abrigos oscuros abrochados por dos largas hileras de botones y ceñidos por cinturones con una gran hebilla dorada; guantes blancos y, en la cabeza, gorras de fieltro. En el pecho y en la banda de la gorra portan sendas placas de policía.

Ya no está solo, sino rodeado de agentes de la ley, abrigado con una basta manta de algodón gris, y da la espalda a los cuerpos de un hombre y una mujer que yacen juntos en el suelo, manchados de sangre por varias heridas de bala. Lucha por no mirarlos. Quiere engañarse a sí mismo y creer que en cualquier momento se levantarán e irán junto a él. Con gran apuro, un hombre avanza corriendo por el callejón. Quiere llegar a él, pero es detenido por dos agentes antes de que pueda acercarse al lugar del crimen.

—¡Conozco a ese niño! —grita Alfred Pennyworth, un hombre de unos treinta años—. ¡Soy su mayordomo! ¡Déjenme pasar!

Los oficiales le permiten pasar hasta donde custodian al niño. Ambos se abrazan, pero el mayordomo, a diferencia de su joven señor, no puede dejar de mirar los dos cuerpos, pero contiene su inquietud y también las lágrimas.

—Señorito Bruce —dice Alfred—. ¿Está usted bien?

—Sí —murmura él—. Pero no me dicen nada. No me dicen si papa y mama se van a poner bien...

Alfred ve entonces que la policía cubre ambos cuerpos con dos sábanas blancas. Aprieta con más fuerza al niño contra él y cierra los ojos, procurando que no vea ese trágico final, aunque pueda imaginarlo.

—Debemos irnos, señorito Bruce. Dejemos trabajar a estas personas...

En su lujoso Rolls Royce Silver Ghost, Bruce Wayne es conducido de regreso a las afueras; a su no menos fastuosa mansión. Mira por la ventanilla y ve que, aunque su mundo se desmorona, en las calles a

nadie le importa. Cada vez más gente se suma a la fiesta. Todos cantan y gritan, fingen felicidad o miedo ante los disfraces y maquillajes macabros, pero pocos han experimentado el terror que ahora él siente. Se aleja del bullicio y el falso pánico para sumirse en uno muy real: el temor a la soledad y a lo desconocido.

En una calle cercana a la que Alfred y Bruce acaban de dejar atrás, tres niños golpean el escaparate de una pajarería. El primero lleva la cabeza cubierta por un saco de tela de cuya parte superior sobresale un manojo de paja, con dos agujeros para los ojos y una cuerda atada al cuello. El segundo tiene la cara pintada de naranja, con varias franjas verticales negras, y los ojos y labios remarcados también en negro. El tercero lleva maquillado solo el lado izquierdo de la cara, simulando una calavera.

—¡Que salga el pingüino! —grita el del saco.

—¡Queremos ver al pingüino! —chilla el disfrazado de calabaza.

—¡Él no necesita disfrazarse! —dice el de la media cara maquillada de calavera—. ¡Deje que salga!

Las luces de la primera planta del edificio se encienden y, al poco, también las del local. Los niños ven por el escaparate que una mujer baja las escaleras y se dirige hacia ellos. Aguardan todo el tiempo que pueden para continuar con las burlas, pero en cuanto ella abre la puerta y ven que lleva una escoba en las manos, echan a correr calle abajo, riendo y gritando aún más fuerte.

—¡Aquí no hay ningún pingüino! —chilla la mujer, con los ojos llorosos y fuera de sí por la rabia—. ¡Largo de aquí y no volváis!

En la planta superior, otro niño llora desconsolado, tapándose los oídos con las manos. Es obeso para su edad, que rondará los trece años; su nariz es aguileña y sus ojos, por lo redondeado de su rostro y cabeza, parecen menores de lo normal. La mujer cierra la puerta y sube corriendo las escaleras para volver junto a él. Se arrodilla en el suelo y lo abraza, apretándolo contra su pecho, intentando en vano consolarle de unas burlas que, a buen seguro, no son las primeras que sufre ni tampoco serán las últimas.

Solo una estancia de la decimosegunda planta del mayor rascacielos que da al parque Robinson parece habitada. En esa habitación, pintada de blanco y rosa, hay una gran cama con dosel cubierta con sábanas y mantas también rosas y repleta de mullidos cojines de diversos tamaños, osos de peluche y caras muñecas de porcelana elegantemente vestidas. La decoración y los suaves tonos pastel del dormitorio

contrastan con la extraña vestimenta oscura y ceñida de una niña de unos seis años que permanece inmóvil y con los ojos cerrados, como castigada, pero con una expresión de ansiedad e ilusión. Está de pie junto a un gran espejo, vestida enteramente de pies a cabeza con un traje de cuero negro. Tiene la punta de la nariz pintada también de negro, simulando un hocico del que salen tres líneas hacia cada lado a modo de bigotes felinos.

—¿Puedo mirar ya, tío Bob? —pregunta ella.

—Aún no, Selina —responde la voz de un hombre que no llegará a los cuarenta años—. Falta el último toque; la guinda del pastel.

—Será el mejor disfraz de Halloween de todo Gotham, ¿verdad? Recuerda que lo prometiste.

—Desde luego, pequeña.

Robert Kyle deja una caja sobre la cama, la abre con cuidado, retira el envoltorio y saca una diadema con dos orejas de gato negras. Con manos algo temblorosas se acerca a la niña, que aguarda inquieta, sin disimular una sonrisa. Y, no pudiendo reprimirse por más tiempo, abre los ojos, sonriendo aún más al ver tan precioso objeto. Cuando su tío le coloca la diadema en la cabeza, esta se funde a la perfección con la capucha, pareciendo realmente que esas orejas puntiagudas fueran suyas.

—Perfecta —susurra él, acariciándole la cara con ambas manos, bajando después por su cuello, hombros y brazos hasta las caderas, apretándoselas ligeramente—. Eres una gatita adorable...

En la mansión de los Wayne, el joven Bruce entra en su habitación seguido muy de cerca por su mayordomo. Está decorada con falsas telarañas, calabazas talladas que sonríen de manera terrorífica, y multitud de murciélagos negros de cartón que cuelgan del techo y armarios. Un enorme ventanal permite que el cuarto sea iluminado por la luz de la luna llena, y Bruce observa que uno de los murciélagos se recorta contra ese perfecto y radiante círculo blanco, como si estuviera dibujado en él. Y así permanece varios segundos, como hipnotizado. Pero a Alfred, la decoración le parece inapropiada y ya sin sentido, pues no hay nada que celebrar.

—Retiraré estos adornos para que pueda descansar, señorito Bruce.

—No —dice el niño, viendo que su mayordomo iba a arrancar uno de los murciélagos—. Es lo último que hice junto a ellos. Pasamos todo un día recortando y colgando estos murciélagos. Déjalos aquí... Puedes irte, Alfred.

—Señorito Bruce —dice el mayordomo, saliendo de la habitación.

El último heredero de los Wayne abre el ventanal, se pone el pijama y se mete en la cama. Esa multitud de murciélagos que se ciernen sobre él oscilan ahora en un suave vaivén, mecidos por la brisa que penetra del exterior. Pero no los siente como algo amenazante, sino como el más dulce recuerdo de su familia, y lo más cercano que en ese momento puede considerar, ángeles de la guarda.

—Buenas noches, mamá. Buenas noches, papá —susurra Bruce, antes de cerrar los ojos, con la imagen de uno de esos murciélagos aún grabada en la retina.

Capítulo 2

5 de febrero de 1929

Las calles de Gotham están cubiertas por la nieve, pero eso no detiene el frenesí de una ciudad convulsa que crece de forma desmedida. Nuevos barrios, mayores que cualquier otro de los conocidos hasta entonces, son creados de la nada para albergar a las masas de trabajadores que llegan en oleadas al puerto; mano de obra barata necesaria para trabajar en los muelles, las fábricas, y para edificar los rascacielos que se alzan en su distrito financiero.

En el downtown, un Rolls Royce Phantom transita a menor velocidad que el resto de vehículos e, incluso se diría, que muchos transeúntes. Es como si el conductor pasara por la campiña o añorara otros tiempos; tiempos en los que esa ciudad aún no había enloquecido, sumida en la vanidad y la avaricia. El vehículo aminora aún más la marcha hasta detenerse frente al Gotham National Bank. Sin la urgencia que sí parece invadir al resto de ciudadanos, Alfred Pennyworth sale del vehículo, recoge una cartera de piel oscura y su sombrero del asiento del acompañante y se vuelve para mirar el edificio. Es imponente; para eso fue creado. Su altura y columnas de piedra de estilo clásico recuerdan subconscientemente a un templo griego. Parece un lugar que alberga riquezas, sabiduría y poder, ante cuya visión cualquiera se sentiría acobardado, pero Alfred sabe que todo es pura apariencia. Con paso calmado propio de su edad y experiencia, entra en el banco, atusa su fino y cuidado bigote, se quita el abrigo y saluda al recepcionista y a varias secretarias y oficinistas a los que seguramente conoce desde que empezaron a trabajar allí, dirigiéndose al despacho del director.

Thomas Woodbridge, un hombre de unos cincuenta años, corpulento y bien vestido con un traje azul oscuro y una corbata plateada cuyo nudo parece ahogarle, lee el periódico mientras fuma un puro y murmura en voz baja. Su secretaria, una elegante mujer de pelo claro y unos sesenta años, toca tres veces la puerta y la entrea-bre.

—Señor Woodbridge —dice ella, permitiendo la entrada al mayordomo de los Wayne—. Alfred Pennyworth ha venido a verle.

—¡Ah! ¡Alfred! ¡Me alegra verte de nuevo! —saluda el director, levantándose pesadamente y tendiéndole la mano—. Siéntate, no te esperaba tan temprano.

—Señor Woodbridge —corresponde al saludo Alfred, estrechándole la mano, sintiendo algo de aprensión al notar que la tiene sudada.

Una vez se ha sentado, se la limpia con disimulo en la chaqueta.

—Gracias, señora Greenfield —dice el director, despachando a la secretaria—. ¿Qué puedo hacer por ti, Alfred? ¿Has decidido solicitar ese préstamo del que te hablé? No te quedes atrás, el valor de las acciones no deja de subir. Y no te preocupes, sabes que no exigimos ninguna garantía a cambio. ¿No querrás ser un mayordomo hasta el fin de tus días, verdad? Invierte en los valores que yo te recomiende, y tal vez, en menos de un año, podrás mirar de igual a igual a tu señor.

—No creo que eso fuera posible, señor Woodbridge.

—Entre tú y yo —murmura el director, acercándose a Alfred, quien puede sentir su fuerte aliento mezclado con el olor del puro—. No te dejes arrastrar por su desconfianza. Bruce Wayne sabrá de fiestas y carreras, pero no de finanzas. Estás perdiendo una oportunidad única en la historia para hacerte rico.

—Tendré en cuenta su consejo, señor Woodbridge, pero hoy he venido tan solo para entregarle esto —replica el mayordomo, sacando varios documentos y carpetas de su cartera.

—Al menos invierte tus ahorros. Saca rentabilidad a esos dólares. Yo personalmente supervisaré las operaciones.

—Aquí tiene —dice Alfred, ignorando al banquero, dejando los documentos sobre su mesa—. Son títulos de propiedades y contratos de arrendamiento y con el ejército.

El banquero, algo ofuscado por no haber podido convencerlo tampoco en esa ocasión para que acepte su ofrecimiento, coge los documentos con desgana y empieza a repararlos. Por su parte, Alfred procura obviar los malos modos de ese hombre y el humo asfixiante y empalagoso de su puro barato, observando a su alrededor con cierta nostalgia, recordando a otra persona que se sentaba en el lugar que ahora él ocupa.

—Creo que no había vuelto a estar aquí desde la tragedia ocurrida a su predecesor, el señor Hutchison —dice el mayordomo—. Aunque hayan pasado casi tres meses, quiero darle mi pésame por su fallecimiento. Sé que estaban muy unidos.

—Oh, sí... Una terrible desgracia. Él fue mi mentor en el banco. Siempre bromeábamos diciendo que para que yo ocupara su puesto, él tendría que estar muerto y enterrado.

—Era un buen hombre; de firmes convicciones. Honesto y leal para con sus socios y clientes. Eso no es fácil de encontrar hoy en día en esta ciudad.

—Sí... una tragedia —murmura el director, con la mirada perdida en los papeles—. Esperaba que estos documentos me los entregara el señor Wayne en persona.

—Continúa en las Indias Orientales, señor Woodbridge. Pero, como puede comprobar, no descuida sus negocios aquí, en Gotham. Verá que las firmas y sellos están en orden.

—Si yo fuera él no me tomaría vacaciones tan largas —dice el banquero en voz baja, dejando de leer los documentos, inclinándose hacia Alfred—. Si acepta consejos, y ya sé que no, dile que la fortuna de su familia no durará para siempre. Hay una nueva raza de magnates ahí fuera, y no son ricos herederos, como él. Son hombres hechos a sí mismos; titanes con agallas acostumbrados a luchar sin importar adversidad ni a quien tengan enfrente... Más le vale al señor Wayne volver pronto y ponerse al frente de su empresa, o se lo comerán vivo.

—Sí. Sin duda el señor Wayne estará muy interesado en reunirse con usted cuando vuelva, sobre todo tras haber demostrado tanto arrojo en sus operaciones.

—¿Yo? ¿Arrojo?

—Usted ha apoyado financiar las inversiones del señor Cobblepot, incluyendo la construcción de su torre. Un movimiento arriesgado, si me lo permite. Más aún teniendo en cuenta la oposición que mostraron su predecesor y la junta directiva.

El rostro del banquero se enrojece y su frente comienza a sudar.

—Oh, es eso —dice el señor Woodbridge, levantándose—. El señor Cobblepot es uno de los mayores propietarios de pozos de petróleo del país... entre otras cosas. Gotham recibe con los brazos abiertos a personas como él, y este banco también.

—El señor Hutchison, que en paz descanse, no pensaba igual. Ese hombre y sus operaciones despiertan demasiadas dudas, ¿no cree?

—¿Dudas? ¿Dudas en quién? —pregunta alterado el director—. ¿En el Gobierno Federal? ¿En esos mequetrefes envidiosos y sin ambición que nunca han tenido valor para salir al mundo y ser alguien?

—Es una forma de verlo, señor Woodbridge —responde Alfred, quien, a diferencia del banquero, no pierde la serenidad.

—¿Detecto celos, Alfred? ¿Acaso tu señor está enojado por saber que este mismo año la Torre CobbleCorp superará en altura a la suya? Tal vez sea el signo de los tiempos, ¿no crees? La hegemonía de la Torre Wayne no habrá durado demasiado, que digamos.

—¿Todo está en orden, señor Woodbridge? —dice el mayordomo, mirando los documentos que le ha entregado.

—Sí, Alfred. Todo parece correcto.

—Que tenga un buen día, señor Woodbridge. —Alfred se levanta y se dirige a la puerta, entreabriéndola. Pero, antes de salir, parece recordar algo importante—. Por cierto, el señor Wayne me ha comunicado que ha tenido tiempo en sus vacaciones para comprar la naviera *Kelawar Trans Group*; la más importante que opera en el Pacífico. Ahora, Industrias Wayne cuenta con la mayor flota comercial y de transporte transoceánico del mundo. Que tenga un buen día.

—¿Y... y por qué no nos pidió que financiáramos esa operación? ¡Lo habríamos hecho a un interés ridículo!

Pero Alfred ya ha salido del despacho cerrando la puerta tras él, sin disimular una sonrisa de satisfacción. En ese momento, el director, que siente aún más calor, aprovecha para aflojarse el nudo de la corbata y quitarse la chaqueta. A pesar de la tibia temperatura del despacho, y de la gélida del exterior, su camisa esta empapada en sudor. Se acerca a un mueble bar oculto en la parte baja de un armario, saca una botella y un vaso, y se sirve un whisky doble sin hielo, que engulle de un trago. Mira de soslayo por el cristal de la puerta, y aún puede ver al mayordomo al fondo del pasillo, alejándose a paso tranquilo.

—¡Señora Greenfield! —grita, con el rostro más enrojecido aún.

—¿Sí, señor Woodbridge? —pregunta la secretaria, entreabriendo la puerta y asomándose inquieta, casi sin atreverse a entrar en el despacho.

—Llévese esto —manda él, entregándole los documentos de Alfred—, y compruebe que no falte ni una coma y que las firmas y sellos sean perfectamente legibles.

—Sí, señor Woodbridge —responde ella, apresurándose a dejar solo al director, no sabiendo qué es lo que ha podido enojarle tanto tras una conversación con el siempre afable Alfred Pennyworth.

Una de las mayores virtudes de un mayordomo es la discreción, pero a Alfred, tal vez por la edad, cada vez le cuesta más evitar el sarcasmo y callar lo que piensa. Pocas cosas le importan ya, salvo su señor. Un señor del que no sabe nada desde hace dos meses. Piensa en él mientras se dirige al puente *Trigate*. Conduciendo por las calles de esa ciudad en la que convergen algunas de las mayores fortunas del mundo y los barrios más miserables, no puede evitar sentir lástima por la desaparición de tantos talleres artesanales y pequeños comercios, sustituidos por cadenas comerciales y edificios de ladrillo ennegrecidos por el humo de las fábricas cercanas. Ve a obreros y oficiales que, si pudieran ir a los barrios ricos sin ser detenidos, se cruzarían con acaudalados hombres y mujeres que se adornan con oro y joyas de África, visten

pieles de la India, y comen los mejores manjares acompañados de los vinos más caros de Francia. Es cierto que nadie les obliga a ir allí ni a aceptar tan duras condiciones de trabajo, y probablemente vengan de lugares mucho peores, donde ni siquiera se les ofrece la posibilidad de morir cayendo del andamio de un rascacielos, o sepultados excavando los túneles del metro. Ese es un pensamiento al que Alfred siempre recurre para consolar su ánimo ante la visión de los guetos y las afueras de Gotham, que parece atraer, devorar y escupir los huesos de todos los que abandonan el campo y llegan allí deslumbrados por su enormidad y la promesa de un futuro mejor para ellos y sus familias; por las luces de los teatros y cines; por las grandes avenidas y sus escaparates repletos de trajes, vestidos, abrigos y joyas que nunca podrán comprar. Él, como los grandes Ernest Hemingway, Francis Scott Fitzgerald y tantos otros escritores e intelectuales, repudia la exaltación de lo superficial y la nueva cultura materialista que se ha apoderado de la sociedad; pero también sabe que su señor es el principal representante de esa élite inmoral a la que no le importa nada salvo ellos mismos.

Alfred deja de pensar en esas cuestiones para disfrutar de la campiña, donde ya puede ver a lo lejos, como sacada de un poema medieval, la mansión Wayne; una residencia de estilo Tudor digna de un lord inglés. Tras cruzar la valla, aparca el Rolls junto a la entrada y sube la escalinata, abriendo la gran puerta tallada de roble macizo. El lugar parece deshabitado. Sin Bruce Wayne allí, Alfred ha despachado a todos los miembros del servicio. Tan solo el jardinero acude dos veces por semana. Pero sabiendo que otra de las virtudes de un mayordomo es la constancia, comienza a realizar puntualmente sus tareas, como si los ojos de su señor le estuvieran vigilando. La primera, extrañamente, no la realiza en una de las habitaciones ni salones, ni en ningún lugar de la mansión propiamente dicha, sino bajo ella.

Llevando consigo un ejemplar del Gotham Tribune de ese día, el mayordomo desciende a las entrañas de piedra que sustentan la mansión por unas escaleras metálicas cuyos peldaños crujen a cada paso, necesitando sujetarse a la barandilla para sentirse más seguro. Una vez en suelo firme, activa una palanca que hace encender seis focos, los cuales alumbran el centro de una gran cueva que, por tamaño, parece poder albergar las gradas y pista de una cancha de baloncesto. Se acerca entonces a una mesa con cuatro máquinas para el visionado de microfilms, junto a la que hay varios cajones de ficheros y archivadores metálicos. A su derecha, tiene una sala de laboratorio equipada con frascos repletos de sustancias químicas, tubos de ensayo, probetas,

máquinas centrifugadoras, microscopios y otros artefactos. A su izquierda, una cámara de grueso cristal perfectamente sellada y una especie de pequeña zona de pruebas o para uso de armas de fuego con varios muñecos cubiertos por trajes grises y tela de un azul oscuro casi negro. Frente a él, algo alejada, una extraña caja fuerte con forma de sarcófago. Más alejado aún, en el centro de lo que parece un gran taller bien equipado con todo tipo de herramientas y recambios, se encuentra un magnífico Duesenberg J negro mate modificado con propulsión a chorro, sin rejilla ni adornos cromados y unos guardabarros que cubren casi por completo las ruedas delanteras. El lugar no deja de resultarle siniestro, aunque haya entrado y salido de él miles de veces, y permanecido entre esas húmedas y oscuras paredes más tiempo del que le gustaría. El escenario resultaría ideal para ambientar una película de terror, como *Nosferatu* o *El Fantasma de la Ópera*. Únicamente cuenta allí como compañía con una gran colonia de murciélagos, cuyo revolotear en las alturas o intentos por procurar mejorar su agarre en la roca, producen un rumor que convierte esa cueva en algo mucho más inquietante de lo que es en realidad. Como es su costumbre, se dirige a un gramófono y repasa varios discos que tiene en una estantería, pero, tras meditarlo unos segundos, coloca el mismo de siempre. Comienza entonces a resonar en el lugar el “Acto 2” de la ópera *Rinaldo*, del compositor alemán Haendel. Se dirige después a una caja con rollos de películas y comprueba que, aunque está casi acabado, aún queda suficiente para microfilmarse ese periódico, por lo que lo inserta en una cámara. Toma la portada del diario, la centra correctamente bajo el objetivo, y la fotografía, repitiendo el mismo proceso con todas y cada una del resto de páginas, mientras las notas y palabras de esa dramática y evocadora sinfonía se magnifican por el eco del lugar. Ha perdido la cuenta de cuantos robos, asaltos, tiroteos, cargamentos de alcohol decomisados, y rostros de víctimas y gánsteres ha registrado con esa cámara, pareciéndole que la violencia aumenta en cantidad y maldad cada día. Al terminar esa labor, más pesada para la mente y el espíritu que para el cuerpo, Alfred lleva el rollo a una reveladora. Tras sumergirlo en sustancias químicas, lo pasa por agua y después por tubos secadores. Transcurridos cuarenta y cinco minutos de procesamiento, la película está revelada. El mayordomo escribe la fecha de ese día en la tapa y la guarda con el resto de carretes. Pero Alfred no regresa aún a la mansión, sino que, como siempre, espera a que llegue el turno del aria *Lascia ch'io pianga*. Aunque la ha escuchado cientos de veces, sigue sin poder diferenciar si la interpreta una mujer o un hombre. Del mismo modo, tampoco puede evitar emocionarse con tan

pasional pieza. Suenan las últimas notas y, con ellas, el clímax en el que se oye en nota aguda la palabra *libertà*. Alfred sube ligeramente la mano, acompañando la nota, como si fuera el director y tuviera enfrente al interprete y orquesta. Solo una vez concluida la pieza, retira la aguja y el disco. Le pasa un paño, lo guarda en la caja y coloca esta de nuevo en su lugar en la estantería.

Ya en uno de los salones de la mansión, las notas de la obra de Haendel continúan resonando en la cabeza del mayordomo, quien, subido a una escalera, limpia con un plumero un cuadro en el que se muestran representados a Thomas y Martha Wayne junto al pequeño Bruce, que, por aquel entonces, tendría uno o dos años. Alfred mueve los labios, repitiendo en su idioma, melódica y acompasadamente, la letra, ya memorizada, de tan emotiva aria:

—Deja que llore... mi cruel suerte... y que suspire... por la libertad. Que el dolor quiebre estas cadenas de mis martirios... solo por piedad... de mis martirios... solo por piedad. Deja que llore... mi cruel suerte... y que suspire por la libertad. Y que suspire... y que suspire... por la libertad...

Baja de la escalera y la desplaza hasta otro cuadro cercano, subiéndose a ella y continuando con la limpieza de la tela y el marco. Al terminar, baja de la escalera, pero antes de retirarse, mira el cuadro con aflicción. Es un retrato de Bruce Wayne ya adulto, el cual muestra una tristeza y oscuridad en sus ojos y rostro que el pintor no pudo o no quiso disimular.

—Cuídese mucho, señorito Bruce —murmura Alfred, no sabiendo si, como ocurrió con sus antiguos señores, aquella será la única forma de poder verlo de ahí en adelante.

Capítulo 3

29 de agosto de 1929

En la isla de Java, un hombre medita en una esquina de la sexta plataforma del templo budista de Borobudur. Por encima de él, en los tres niveles circulares superiores, se hallan setenta y dos estupas con forma de campana que custodian una mucho mayor, ubicada en la cima. Está arrodillado en el suelo, sentado sobre los pies, con las palmas de las manos unidas a la altura del pecho, realizando la “Postura del héroe” o *Virasana*. Es occidental, de 1’80 cm. de altura, pelo negro y unos treinta y cinco años, pero su piel, envejecida por el sol y el duro trabajo, hace que parezca mayor. Nadie diría que es Bruce Wayne, una de las personas más ricas del mundo. Junto a él, otro hombre, Anwar Firmansyah, un maestro del arte marcial *Silat*, le observa.

En la mente de Bruce se aparecen unas suaves hondas de agua, similares a las de un lago o estanque. Pero, al concentrarse en ellas, se aprecia que son aguas oscuras y viscosas, como de brea. Y ese líquido deja ver en su fondo una figura igual de oscura, sin extremidades ni cara. Solo dos cuernos u orejas afiladas parecen diferenciarse en lo alto de su cabeza. El maestro ve que a su discípulo le tiemblan ligeramente los labios y también aprieta y relaja los párpados, como si una mala presencia perturbara su meditación e incluso le hiciera perder el control de los músculos de la cara.

—Levántate —dice Anwar.

Bruce abre los ojos y recupera la calma al instante. Respira hondo y se pone en pie.

—Maestro...

Aunque Bruce supera por una cabeza a ese gran luchador, Anwar se pone frente a él, mirándolo a los ojos.

—No te defiendas —dice el maestro.

Acto seguido, le golpea con la rodilla en el estómago. Ese golpe hace que Bruce retroceda un paso, se encoja por el dolor y casi caiga al suelo. El ataque ha sorprendido incluso a alguien acostumbrado a esperar lo inesperado en cualquier momento. A los pocos segundos se yergue, vuelve a respirar hondo, y mira de nuevo al frente, como si nada hubiera ocurrido. El maestro lo observa, pero no ve ninguna expresión en su rostro ni en sus ojos, ni de incomprensión ni de sufrimiento. Camina lentamente, se coloca a su espalda, y le golpea ahora con el codo en los

riñones. De nuevo, Bruce siente un gran dolor, exhalando un suave quejido. Pero ese ataque ya no le ha sorprendido, por lo que tarda menos en recuperarse. El maestro vuelve a mirarle a los ojos, se pone en guardia, cierra el puño derecho y lo lanza en una especie de *jab* contra la cara de Bruce, pero lo detiene antes de que impacte con su nariz. Ninguno de los dos muestra asombro por la reacción del otro. En los ojos de ambos parece habitar solamente la nada. Anwar comprueba que su discípulo estaba dispuesto a recibir ese golpe sin pestañear; ese y puede que cien más. Desde luego, no es el dolor físico lo que teme ni, lo que al parecer, atormenta su espíritu.

—Vete —dice el maestro, dándole la espalda—. Lo que has venido a aprender, ya lo has aprendido.

Bruce no comprende nada. Levanta la mirada y observa la figura del Buda más próximo.

—No busques en él la iluminación —reprocha Anwar—. Él no tenía opinión ni daba consejos, y prefería siempre la meditación antes que conversar sobre la búsqueda del *Dharma*.

—Maestro... —dice Bruce.

—Si vas a hablar —le interrumpe—, asegúrate de que tus palabras sean mejores que el silencio.

Bruce acepta esa verdad y gran enseñanza. El lugar del que él proviene parece odiar el silencio. Las gentes vulgares siempre intentan matarlo con gritos, música o conversaciones banales, pero, desde su primera estancia en Oriente, él aprendió a entenderlo y apreciarlo como un gran bien indispensable para serenar la mente y enfrentarse a los malos pensamientos en vez de rehuirlos.

En una humilde vivienda de paja y adobe de dos estancias conectadas a una sala circular central, Bruce guarda sus pertenencias en un saco, doblando con cuidado lo que parece un carísimo traje de seda gris claro a rayas. El que por unos meses ha sido su maestro, se acerca a un par de zapatos que aún no ha guardado y coge uno, mirándolo con atención. Es un zapato Oxford de charol con remaches punteados de piel de cocodrilo en puntera y costuras.

—¿Los has hecho tú?

—No —dice Bruce, sin poder disimular una sonrisa por la inocencia de ese hombre—. Los compré a un gran artesano, hijo y nieto de zapateros, en una ciudad llamada Florencia.

—¿Cuánto costaron?

—Más de lo que me ha costado llegar aquí.

—No hablo de dinero, sino de tiempo.

—Más de lo que tardé en llegar aquí... y lo que tardaré en regresar a Gotham.

—Deben ser muy fuertes. Y protegerte bien de la lluvia y el frío.

—No los compré por eso.

—Entonces ¿por qué?

—Porque salta a la vista que son muy caros. Y todos en Gotham, tanto hombres como mujeres, lo sabrán, y me envidiarán —dice Bruce, poniendo las manos en forma de cuenco, pidiendo con respeto que le devuelva el zapato para guardarlo.

—¿Así eres allí? —pregunta el maestro, entregándoselo—. ¿Un hombre que alardea de su dinero?

—Así es Bruce Wayne... Así debe ser.

—Para ocultar al otro tú.

—Sí...

—De modo que esto es... un disfraz. Como en el teatro.

—Sí.

—Ten cuidado —advierte el maestro.

—¿Por qué?

—Una persona puede llevar una máscara, pero no dos. Allí no eres el hombre que yo conozco. Aquí no hay radio, pero sí periódicos. Ese Bruce Wayne que has creado es despreciable. Sé que lo odias, y sé que deseas ponerte la otra máscara para librarte de esta —dice Anwar, volviendo a coger el zapato y mostrándoselo—. Ten cuidado o tu mente se perderá entre ambas. Muchas personas nunca se encuentran a sí mismas, ni hacen lo que están llamadas a hacer, pero incluso los que han logrado ser uno con el Todo, también corren el riesgo de perderse de nuevo.

Bruce no dice nada, empleando el escaso tiempo que le queda en aquel lugar sin comodidades, pero lleno de paz, para reflexionar sobre esa advertencia.

12 de septiembre de 1929

Un muchacho muy joven, montado en bicicleta y cargado con una cartera de gran tamaño, llega a la verja de la propiedad de los Wayne. Toca el timbre, y espera con paciencia a ser atendido. Cuando la puerta se abre, entra hasta la mansión, saca un sobre de su cartera, y golpea la puerta con la aldaba. Al oír pasos cercanos, se da cuenta de que sigue con la gorra puesta, por lo que se la quita rápidamente.

—Señor Pennyworth —saluda el cartero al ver asomar a Alfred, antes incluso de que este haya abierto del todo la puerta, entregándole la carta.

—Tim —corresponde el mayordomo, el cual le da una moneda de un dólar como propina.

—Muchas gracias, señor Pennyworth —responde el joven con efusiva gratitud—, que tenga un buen día.

Dicho esto, sube a su bicicleta y se aleja dando fuertes pedales, continuando su recorrido. Alfred abre el sobre y lee las pocas pero maravillosas palabras que hay en ese papel.

**“Vuelvo a casa, Alfred.
Ya sabes lo que hay que hacer.
Bruce”**

Y el mayordomo sonrío de pura felicidad por primera vez en mucho tiempo.

24 de septiembre de 1929

Todo Gotham está convulsionado por lo que su periódico principal, el Gotham Tribune, lleva anunciando en primera plana desde hace una semana. Reporteros, fotógrafos y multitud de curiosos se agolpan esa mañana en el muelle 96: la terminal de cruceros. La excitación crece cuando ven acercarse el *SS Leviathan*: un inmenso transatlántico de cuatro chimeneas y ciento noventa metros de eslora de la compañía United States Lines. Pero de las casi dos mil almas que transporta, solo una es responsable de tanta expectación.

La policía se ve obligada a desalojar el muelle para evitar que algún ciudadano caiga al agua, ordenando retroceder a la muchedumbre ante las protestas de los que llevaban horas esperando y habían podido ocupar un lugar de privilegio. Todos ellos forman entonces un muro ondulante tras los uniformes azules, deseando ver y poder recoger las primeras palabras de Bruce Wayne tras su larga ausencia.

Cuando el buque atraca, incluso los pasajeros forman una hilera y esperan en las cubiertas a que desembarque el príncipe de Gotham. Su presencia entre ellos era solo un rumor que ahora se confirma. El primer equipaje en ser descargado, como no podía ser de otra manera, está marcado con las iniciales doradas **BW**. Cinco maletas y dos baúles de la exclusiva marca francesa Louis Vuitton son depositados en tierra con sumo cuidado. Tras varios minutos de espera, Bruce Wayne hace

su aparición por una de las puertas escoltado por el capitán y tres miembros de la tripulación. Tan pronto comienza a descender por la pasarela de embarque, los reporteros gritan su nombre, intentando llamar su atención para lograr una buena fotografía o incluso, en el mejor de los casos, unas primeras palabras. Pero el heredero de los Wayne se limita a saludar con una sonrisa forzada, cambiando la protección de los oficiales del SS Leviathan por la de varios guardaespaldas y agentes de policía que le acompañan hasta su coche. Alfred le abre la puerta, y Bruce, sin ni siquiera mirarle, entra para resguardarse de la multitud, como si le asqueara pisar el mismo suelo que ellos.

—Me alegra verte, Alfred —dice Bruce, poniendo una mano en el hombro a su mayordomo.

—A mí también, señor —responde Alfred, sin querer mostrar una sonrisa, pues hay que mantener esa aparentemente fría relación entre dueño y sirviente.

El trayecto hasta la mansión Wayne lo pasan prácticamente en silencio. Ya tendrán tiempo de hablar. Bruce parece necesitar habituarse de nuevo a ese entorno familiar, pero hostil. A esa ciudad con la que mantiene una relación de amor y odio. Una ciudad que le necesita a él, tal vez tanto como él a ella.

Una vez en la mansión, aguarda a que llegue el camión que porta su equipaje. Tan pronto como lo ve entrar, pide que descarguen una de las maletas, la abre y saca una pequeña caja de madera, dirigiéndose al panteón familiar. Bruce entra en esa especie de pequeño templo en el que, en dos grandes sepulcros, reposan los restos de sus padres: Thomas y Martha Wayne. Deja la caja en el suelo y la abre, sacando un relicario con forma de estupa. Junto a las tumbas, hay flores frescas, colocadas sin duda por Alfred, pero también multitud de objetos exóticos: una olla de bronce de estilo hindú llena de arroz con la silueta de un pescado tallada en su centro; una pequeña escultura de Buda que medita sobre una flor de loto verde con una especie de llama inmensa tras él, pintada en vivos colores; un león tallado en piedra, como los que se encuentran en el templo de Angkor Wat; un gran vaso o copa de mármol, de forma muy parecida a las que se entregan como galardón en las competiciones deportivas; un elefante tallado en bronce; un dragón serpenteante que se apoya en sus cuatro pequeñas patas, se diría que, de oro; o dos jarrones funerarios chinos de la dinastía Song, con forma de ánforas, entre otros. Más que un panteón, el lugar parece un museo.

—No os he olvidado —dice Bruce, mientras deposita en el suelo la nueva ofrenda.

25 de septiembre de 1929

Alfred avanza por un pasillo de la mansión llevando una bandeja con tapa de plata resplandeciente. A pesar del tiempo transcurrido, no ha olvidado la rutina ni los gustos de su señor. Para desayunar, una naranja, un té con limón y un huevo pasado por agua. Toca dos veces la puerta, la abre, y entra en la estancia.

—Buenos días, señor Wayne, le traigo su... Oh, Dios...

La habitación está vacía. Tampoco Bruce Wayne ha podido olvidar, ni, por un día, su rutina en Gotham.

En las entrañas de la mansión, en esa gran y tenebrosa cueva, rodeado de sus archivos y ficheros, Bruce se sienta a la mesa frente a las cuatro grandes pantallas en las que proyecta imágenes de portadas del Gotham Tribune.

—Veo que no ha podido esperar a descansar ni un día —dice Alfred tras él, llevándole el desayuno, ya algo más frío.

—He descansado la mente mucho tiempo, Alfred.

—Pues no le recomiendo que ahora la perturbe con ese amarillismo morboso —aconseja el mayordomo, viendo las portadas de los periódicos, dejando la bandeja a su lado—. La prensa de hoy en día parece disfrutar aterrorizando y escandalizando a los ciudadanos... Aquí tiene, alimento para el cuerpo.

—¿Han asesinado al comisionado Whalen? —pregunta Bruce, observando una fotografía a toda plana del día 16 de abril de ese año, en la que se ve un cuerpo tiroteado sobre un charco de sangre, bajo el titular:

“EL PINGÜINO ATACA DE NUEVO

**El comisionado Joseph A. Whalen es asesinado
violentamente a las puertas de su casa por el
nuevo rey del crimen organizado de Gotham”**

—Como le digo, señor Wayne, carnaza de reporteros sin escrúpulos para un público cada vez más inmoral.

—El Pingüino... De modo que tal vez no sea una invención de la prensa.

—No, señor. Parece que los asesinatos del concejal Carson y el juez Paolo Falcone no fueron hechos aislados perpetrados por un radical, como pensamos en su momento.

Bruce se levanta y se aproxima a un archivo, abriendo un cajón con la inscripción: “**Casos sin resolver C-D**”. Repasa todos los ficheros hasta dar con el que busca. Lo saca y regresa a la mesa.

—William J. Carson, la primera víctima del tal *Pingüino* —dice Bruce, abriendo la carpeta y desplegando una hoja de periódico. Es otra portada del Gotham Tribune.

La imagen es tan explícita como la del comisionado. En ella se ve a un hombre semienterrado en una pequeña loma, colgando boca abajo, con los ojos y la boca abiertos, como si hubiera sido sepultado en parte por un derrumbe de tierra. Bruce comienza a buscar en la primera de sus cuatro máquinas microfilmadoras la portada de ese día para poder verla a mayor tamaño, girando la rueda de forma compulsiva, hasta dar con ella.

—Una escena espantosa, señor —dice Alfred, mirando la imagen—. Pensar que su mujer y sus hijos pudieron verla y que estuviera a la vista de todo el mundo...

—William Carson —dice Bruce, hablando más para sí mismo que para Alfred—. Hallado el 9 de septiembre de 1928 en las colinas del norte de Gotham. La autopsia certificó que murió asfixiado, pero tenía la tráquea intacta y no había rastro de tierra en su boca. Lo que supuestamente le causó la muerte fue una moneda de oro alojada en su garganta.

—Lo recuerdo, señor. Era una moneda que tenía grabada la silueta de un pingüino —continúa Alfred—. Una edición para coleccionistas que emitió el zoológico para conmemorar su centésimo aniversario. De ahí el nombre que dieron al asesino. Pero ya investigó ese caso y ni usted ni el departamento lograron arrojar luz sobre él. Esa moneda formaba parte de una colección de dieciocho en las que aparecen un rinoceronte, un león, un loro.... Se emitieron cientos de ellas y no estaban numeradas. Era la única pista y fue imposible seguirle el rastro.

Bruce se dirige al archivo y busca otro carrete, lo saca y coloca la película en la segunda máquina, no deteniéndose hasta encontrar la portada de una fecha que recuerda bien: la del 20 de diciembre de 1928. En ella, se ve el cadáver del juez Paolo Falcone carbonizado dentro de los restos de su coche, acompañado del titular:

“MUERE EL JUEZ PAOLO FALCONE

Quien durante años fuera el azote de la mafia de Gotham, ha sido asesinado en un atentado ordenado por el Pingüino”

—¿Se encontró alguna moneda en el escenario del asesinato del comisionado?

—No, señor. Al menos, no se hizo público.

—Tampoco se encontró junto al juez... ¿Entonces, por qué el periódico afirma que tanto la muerte de Falcone como la de Whalen son obra del Pingüino?

—Quien sabe, señor. Puede que ahora cualquier crimen atroz que desconcierte a la opinión pública se lo atribuyan a él.

—Debo hablar con Gordon lo antes posible.

—Señor Wayne. No sería prudente que se deje ver tan pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Bruce Wayne lleva ausente de Gotham más de nueve meses y, en ese tiempo, el Murciélago también ha desaparecido. Sería muy sospechoso que usted regresara y, acto seguido, lo hiciera también su *alter ego*. Piense en proteger a Bruce Wayne antes que a los ciudadanos. Tómese unas vacaciones reales; aguarde unas semanas antes de volver a salir por la noche a las calles... Compórtese como un multimillonario excéntrico, para variar.

—¿Quieres decir que nadie ha visto al Murciélago en mi ausencia? Sabes que por cada aparición real hay veinte testigos que aseguran haberlo visto.

—A decir verdad, señor, hace unos dos meses un carterista entró como alma que lleva el diablo en una comisaría del distrito Arkham. Abrió la puerta de golpe, pidiendo auxilio y gritando que lo encerraran. Aseguraba que el Murciélago lo perseguía desde hacía tres manzanas. Casi se metió en la celda él mismo. Pero lo que usted dice es diferente. Hablar con Gordon cara a cara tan pronto me parece una imprudencia grave.

—No es la primera vez que tenemos esta charla, Alfred.

—Y me temo que no será la última. Pero, quizás, esta vez pueda convencerlo para que retrase su aparición y piense en algo más banal y agradable. Tenga, esto llegó hace dos semanas —dice el mayordomo, entregándole una carta—. Usted no es el único hijo pródigo que ha regresado a Gotham.

Bruce abre el sobre con desgana y saca una cartulina manuscrita.

—“Richard y María Kyle se complacen en invitarle a la”... ¿Richard Kyle? ¿El embajador en Japón?

—Así es. El señor Kyle renunció al cargo para presentar su candidatura a senador por Gotham. La anunciará oficialmente en una fiesta que celebrará en su casa. Se espera que acuda la flor y nata de la ciudad, y Bruce Wayne no puede faltar.

—Suéltalo, Alfred. Conozco ese tono.

—Es solo que... su hija, Selina, según he sabido, se ha convertido en una mujer muy atractiva... que sigue soltera. En abril ya se perdió en el New Ámsterdam un evento del mundillo cinematográfico que han llamado “Ceremonia de los Oscar”. Su ausencia fue lo más comentado en esa velada. De modo que esta sería una buena ocasión para resarcirse y dar de qué hablar.

—Lo tendré en cuenta.

—Oh, y si me lo permite, no estaría de más que el lunes visitara su torre y a los trabajadores de alguna de sus fábricas. Ya me comprende, para que parezca que le importan algo.

—Sabes que me importan, Alfred.

—Yo lo sé, señor. Pero sería bueno que ellos también lo supieran.

Bruce afirma levemente con la cabeza. Su mayordomo tiene razón una vez más. Sin decir nada, se levanta y camina hacia la extraña caja fuerte con forma de sarcófago. Permanece quieto ante ese objeto unos segundos, hasta que se decide a abrirlo. Toma la rueda y la gira, introduciendo la combinación 4-1-2-1. Espera varios segundos más y por fin la abre. Y allí está, paciente y en aparente calma, un maniquí vestido con un ceñido traje de color gris oscuro. En la cabeza tiene una capucha de ojos blancos y color azul oscuro casi negro con orejas alargadas que apuntan hacia el cielo. Por su espalda cae una capa larga que se recoge en el suelo, también de un azul oscuro. Al lado del maniquí hay unas botas altas y guantes del mismo color que cubren el antebrazo. Pero lo que sorprende a Bruce es una diferencia sutil.

—Esta capa es diferente.

—En efecto —confirma Alfred—, es de un tejido compuesto por una base de polietileno de baja densidad. Es más dura que el acero y tan elástica como la fibra de carbono. Le ofrecerá una extraordinaria resistencia tanto al aire como a los cuchillos y las balas.

—¿La has probado con la Thompson?

—Sí, señor, y también con las escopetas del calibre 12. El resultado es muy satisfactorio... a cierta distancia.

—¿La tienen los tres trajes?

—No, señor. Solo este. El de la mansión y el del doble fondo del maletero del Rolls tienen las capas y capuchas antiguas.

—Bien, estoy deseando probarla.

—Eso me temo. —Se queja Alfred, comprendiendo que debe retirarse, pero, no sin antes, dedicarle una irónica despedida—. Les dejaré a solas para que puedan conversar.

Bruce sonríe, pero puede que más por lo acertado del comentario que por considerarlo una burla.

—Te he echado de menos —susurra Bruce, mirando esos ojos blancos en los que no hay mucha más luz que en los suyos—... pero sé que tú me has echado más de menos a mí.

Capítulo 4

4 de octubre de 1929

Un matrimonio y su hija cenan con rictus serio, sin hablar ni apenas mirarse. Solo los miembros del servicio rompen la monotonía de la velada, atendiendo a sus señores cuando se les reclama, ven que deben llenarles las copas, o servirles los siguientes platos. Él, Richard Kyle, ronda los cincuenta y cinco años, pero su aspecto es de alguien de mayor edad, de pronunciada calvicie y un fino y cuidado bigote. Ella, María Kyle, es robusta y tendrá unos cuarenta y cinco años, pero por su cabello cano y peinado recogido, también aparenta mayor edad. La hija de ambos: Selina, de ojos verdes, cabello rubio, y muy delgada, es la que más despacio cena, removiendo la comida en el plato, y apenas llevándose el tenedor a la boca.

—Selina —dice su padre, perdiendo una vez más la paciencia—. Esa trucha ya está muerta, deja de jugar con ella y cómetela.

—Vamos Selina, debes comer —escucha la joven en su cabeza, recordando su estancia en casa de su tío Robert cuando tenía nueve años—, ¿no querrás que tus padres piensen que he descuidado tu alimentación? Acábate toda la cena sin excusas”.

—Vamos Richard, sé comprensivo —interviene, con reparo, su esposa—. Selina está nerviosa ¿verdad? Mañana es un gran día. Los más apuestos y ricos herederos de Gotham estarán en nuestra casa. Solo quiere asegurarse de que entra en su precioso vestido.

—¿Entrar en el vestido? Pero si es un saco de huesos. Le valdría hasta el de una niña de quince años.

—Richard, por favor —murmura María—. Selina, escucha, cuando comiencen a llegar los invitados, tú deberás levantar la cabeza. No mires al suelo como haces siempre. Y sonríe, pero solo cuando te saluden. No debes sonreír continuamente. La discreción es la mayor virtud de una dama. Si sonríes siempre, pensarán que eres de moral dudosa.

—Eres muy traviesa, Selina —escucha decir a su tío Robert, metido junto a ella en una gran bañera, mientras le frota la espalda con una esponja. En ese momento tendría unos doce años—. Y muy desvergonzada. Yo no diré nada, pero debes prometer que tú tampoco lo harás. Si tus padres se enteran de lo que me obligas a hacer, te darían en adopción, y en poco tiempo lo sabría todo Gotham. ¿Y qué dirán de ti cuando crezcas? Nadie te querrá. Todos pensarán que eres una mujerzuela”

—Y si te hablan, procura iniciar una charla cordial como hacen las personas normales —dice Richard, sacándola de esos terribles recuerdos imposibles de borrar—. Conversar nunca ha matado a nadie.

—Disculpád —dice la joven, levantándose de la mesa.

—¡Selina! —le grita su padre, mientras la ve salir del salón.

—Déjala, Richard... al menos ahora come algo en la mesa.

En su habitación, Selina abre un armario y ve el vestido que deberá llevar en la fiesta. Con aprensión, lo saca y se lo acerca al cuerpo. Aunque es entallado en pecho y cintura, se amplía desde la cadera hasta el final, mostrando mucho vuelo.

—Estarás horrible con esto. Parecerá que tu trasero y tus piernas son gordas como las de una cantante de ópera. Todos pensarán que eres repugnante. Darás asco...

Tira el vestido al suelo, se sienta en la cama y se echa a llorar. Tras varios minutos, un pequeño consuelo parece atravesar su mente como una centella.

—Vamos, hazlo —susurra—. Debes hacerlo hoy. La fiesta será mucho peor si él está ahí. Es ahora o nunca. Vamos... hazlo...

Selina aparta con cuidado todos sus vestidos, quitando después una tabla del lateral derecho de su armario. En ese pequeño espacio oculto hay colgado un traje negro de cuero y, a sus pies, un par de botas altas con tacón de unos diez centímetros, y otras planas de lengua de gato. La joven toma el traje y sonrío al momento. Es increíblemente estrecho. Parecería que ni una adolescente pudiera entrar en él. Con algo de esfuerzo, comienza a ponérselo.

—Vamos, maldita gorda —murmura mientras se sube el traje por las piernas hasta la cadera—, entra de una vez.

Se estira y mueve para que el cuero se adapte bien a su cuerpo, quedándole algo ceñido, pero ajustándose con mayor facilidad en sus brazos y torso. Vuelve al armario, toma una caja de una estantería, la abre y saca dos largos guantes negros, cuyos dedos terminan en unos pequeños garfios metálicos que simulan garras. Con más delicadeza, toma otra caja, la abre y saca una capucha, también de cuero negro, con dos orejas puntiagudas como las de un gato, regresando al espejo. A medida que se acerca a la imagen que ve, con cada paso, recupera la sonrisa perdida, sintiéndose feliz al ver su silueta tan estilizada. Y por último, se coloca la capucha, que le oculta hasta los ojos. Solo la mitad de su rostro y su larga melena rubia sobresalen de esa nueva piel negra con la que se ha cubierto.

—Eres una gatita adorable... —susurra, pasando las manos por su cintura y cadera.

Falta poco para la medianoche y Robert Kyle duerme entre apacibles ronquidos en el dormitorio principal de su mansión, sin ser consciente de la tormenta que se ha desatado en el exterior. Pero no son los truenos, cada vez más cercanos, ni la persistente lluvia, los que lo inquietan, sino un sonido chirriante que comienza a invadir su cabeza. Se agita, murmura algo y luego gruñe, dejando de roncar. Tras varios segundos en los que se repite ese incómodo ruido que se ha metido incluso en sus sueños, al fin despierta. Toca el interruptor para encender la luz de la mesilla, pero la bombilla no se enciende. Un relámpago ilumina la habitación y piensa que tal vez la tormenta haya hecho saltar los fusibles. Mira a su alrededor, no sabiendo si ese rumor era imaginado o procedía de alguna habitación cercana. Cuando ya piensa en intentar volver a dormir, lo oye de nuevo, más nítido y fuerte. Le recuerda al que se produce cuando se araña una pizarra con las uñas. Sin duda, eso no lo causan las cañerías, los radiadores ni maderos de suelo o tejado. Se gira hacia la ventana y le parece ver algo: una sombra, en la que de algún modo se refleja algo de luz, acaba de desaparecer ante sus ojos. Se levanta, calza las zapatillas y abriga con una bata, saliendo del dormitorio malhumorado, pero con cautela. Teme que algún ladrón esté intentando entrar. Cuando apenas ha caminado diez pasos por el pasillo que da a un pequeño salón, vuelve a oírlo más cercano. Se asoma a la sala y, al fondo, al otro lado de un gran ventanal, ve una sombra alargada. Es una silueta oscura, de miembros delgados; está acuclillada, apoyando la punta de los dedos de la mano izquierda en la repisa de la ventana, mientras que con las uñas de la derecha araña suavemente el cristal de arriba a abajo.

—¿Pero, qué demonios? —dice incrédulo Robert, acercándose lentamente a la ventana.

A medida que avanza, más le cuesta dar crédito a lo que ve. Esa aparición fantasmagórica parece de carne y hueso, pero apenas humana. Su cuerpo y miembros delgados, y una cara enmascarada de rasgos suaves y expresión afable a la par que intimidante, hacen que no pueda evitar aproximarse en vez de salir corriendo y llamar a la policía. La sombra sigue arañando la ventana, sin dejar de mirarle con unos grandes ojos verdes, y parece que comienza a sonreír ligeramente. Robert no puede creer quién le parece que se esconde tras esa máscara.

—¿Selina? —susurra él.

Pero la aparición no responde. Solo araña el cristal algo más despacio, y su sonrisa desaparece. Robert está confuso, pero intrigado, al tiempo que siente una extraña excitación. Tras pensarlo unos segundos, libera el cerrojo de la ventana. Tan pronto hace eso, la Gata abre la

ventana de par en par, salta sobre él, tirándolo al suelo, da una voltereta apoyándose en su estómago y corre atravesando la sala e internándose en el pasillo. Todo ha ocurrido tan rápido que Robert no sabría decir qué es lo que ha pasado. Lo que sí sabe, es que hay un intruso en su casa; un intruso ágil y escurridizo con la apariencia de su propia sobrina. Con más confusión que rabia, se levanta y avanza por la habitación, pisando con cuidado, sin querer hacer ruido, como si esa sombra furtiva no supiera perfectamente donde está. Se asoma lentamente al pasillo y mira en ambas direcciones. Piensa en volver a su dormitorio, donde guarda un revolver, pero oye una risa lejana en la otra dirección. Recordando que sea quien sea esa desconocida, no deja de ser una chica, hace acopio de valor y olvida la idea de coger el arma, yendo en busca de la extraña risa. Camina despacio, aliviado por pisar una moqueta que amortigua sus pasos, hasta entrar en otra sala. Está más oscura que la anterior, pero la poca luz de la luna que penetra por la ventana le permite ver que algo se mueve a su izquierda, tras un sofá. Da varios pasos en esa dirección, pero al momento le distrae un movimiento a su derecha. Se vuelve y entonces ve un brillo reflejado en un espejo de pie. Rápidamente, vuelve a girarse en la dirección opuesta, intentando diferenciar en la oscuridad qué es lo que ha sido delatado por el espejo. Pero solo ve ese sofá y un armario tras él. Se dirige entonces al mueble, sabiendo que, sin duda, esa entrometida tiene que estar oculta allí.

—Selina, déjate de juegos —dice Robert, en voz baja, moviéndose lentamente—. Sal, me conoces bien.

Ya frente al armario, toma los tiradores con ambas manos y abre las puertas de golpe, pero está vacío, tal y como recordaba haberlo visto por última vez.

—Sí, tío Bob —pronuncia sobre su cabeza una voz femenina, parecida, pero no igual que la de su sobrina—. Te conozco muy bien.

Robert mira hacia arriba y, desde lo alto del armario, ve a esa sombra saltar por encima de él, caer en el sofá y correr hacia la puerta.

—¡Selina! ¡Basta! —grita él.

La Gata se detiene al momento, como si esa orden la hubiera paralizado. Robert camina hacia ella, ya no lentamente, sino con decisión.

—Lo siento mucho, tío Bob —murmura ella, con la cabeza agachada, sin volverse.

—¿Qué haces aquí?!

—Solo era un juego... ¿Ya no quieres jugar con ella?

—¿Jugar?

—Sé que ya no es pequeña y está más gorda. Es culpa suya y lo siento, pero le he insistido en venir. Quería conocerte.

—Pero ¿de qué hablas? —dice Robert, tomando por un brazo a la que hasta hace poco creía que era su sobrina, volviéndola hacia él.

Y cuando lo hace, ve unos ojos que no conoce y una expresión sonriente que le aterra. En un movimiento rápido y ágil, la Gata le golpea con la rodilla en el estómago, dejándolo sin aire. Robert no sabe ni qué ha ocurrido. Solo siente que no puede respirar y que esa sombra ha desaparecido de nuevo.

—Selina... —farfulla él, mirando a su alrededor.

Esa risa como de ultratumba vuelve a oírse lejana en otra estancia. La idea de ir a por su arma vuelve a cobrar fuerza en la mente de Robert. Camina hacia la puerta, se asoma al pasillo, y no ve rastro de la intrusa, de modo que se dirige de regreso a su habitación. Con cada paso parece recuperar el aliento y ya casi puede respirar con normalidad.

—Yo te enseñaré respeto, maldita... —murmura para sí mismo.

Antes de entrar en la estancia mira atrás, pero no ve nada. Coge la manilla de la puerta y comienza a abrirla con cuidado, pero, entonces, recuerda que no la ha cerrado al salir.

—De acuerdo... juguemos...

Abre la puerta de golpe y, en ese momento, un rayo ilumina toda la habitación, permitiéndole ver con claridad a la Gata sentada de rodillas en la cama. Tiene el revolver en sus manos y lo mira con curiosidad.

—No conocía este juguete, tío Bob.

—Selina —dice él, con voz temblorosa—. Deja eso, cariño. Es peligroso.

—¿Peligroso? —responde su sobrina, apuntándole con el arma—. ¿Peligroso para quién?

—Selina... no me amenes. —advierde Robert, con mezcla de terror y rabia, sabiendo que mostrar debilidad o arrepentimiento, seguramente no le servirá de nada.

La Gata vuelve el arma hacia sí misma, colocando la boca del revolver en su sien.

—¿Así está mejor?

—No, Selina... no —dice él, levantando las manos, acercándose lentamente—. Tranquilízate. Dime qué quieres.

—¿Qué quiero? ¿Cuándo te ha importado lo que ella quería?

—Escucha... dame el revolver y hablemos. Te prepararé un té.

Selina baja el arma. Al acercarse, Robert ve que de esos enormes ojos caen varias lágrimas.

—Prefiero leche, tío Bob.

—Claro, pequeña. Lo que tú quieras —dice él, extendiendo su mano suavemente hacia el arma.

Sin resistencia, se la quita en un rápido gesto. Se aleja varios pasos y es ahora él quien le apunta con el revolver. Pero, lejos de intimidarse, su sobrina baja de la cama gateando y se acerca al cañón.

—Dijiste que no le harías daño. Que solo eran juegos.

—Aléjate...

—¿Ahora ya no quieres tenerla cerca?

—Tu padre me advirtió que estabas trastornada... pero no imaginaba cuanto...

—¿Este juguete no es el único peligroso que tienes, verdad, tío Bob?

—pregunta ella, acercándose aún más al revolver—. Los hay peores.

—Selina, eso pasó hace mucho tiempo.

La Gata desliza entonces las garras de metal de su mano izquierda por el cañón del revólver.

—No para ella —dice la joven, levantando el puño derecho. Al abrir la mano, deja caer seis balas—. Creo que el juguete no funciona sin esto.

Robert mira el tambor del arma que, efectivamente, está vacío, y la tira al suelo con rabia. Fuera de sí, grita y se abalanza sobre su sobrina, pero la Gata lo esquiva en un hábil movimiento, trabándole un pie, haciendo que caiga sobre la cama.

—Está bien, ya me he cansado de juegos —gruñe él—. Voy a darte tu merecido.

Dicho esto, Robert vuelve a intentar agarrarla, pero es ella la que le sujeta del brazo y el hombro con ambas manos, se coloca a un lado y le da un fuerte golpe con la suela de su bota en la rodilla, doblándosela y haciendo que caiga al suelo.

—¡Ah! ¡maldita! ¡Me has roto la pierna! —gime él, retorciéndose de dolor.

—Oh, no, tío Bob. Creo que el hueso no está roto... o puede que sí —responde, caminando a su alrededor—. Pero te aseguro que esa herida va a sanar, aunque quizás te queden secuelas de por vida.

—¿Qué... que quieres de mí?

—¿Qué quiero? —pregunta, agachándose y acercándose a su paciente—. Solo jugar.

En ese momento, al tenerla a su alcance, Robert le agarra del cuello con todas sus fuerzas. Ella, con calma y frialdad, sonrío, cruza los brazos y coloca sus garras sobre el dorso de las manos de su tío. Se las clava y desciende hasta las muñecas, desgarrándole la piel y haciéndole cuatro profundos surcos sangrantes en cada una, logrando que la suelte al instante.

—¡Aaagh! ¡Mis manos!

—Mira lo que me obligas a hacer —susurra ella—. Debería darte vergüenza. Has intentado estrangular a una gatita.

Dicho esto, le extiende el brazo derecho, y con un rápido movimiento, acompañado de un grito corto y seco, le golpea el codo con la mano abierta en el sentido contrario a la articulación, rompiéndoselo.

—¡Basta! ¡Basta, por favor! —suplica Robert, sujetándose el brazo.

—¿No quieres que juegue más, tío Bob? ¿Sabes lo que ocurre cuando un gato se aburre de jugar con su presa?

—No... no, Selina, por favor. Haré lo que quieras. Te daré lo que sea. Por favor. No me hagas más daño.

—¿Daño? —pregunta, inclinándose sobre él—. Esto no es daño, tío Bob. Es solo dolor.

—Por favor. Lo siento... lo siento...

—No quiere volver a verte nunca —susurra ella, casi a su oído—, ni que vayas a la casa de sus padres. Para ella, debe ser como si hubieras muerto.

—Sí... sí, lo haré. Lo haré...

Satisfecha, se incorpora, da media vuelta y camina hacia la puerta, pero, antes de salir, se gira para dedicarle unas últimas palabras.

—Este será nuestro secreto, tío Bob. Dirás a todos que te caíste por las escaleras.

Y esa sombra abandona una estancia y mansión que la dejó marcada y herida en lo más hondo, puede que, si no más sanada, al menos sí satisfecha.

De nuevo en su habitación, Selina se quita la máscara, las botas, los guantes y el traje empapado por la lluvia.

—Gracias —dice mirándolo—. Sin ti, no hubiera podido hacerlo.

Capítulo 5

5 de octubre de 1929

Un Bentley negro de 4.5 litros transita por el concurrido puente Brown en dirección al downtown. El conductor es un hombre corpulento que más parece un luchador de pro-wrestling o un forzudo de circo que un chófer profesional. En el asiento trasero viajan otros dos hombres: uno es de baja estatura y obeso; apenas llega a apoyarse en el reposa cabezas. Viste chaqueta de frac y pajarita, quedándole la ropa muy ceñida a pesar de ser hecha a medida. Es el magnate del petróleo y gurú de las finanzas, Oswald Cobblepot. El otro, por el contrario, es muy delgado, tanto que parece como si dentro de su traje solo hubiera aire. Es el secretario y contable de Oswald, Matthew Pearson, el cual tiene un maletín abierto sobre las rodillas en el que no para de buscar papeles para mostrárselos a su jefe. Cualquiera pensaría que podrían ser competencia del dúo cómico Laurel y Hardy.

—El ferrocarril de Pensilvania ha aceptado su oferta de garantizar cargas a cambio de costos de transporte más bajos —dice Matthew, que no ha parado de hablar de las diferentes líneas de acción en las que la Corporación Cobblepot está inmersa desde que iniciaron el viaje de regreso a Gotham—. Pero, si me permite, no sé si nuestra actual producción...

—No he hecho esto por lo que tengo, Matthew, sino por lo que nos permitirá tener —responde Oswald, como ausente—. Controlando el transporte forzaré al resto de propietarios a que me vendan sus refinerías a cambio de disfrutar de mis tarifas reducidas. A los que no lo hagan... les cobraré mucho más.

—Pero, eso es...

—Di que deberán entregarlas a nuestros tasadores y que les pagaremos en efectivo o en acciones de la CobbleCorp, como ellos prefieran; pero insiste en que, por su bien, les recomendamos las acciones. Si son inteligentes, lo entenderán.

—Por su bien... cobrar en acciones. —Matthew toma buena nota y se dispone a hacer otra pregunta—. Pero, señor, aquellos que no acepten...

—Quebrarán en menos de seis meses —afirma Oswald, que parece tener los elementos de ese plan perfectamente controlados.

—Señor Cobblepot, crear esa especie de... monopolio encubierto, no será beneficioso para su imagen pública.

—No tan deprisa, Henry —habla Oswald a su chófer—. Me gusta esta vista. Para eso estás tú, Matthew. Dime, ¿qué actos filantrópicos en los que debo rebosar humanidad tengo hoy?

—Veamos —dice el secretario, sacando una agenda de piel—. Hoy tiene el almuerzo con la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza. La señora Scovell llamó ayer hasta en tres ocasiones para recordárselo.

—Si esas buenas gentes supieran a qué me dedico, no me invitarían a acercarme a menos de diez millas de una de sus reuniones. ¿Siguen predicando que los domingos son días en los que deberían prohibirse las actividades frívolas?

—Sí, señor. Y desde hace un tiempo también culpan a los extranjeros de traer vicio y corrupción y ser más propensos al alcoholismo que los nativos americanos.

—Bien, aprovecharé para contar mi repertorio de chistes de irlandeses.

—Después tiene el acto benéfico para los huérfanos y viudas de guerra. Sé que odia las sorpresas, por eso debo decirle que creo que han organizado una especie de carnaval... sorpresa. Tengo confirmada la presencia de catorce medios entre prensa y emisoras de radio... Y esta noche tiene la fiesta en la casa de los Kyle.

—¿Los Kyle?

—Sí, señor. Lo mejor de la alta sociedad de Gotham estará ahí. Seguro que se encontrará con muchos viejos conocidos y compañeros de universidad.

Y la mente de Oswald vuelve a un tiempo y a un lugar imposible de olvidar:

“¡Mesa cinco! —grita un cocinero de la hamburguesería *GC Burger Point*.

Un Oswald adolescente, que ya por entonces era obeso y pequeño en estatura para su edad, toma la bandeja y la lleva a la mesa, más torpe y lentamente que las camareras, pero con mucho cuidado y diligencia.

—¡Y que no falte ninguna hamburguesa cuando llegue a los clientes! —le grita el cocinero, entre risas, mientras lo ve irse.

—No estoy gordo porque coma mucho, cretino —dice para sí mismo Oswald, con resignación.

En una mesa, tres chicos y dos chicas lo ven pasar. Tras media jornada de trabajo, cada paso que da parece costarle esfuerzo. Respira con dificultad, y sus piernas se rozan y parece que los pies se le vayan a trabar entre ellos.

—Dios, ¿quién es ese? —pregunta una de ellas, mostrando tanto ganas de reír como asco.

—Es Oswald. Estudia en la Facultad de Económicas. Trabaja aquí para pagarse la carrera. Antes creo que estaba en la cocina —responde su compañero.

—Seguro que dejaba vacía la despensa —responde otro—, por eso lo habrán sacado a servir mesas.

Los cinco ríen tras ese comentario.

—Es en un circo donde debería estar —dice otra de las chicas.

—Esperad —susurra uno, que silva en dirección a la mesa a la que Oswald lleva el pedido, en la que también hay cuatro estudiantes, todos chicos. Otro de ellos escucha el silbido y ve que su compañero le hace un gesto con el pie, sacándolo de la mesa.

El joven asiente con una sonrisa.

—Aquí tenéis todo, chicos —dice Oswald—. ¿Queréis algo más?

—No, *pingüino* —dice el más alto de ellos—. Quiero decir... Oswald.

Oswald hace oídos sordos a ese mote que le persigue desde la niñez y se retira con una sonrisa forzada, pero al ir a dar el primer paso de regreso a la barra, uno de los universitarios le traba el pie izquierdo, haciendo que tropiece y caiga al suelo.

Cae de forma torpe y aparatosa, los chicos de ambas mesas ríen con estrépito. Oswald intenta levantarse, pero le cuesta más de lo normal.

—Miradlo, es tan torpe en el suelo como andando.

—Vamos, pingüino, puedes hacerlo.

Oswald había contenido las lágrimas, pero esa humillación pública, sumada al esfuerzo de levantarse, hace que no pueda evitar llorar ahogadamente.

—¡Me llamo Oswald! —chilla, incorporándose al fin.

—¿Todo bien, muchachos? —pregunta un hombre que parece ser el propietario, llegando a la mesa.

—Sí, señor —dice el universitario responsable de la caída de Oswald, hablando en voz alta—, pero Oswald parece que vaya a sufrir un ataque al corazón. Tal vez este no sea su lugar. Debería buscarle un trabajo de oficina, ya sabe, de contable o algo así.

—¡Y alejado de la comida! —grita desde la otra mesa el joven que incitó a que se le pusiera la zancadilla, lo que hace reír a los comensales de casi todo el local.”

—¿Señor? —dice Matthew, trayendo a Oswald de regreso al presente.

Pero Oswald no le está escuchando. Ahora solo tiene ojos para la magnífica torre que está construyendo; la joya de la corona de su Corporación. Sin embargo, su expresión de agrado y soberbia cambia. Comienza a fruncir el ceño y, durante varios segundos, no hace más que enfurecerse por dentro.

—¿Por qué solo hay construidas treinta y tres plantas?

—¿Señor? —pregunta el secretario, levantando los ojos de los papeles y mirando por la ventanilla.

—Allí —dice Oswald, cogiéndole por la nuca y empujando su cabeza hasta pegarle la cara al cristal—. Tras del retranqueo de la planta treinta y uno solo hay construidas dos más. ¡¿Eso suman treinta y tres, verdad?!

—Sí... sí, señor —afirma cohibido el secretario.

—¡Y a esta fecha debería haber treinta y cinco! ¡¿Por qué entonces solo hay levantadas treinta y tres?!

—Los obreros están en huelga, señor Cobblepot —responde el chófer, que parece divertirse con la escena.

—¡¿En huelga?! ¡¿Y por qué nadie me lo ha dicho hasta ahora?! —chilla Oswald, al que la tensión hace que se le hinche y enrojezca la cara.

—Es por ese sindicalista, James McCliffy —murmura Matthew—. Ha convencido a la mayoría para que no trabajen hasta que usted en persona se reúna con ellos y atienda sus demandas.

—¡Y, por qué! —grita Oswald, golpeando la cabeza del secretario en el cristal tras cada palabra— ¡nadie! ¡me! ¡lo! ¡ha! ¡dicho!

—Víctor y los muchachos pensaron que podrían solucionarlo pacíficamente, señor —interviene de nuevo el chófer, sin poder disimular ya la sonrisa por la paliza que está recibiendo el secretario.

—¿Víctor actuando de forma pacífica? —dice Oswald, relajándose—. Vaya, los dólares de sus sesiones de terapia están bien invertidos. Ese tal doctor Freud realmente debe ser alguien brillante.

—No creíamos que ese alborotador fuera a suponer un problema tan grande, señor Cobblepot —dice el secretario, frotándose ligeramente la cabeza para intentar aliviar el dolor—. Poco más del diez por ciento de los trabajadores son miembros del sindicato.

—Nunca subestimes a la gente pequeña ni a los que tienen pocos compañeros con ellos, Matthew —contesta Oswald—. Ese es uno de los peores errores que se pueden cometer en los negocios.

—¿Quiere que le hagamos una visita esta noche, señor? —pregunta el conductor.

—No, no, Henry. Yo me ocuparé. Quiero escuchar en persona lo que tienen que decir. ¿Sabes dónde puede estar ese sedicioso y los que lo apoyan?

—Suelen reunirse en la trastienda del New Sean's Bar. Si no están en la torre creando problemas, seguro que los encontramos allí.

—Bien, vayamos primero a ver a mi pequeña. Luego iremos a ese antro. Con suerte, habrá alguno sobrio.

En el almacén del New Sean's Bar, seis hombres discuten en torno a una mesa y una docena de jarras de cerveza, vacías o medio llenas.

—En la caja de resistencia no hay ni cuatrocientos dólares —dice un hombre pelirrojo, llamado Patrick Doyle.

—Si desde un principio todos hubiéramos aportado cincuenta céntimos al día, ahora tendríamos una posición más fuerte para negociar —reprocha James McCliffy, de pelo rubio alborotado y largas patillas. Es el único que está en pie.

—¿Más fuerte? Estás hablando de Oswald Cobblepot —interviene el que parece de mayor edad y al que llaman simplemente Burke—. Es uno de los hombres más ricos y despiadados de esta ciudad.

—Yo también he oído esas fabulas sobre cómo se hizo con las tierras de las que saca su petróleo, pero esto es Gotham —contesta James.

—Sí, y se dice que aquí tiene relación con ese tal Pingüino, con los Genovese y al alcalde y al comisionado en el bolsillo —prosigue Burke, convirtiendo la conversación en un dialogo con McCliffy.

—¿Quién dice eso?

—Es lo que he oído en las calles. Escuchad, no nos conviene convertir a Oswald Cobblepot en nuestro enemigo, y menos con esa maldita torre suya de por medio.

—¿He oído mi nombre? —dice, para sorpresa de todos, la voz de Oswald Cobblepot, entrando en la trastienda junto con su chofer y contable.

—Señor Cobblepot... —murmura Patrick, poniéndose en pie, como el resto.

—Por favor, muchachos, sentaos —pide Oswald, dando su sombrero y su bastón a Henry.

Y, con total naturalidad, se acerca a la mesa ante la mirada atónita de todos los trabajadores, coge una silla y se sienta con ellos.

—Sé lo que pensáis de mí. Creéis que soy como el resto de millonarios de esta ciudad. Alguien al que solo le importa él mismo y sus negocios, el lujo y las fiestas; que no conoce el valor del esfuerzo ni lo que cuesta ganar un dólar. Pero yo no soy como ellos. Podéis creerme cuando os digo que, durante la mayor parte de mi vida he sido más parecido a vosotros que a ellos. Yo también sé lo que es pasar penalidades y tener que trabajar como un animal, incluso pedir y robar para poder comer.

—Sí, es usted todo un proletario. No hay más que verlo —dice James.

—Demuestras no saber nada de mí, McCliffy. Y no deberías enfrentarte a un hombre del que no sabes nada —habla Oswald con una mirada que helaría la sangre a cualquier otro—. Yo salí de un agujero

peor de los que vosotros conocéis. Y no fue el hambre lo que me dio la fuerza para prosperar y lograr mis fines, sino cosas peores.

—Señor Cobblepot, aquí nadie desea enfrentarse a usted —dice otro que había permanecido callado hasta ese momento, de nombre William—. Lo que estamos discutiendo y queremos pedirle son cosas razonables...

—Porque cuando no tienes nada —continúa Oswald, sin dejar de mirar a McCliffy—, deseas algo. Pero cuando tienes menos que nada... Cuando durante toda tu vida se te niega el... respeto más básico; la comida que no se le quita ni a un perro callejero... Cuando no has tenido ocasión de equivocarte porque nunca te han dado una oportunidad... entonces, lo que quieres, y lo que estás dispuesto a hacer para conseguirlo, es algo que la mayoría no puede imaginar... Jimmy.

—Pero ahora tiene mucho, señor Cobblepot —dice Patrick.

—Sí, ¿y sabéis qué es lo mejor que tengo? ¿Lo que me mantenía caliente muchas noches a pesar del frío y de tener el estómago vacío? La rabia... y un sueño... Ese sueño que crece en el corazón de esta gran ciudad y que ahora se ha detenido por vuestra culpa. Así que decidme qué es lo que queréis.

—Ya lo sabe —responde McCliffy—. Queremos que se negocie un estatuto y un convenio justos; fijar las horas de la jornada laboral; un salario mínimo y más seguridad para todos.

—¿Salario mínimo? —pregunta Oswald.

—Sí, Massachusetts y otra docena de Estados lo tienen —dice William.

—Y el Tribunal Supremo lo declaró inconstitucional —interviene Matthew, el contable, aunque en voz baja.

—Ya lo habéis oído —dice Oswald, levantándose de la mesa, poniéndose de nuevo la chistera y cogiendo su bastón—. Eso que pedís es ilegal, y yo soy un hombre amante del cumplimiento de la ley. Mañana quiero veros a todos en mi torre o ya podéis buscar otro trabajo con el que manteneros vosotros y a vuestras familias.

—¿Y qué me dice de los muertos?! —grita McCliffy, a espaldas de su contratador—. ¿¿Tampoco eso le importa?!

—¿Los muertos? —pregunta Oswald, volviéndose de nuevo.

—Desde que se iniciaron las obras han muerto nueve compañeros. Hombres con mujer e hijos.

—Es una tragedia, pero algo inevitable.

—En la construcción de la Torre Wayne no murió un solo trabajador.

—¿Qué has dicho? —inquiere Oswald, caminando dos pasos hacia McCliffy.

—La Torre Wayne —continúa el irlandés—. Se terminó hace un año y no hubo un solo muerto. Tal vez un pasado duro no lo sea todo, señor Cobblepot. Parece que ese niño rico de Bruce Wayne tiene más en cuenta a sus trabajadores que usted.

Oswald medita la respuesta. Oír mencionar a Bruce Wayne le ha enfurecido más que todo lo dicho anteriormente y casi cualquier cosa que pudiera haber escuchado.

—O tal vez yo solo tenga contratados a inútiles que no saben poner un pie delante del otro en una viga —responde, escupiendo las palabras.

—Pues verá lo que estos inútiles somos capaces de hacer —amenaza McCliffy, que no se amedrenta lo más mínimo.

Oswald los recorre a todos con la mirada, clavando sus ojos en los suyos. La mayoría agachan la cabeza al momento, pero no James McCliffy, que le devuelve una mirada valiente y hasta retadora.

—Sí... tal vez sea cierto que necesitáis un incentivo para volver al trabajo. Pronto lo tendréis. —Saca una moneda de su bolsillo y la tira sobre la mesa—. Tomaos otra ronda a mi salud, muchachos.

Oswald sale del New Sean's Bar flanqueado por los suyos. Respira hondo y se gira, contemplando en la lejanía su torre a medio edificar que ya despunta en el horizonte de Gotham, pero aún a la sombra de la Torre Wayne.

—Bien pensado, Henry —dice Oswald—, creo que sí haremos esa visita al señor McCliffy, después de todo. Matthew, envía mis excusas a los Kyle.

—¿Irá usted en persona, señor? —pregunta el chófer.

—Desde luego. Lo que tengo en mente hacer no me lo perdería por nada del mundo.

Capítulo 6

Atardece sobre el skyline de Gotham, y en el céntrico y lujoso ático de los Kyle todo está dispuesto para dar inicio a la esperada fiesta. Entre los anfitriones y el servicio se respira tensión, y el silencio sólo es roto por los acordes de afinamiento de una banda compuesta por piano, violines y chelo, la cual recibirá a los invitados y amenizará la velada.

—Tápate bien los brazos, nadie se acercará a ti si ve todos esos cortes. Creerán que te has escapado de Arkham —dice la madre de Selina, poniéndole unos guantes largos y asegurándose a continuación de que su vestido y peinado estén perfectos—... Eso es, y no te quites los guantes en ningún momento. Y recuerda lo que te dije: sonríe, pero solo si te sonríen primero. Si estás sonriendo siempre, pensaran que eres una buscona. Una buena dama debe ser discreta.

En el salón, dos cocineros y tres mayordomos permanecen firmes y en silencio, mirando al frente, como militares formando ante un mando superior, mientras Richard Kyle prueba una taza de ponche y un canapé. Para alivio de los miembros del servicio, da su aprobación, despachándolos de vuelta a la cocina. Se sirve otra taza de ponche y pasa el dedo por la mesa para asegurarse de que no haya polvo.

—¡María!, ¡Selina! ¡Los invitados no tardaran en llegar! —grita Richard.

Antes de que pueda acabarse la taza, ambas entran en la sala, y Richard recorre con la mirada a su hija de pies a cabeza.

—Algo es algo.

—Oh, vamos Richard —dice María—, ¿eso es todo lo que tienes que decir? Mírala, está arrebatadora.

—Sí... sí. Arrebatadora —rezonga él, apartando la mirada.

—¿Qué te ocurre, querido? —pregunta su esposa—. Hoy es tu gran noche.

—Ha llamado el secretario de Oswald Cobblepot para pedir que le disculpemos; le va a resultar imposible venir. Y, para colmo, también ha llamado mi hermano. Al parecer, ha tenido una caída y se ha torcido un tobillo. El muy patán estaría borracho.

—Dios mío. ¿Se encuentra bien?

—Dice que algo magullado, pero que es solo dolor.

Selina no puede evitar sonreír levemente al oír eso.

—Pobre Robert —susurra María.

—Terminemos de prepararnos —dice Richard, yendo ante la orquesta para darles unas últimas instrucciones.

Los invitados comienzan a llegar, y todos se muestran notablemente excitados y ansiosos, pero no por ver a Richard Kyle después de tantos años ausente ni para felicitarle por sus ambiciones políticas, sino porque saben que Bruce Wayne también estará allí. Y, en efecto, tan pronto hace su aparición, es el heredero de los Wayne el objetivo de todas las miradas, saludos y conversación de los presentes.

—Bruce Wayne —dice el anfitrión, yendo a su encuentro y saludándole efusivamente y con una gran sonrisa.

—Richard. Cuanto tiempo... —corresponde el saludo Bruce, pero sin tanto entusiasmo—. Es una gran fiesta.

—Eres muy amable. Seguro que te resultará muy humilde en comparación con las que ofreces en tu mansión. ¿Recuerdas a mi esposa? —pregunta, haciendo un gesto a María para que se acerque.

—Desde luego. Un placer verte de nuevo, María. Estás radiante.

—Señor Wayne —dice ella, tendiéndole la mano.

—También quiero que veas a mi hija... ¿Dónde se ha metido? —inquire Richard, mirando a su alrededor.

Pero es Bruce Wayne quien ve primero a Selina y, ella, de inmediato, logra atraer su atención. Alfred no exageraba cuando hablaba del atractivo de esa joven de ojos enormes y perdidos, cuya mente parece en otro lugar y como ocupada en pensamientos que nada tienen que ver con la frivolidad que la rodea. Los ojos de ambos se cruzan por un momento, pero Selina retira la mirada al instante.

—Ah, ahí está —dice Richard, haciéndole un gesto firme para que vaya adonde ellos—. Discúlpala, es algo tímida. No está acostumbrada a alternar con la alta sociedad. Seguro que no la hubieras reconocido.

—Puedes apostar a que no —confirma Bruce, como absorto, bebiendo un sorbo de champán.

Selina se acerca a ellos frotándose los guantes, hasta que sus ojos y los de Bruce coinciden nuevamente ante la severa mirada de su padre.

—Selina, saluda a nuestro invitado —manda Richard.

—Señor Wayne —dice la joven, pero sin tenderle la mano.

—Señorita Kyle. Es un placer volver a verla.

Ella aparta la mirada como por instinto para no parecer que le está observando con descaro, pero, al momento, sus ojos vuelven a él. Bruce no los ha retirado en ningún momento, descubriendo que son de un verde claro, y ambos permanecen con la mirada clavada el uno en el otro, sin sentir sensación de incomodidad. Al contrario, se transmiten

paz y confianza. Es algo extraño que nunca ninguno de los dos había experimentado a primera vista con alguien que podría considerarse un completo desconocido.

—Bien —susurra satisfecho Richard, percibiendo la notable química que, sin duda, ha surgido entre ellos. Y comprobando que su hija, a pesar de la timidez que la caracteriza, ha conseguido atraer la atención del mismísimo Bruce Wayne, decide dar el siguiente paso—. Por favor Bruce, ven conmigo, hay algo que quiero enseñarte. Selina, ven tú también.

—Está muy hermosa esta noche, señorita —dice Bruce, mientras ambos siguen a Richard a otra sala—. Parece una princesa europea.

—Gracias —dice ella, que lucha por no mirar al suelo, abrumada por tanto halago.

—Su estancia en Japón debió ser muy enriquecedora. Es una cultura fascinante.

—Sí, sí, aunque apenas salía de la embajada.

Tras cruzar un pasillo, llegan a una pequeña habitación de altos ventanales en la que hay un mueble bar, una mesa de villar, varios sillones y un sofá frente a una chimenea y una vitrina, dentro de la cual, se diría que hay un objeto muy valioso.

—Como amante del arte y las antigüedades, seguro que esto te entusiasmará... Mira —dice Richard, aproximándose a la vitrina—, es una máscara de samurái. Una auténtica reliquia. Me la regaló el emperador Hirohito en persona. Los samuráis eran los guerreros más feroces de Japón, pero supongo que eso ya lo sabrás. Eran... como nuestros indios. Ya sabes, arcos, flechas, plumas...

—Una comparación curiosa, Richard.

—Pero acércate más —pide el anfitrión—. Reconozco que puede parecer aterradora, pero supongo que ese era su objetivo; infundir miedo en los enemigos.

Bruce se aproxima para poder ver mejor el presente. La máscara parece simbolizar a un demonio o ser maligno. Tiene la boca abierta en gesto amenazador, destacando en su dentadura cuatro grandes colmillos; Le cuelga una amplia cabellera negra, y de la frente le nacen dos largos y afilados cuernos.

—Una pieza excepcional, sin duda —dice Bruce, con una sonrisa.

—Bien, debo regresar a la fiesta. Por favor, contéplala todo el tiempo que quieras. Os dejo aquí para que sigáis conociéndoos. Selina, atiende a nuestro invitado en todo lo que necesite —le ordena su padre, más que pedirselo.

Ambos siguen con la mirada a Richard hasta que sale de la estancia. Selina no puede disimular su inquietud por esa situación tan forzada

y comienza a frotarse las manos y los antebrazos. Bruce, por el contrario, se siente extrañamente cómodo y agradado con la compañía de la joven. Por su mayor edad y experiencia, y sintiéndose obligado por una reputación que debe mantener, toma la iniciativa de la conversación.

—Su padre debió ser un gran embajador si el emperador en persona le obsequió con algo tan valioso.

—Sí... supongo que sí —responde ella, sonriendo levemente.

—¿Y qué puede contarme de su estancia en Japón?

—Aprendí algunas cosas, pero, como le decía, apenas salía de la embajada.

—¿Pero, sin duda, visitaría el palacio Fukiage y los jardines imperiales, verdad?

—Sí... ¿Usted ha estado en Tokio?

Los ojos de un cuadro desaparecen para, en su lugar, asomar los de Richard Kyle, que, desde una habitación contigua, espía a su hija y a su ilustre invitado.

—Sí, así es —responde Bruce.

—Claro, qué pregunta más estúpida. Usted ha viajado mucho. Todo el mundo lo sabe.

—Sí, pero hay quien confunde viajar con desplazarse.

—¿Qué quiere decir?

—Antes, las personas viajaban. Experimentaban, sentían. Ahora, los medios modernos permiten que nos desplazemos de nuestra ciudad a cualquier lugar lejano casi con los ojos cerrados. Nuestro cuerpo se mueve pero, nuestra mente... nuestro espíritu, no experimenta ningún cambio ni transformación. No hay aprendizaje ni evolución en ese hecho.

—¿Nuestro espíritu? —pregunta Selina, intrigada.

—Lo siento, estoy divagando. Debe ser el champán. O tal vez esta máscara tiene algún tipo de influjo taoísta sobre mí.

—Sintoísta —corrige ella, aunque, por su expresión, parece arrepentirse al momento.

—¿Cómo dice?

—Yo... —Selina duda sobre si continuar o no, pero también se siente extrañamente libre y cómoda—. El taoísmo es propio de China. En Japón se profesa el sintoísmo...

—Maldita sea... —reniega Richard tras el cuadro, lamentándose por lo que cree un comentario inoportuno de su hija.

—Cierto, señorita —dice Bruce, agradado por los conocimientos de la joven, aunque conocía de sobra ese hecho.

Selina se relaja y sonríe de forma más natural. En ese momento, es consciente de que tampoco le cuesta mirar a ese millonario a los ojos.

—Vamos, dígalo —susurra ella.

—¿Decir qué?

—No ha querido ser descortés con mi padre, pero usted sabe que esta no es una máscara de samurái, ¿verdad?

—¿Y qué es, entonces? —pregunta Bruce, como iniciando un juego del gato y el ratón.

—Dígame usted —pide Selina, con una mirada cómplice y retadora. Y Bruce no duda en complacer esa demanda.

—Es una máscara empleada en obras de teatro. Representa al demonio *Hannya*, un personaje legendario que en origen era mortal, como nosotros. Su historia es triste.

Bruce comienza a andar en dirección al sofá y los sillones, ofreciendo a Selina que le siga con un gesto de la mano.

—Cuéntemela. ¿Qué le ocurrió a ese hombre?

—Hannya no era un hombre. Era una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí. Fue engañada por su esposo y, consumida por los celos, se convirtió en un demonio en busca de venganza.

—Caray, ahora sí que me asusta tenerla aquí —dice Selina, con una sonrisa nerviosa, volviendo la vista hacia la máscara.

—No se preocupe. —La tranquiliza Bruce, sentándose en el sofá—. Según se cree, tener una máscara de Hannya cumple la función contraria. Libera de esos malos sentimientos y trae buena suerte. Seguramente por eso se la regaló el emperador a su padre.

La joven toma asiento también, aunque con alguna reticencia y dejando espacio como para que una tercera persona se sentara entre ambos.

—Así que... una mujer que busca venganza —pregunta ella, de nuevo inquieta.

—¿Por qué no? La historia está llena de hombres y mujeres vengativos.

—¿Y lo consiguió? Vengarse, quiero decir... del que la traicionó...

—No lo sé. La tradición solo habla de en qué se convirtió.

Selina agacha la cabeza, aunque al momento la levanta. Casi puede sentir las advertencias de su madre o los ojos de su padre tras la pared.

—Como demonio, debería haber podido vengarse de aquel que la humilló —dice ella, con una expresión extraña—, ya que no pudo hacerlo como mujer de carne y hueso.

Bruce la mira desconcertado. Poco ha necesitado para comprobar lo que su instinto le advertía. Esa joven encierra en su delicado cuerpo y tras esa hermosa cara aniñada mucho más de lo que aparenta.

—Señorita... —dice Bruce, posando su mano sobre la de Selina.

Pero ella la retira al momento, como si ese simple contacto le hubiera traspasado el guante y quemado la piel.

—Maldición —susurra Richard.

—Lo siento. Me he dejado llevar por un impulso. Perdone mi atrevimiento —dice Bruce, más contrariado que arrepentido.

—No... no... es culpa mía —dice ella, avergonzada, agachando la cabeza.

—Será mejor que volvamos a la fiesta.

—Sí...

Ambos dejan la sala con una sensación agridulce. Bruce lamenta que ese último gesto haya ensombrecido un encuentro tan sorprendente y agradable, que ha resultado ser lo único positivo de una más de las tediosas y excesivas veladas de alcohol y vanidad de la burguesía de Gotham. Pero, siendo Bruce Wayne, nadie esperaría que actuara de otra forma en presencia de una bella joven.

El matrimonio Kyle y su hija despiden con gesto afable a la última pareja de invitados, los cuales ríen y apenas parecen capaces de articular una frase completa. Pero cuando la puerta se cierra, la sonrisa desaparece de la cara de Richard.

—¿Pero qué te ocurre? —dice él entre dientes, procurando contener la rabia, volviéndose hacia Selina—. ¿Sabes lo que daría cualquier chica de Gotham por una cita a solas con Bruce Wayne?! ¡Y tú lo echas todo a perder! ¡Como haces siempre!

—Por favor, Richard, tranquilízate —pide María.

—¡No me digas que me tranquilice! ¡Ya estoy harto de esta situación! ¡Lo he intentado todo! ¡Pensábamos que esos maestros de Japón la ayudarían, y mírala! ¡Ni sé en qué ha gastado su tiempo y mi dinero! ¡Está como siempre! ¡Incapaz de comportarse como una adulta!

—Tal vez aquí haya alguien que pueda ayudarla —pide su esposa, casi sin atreverse a hablar.

—No. Nadie de esta ciudad debe saber que mi hija está loca. ¿Sabes lo que supondría eso para mi carrera?

—Yo no estoy loca —susurra Selina para sí misma, frotándose los brazos y agachando la cabeza, escondiendo unos ojos que apenas pueden retener las lágrimas.

—Claro que no, pequeña —dice María, yendo hacia su hija y hablándole en voz baja—. Tu padre ha bebido demasiado. Es solo que no estás acostumbrada a las fiestas de Gotham ni a relacionarte con la alta sociedad. Pero la próxima vez lo harás mejor. Oh, estás radiante. Pareces una princesa. Todas las miradas eran para ti.

—No murmuréis cuando esté yo delante. ¡Y deja de defenderla! ¡Si a su edad no es capaz de encontrar marido, ya puede buscarse un empleo y otro sitio donde vivir!

Selina no puede soportar más esos reproches y corre a su habitación.

—Selina... —dice su madre.

—¡Sí, corre! —grita Richard—. ¡Vete a jugar con tus muñecas y vestidos como la niña malcriada que eres!

La joven entra en su habitación. Cierra la puerta, apoya en ella la frente y luego se sienta, no pudiendo contener el llanto. Pero lejos de calmarse, comienza a golpear el suelo con las manos y a sentir cada vez más ansiedad. Se levanta y camina con decisión hacia su armario.

—¡Sí, estás loca! ¡Claro que lo estás! ¡Estás enferma! —chilla entre sollozos, abriendo con rabia las puertas, sacando y tirando al suelo los vestidos, abrigos y zapatos de fiesta—. ¡Yo no soy una princesa! ¡Nunca te querrá nadie! ¡Maldita loca! ¡Vas a morir sola!

Cuando termina de vaciar el armario, se quita violentamente también el vestido que lleva puesto, sin importarle si lo rasga, dejándose caer de rodillas al suelo. Poco a poco se calma, respirando más lenta y profundamente, hasta que deja de llorar. Se limpia los ojos y las lágrimas de la cara, levanta la mirada y ve que en el armario solo quedan dos pares de botas negras y algo que la llama, oculto tras una tabla mal encajada.

En la peligrosa noche de Gotham, una silueta oscura, delgada y esquiva, corre por los callejones y azoteas, trepando por las escaleras de incendios y saltando de edificio en edificio con asombrosa facilidad. Es la misma sombra que se apareció a Robert Kyle, pero esta vez no lleva botas con tacón, sino un calzado plano de tela y esparto, y tampoco hay en su cara rastro de dulzura ni inocencia, ni en su mente hay deseos de jugar. Es como si huyera de una terrible amenaza o persiguiera a alguien que hubiera matado a un ser querido. Respira con fuerza y, tras cada salto, grita calladamente, aunque le gustaría hacerlo a pleno pulmón, pero se contiene porque sabe que el sigilo es fundamental. Recuerda que las sombras no gritan ni emiten sonido alguno.

Se detiene al llegar a la azotea de un edificio de diez plantas, pero no por cansancio. Camina lentamente hasta el borde y espera. Espera hasta ver llegar un Rolls Royce que aparca en la acera del edificio de enfrente. El conductor abre la puerta a la señora Von Humboldt, mientras su esposo, que es por su estado de embriaguez quien realmente parece necesitar ayuda, sale dando un traspiés.

La Gata continúa observando, y apenas parpadea ni mueve un músculo hasta que ve encenderse la luz en el apartamento de la

novena planta. Alexander Von Humboldt mira por la ventana y le parece ver una silueta alumbrada por la luz de la luna en la repisa del edificio de enfrente. Se acerca más y agudiza la mirada, pero, fuera lo que fuese, ha desaparecido.

—Estoy más borracho de lo que creía —susurra resignado.

Mientras el matrimonio duerme a placer, una sombra se cierne sobre la ventana de su salón. En la repisa, la Mujer Gato se asegura de que ya no haya luces en el interior ni nadie levantado. Apoya la mano en el cristal, calculando su dureza. Con la garra del dedo índice de su mano derecha, lo rasga hacia la izquierda formando un semicírculo; después, vuelve al punto inicial y hace lo mismo en dirección contraria, hasta crear un círculo casi perfecto. Tras aguardar unos segundos y cerciorarse de que el chirrido no ha despertado al matrimonio Von Humboldt, empuja el cristal con una ligera presión, que cae al interior sobre una alfombra, la cual, por fortuna para ella, mitiga el impacto. Confiada, introduce la mano y gira el pestillo, abriendo la ventana y entrando con total naturalidad. Camina lentamente, aunque poco ruido podría hacer esa delgada silueta, y menos con una mullida alfombra amortiguando sus pasos y los ruidosos ronquidos de Alexander Von Humboldt como telón de fondo. Sin temor ni vergüenza, se asoma por la puerta del dormitorio y camina hasta la cómoda de la señora Von Humboldt. Abre el cajón superior y coge un brazalete y dos pulseiras. Después, husmea el segundo cajón, en el que encuentra varios anillos. Pero lo que ve cuando abre el tercero, la deja sin aliento. Es una diadema de diamantes y rubíes.

—Sí —murmura, sin temor de ser descubierta, pasando sus garras sobre las piedras preciosas—. Unas joyas dignas de una princesa.

Y ni siquiera los que han estado a menos de un palmo de ella han podido ser testigos de un nuevo delito cometido por la Mujer Gato de Gotham.

Capítulo 7

6 de octubre de 1929

Los primeros rayos del sol penetran en el dormitorio de Bruce Wayne, quien, a pesar de lo ajetreado de la noche anterior, ya está despierto y ha comenzado su rutina diaria. Con puntualidad británica, Alfred le ha llevado el desayuno y el periódico a su habitación. Esa mañana de domingo, Bruce pensaba darse el capricho de desayunar en la cama y dedicar tiempo a reflexionar sobre el encuentro con Selina Kyle y lo que la conversación con ella le hizo sentir. Pero han pasado cinco o seis minutos y aún no ha probado bocado ni apenas leído más que unas líneas del diario. No puede apartar sus ojos de la fotografía de portada. En ella, se ve a James McCliffy muerto en la ribera del río Gotham, echado en el barro, con los pies metidos en un bloque de cemento, bajo el titular:

“Agitador sindical relacionado con el partido comunista, es hallado muerto en lo que sin duda parece un ajuste de cuentas por el tráfico de alcohol”

Y, ante esa cruda imagen debe hacer acopio de fuerza y tesón por retener algo peligroso que lucha por salir de su interior.

En la cueva, acompañado por su mayordomo, Bruce en persona fotografía en la microfilmadora la portada del Tribune, mientras de fondo se escucha una vez más el *Lascia ch'io pianga*. Alfred quiere pedir calma y paciencia a su señor, pero sabe que sería inútil. La visión de una muerte tan cruel remueve en las entrañas del heredero de los Wayne cosas que, por su propio bien y por el de los que le rodean, deberían permanecer enterradas.

—¿Por qué hacer esto? —se pregunta Bruce—. ¿Por qué hacer a alguien unos zapatos de cemento para dejarlo echado en la orilla en vez de arrojarlo al río?

—El periódico dice que el cuerpo quedó al descubierto con la bajamar, señor.

—Eso es una estupidez —gruñe Bruce, que a duras penas puede mantener a raya su ira e indignación—. La marea nunca varía tanto

en ese punto. Los periodistas se creen que todos somos imbéciles. Escriben basura inventada dictada por los que les pagan y piensan que nos la tragaremos sin dudarlo.

—La mayoría lo hacen, señor. ¿Ha pensado que tal vez los asesinos fueron descubiertos y no les dio tiempo de arrojar a ese sindicalista al agua, sino que debieron echarlo allí y después huyeron?

—Si piensas tirar a alguien al río, lo haces desde un puente o lo transportas en barco hasta el lugar más profundo, Alfred. Sin duda, esos criminales hicieron justo lo que pretendían. McCliffy está donde querían que estuviera... para que fuera encontrado con rapidez y todos pudieran verlo, como lo estamos viendo nosotros ahora.

Desistiendo de intentar persuadir a su señor, Alfred pregunta algo para lo que ya sabe la respuesta:

—¿El Murciélago saldrá esta noche, señor?

—Sí, Alfred —murmura Bruce, mirando la portada del periódico en una de las cuatro pantallas, ahora a mayor tamaño.

—¿Se verá con Gordon?

—No, aún no. Por una vez, seguiré tu consejo y esperaré. Además, cuando vea a Gordon, quiero tener para él algo más que preguntas.

—¿Piensa ir entonces al escenario del crimen? ¿Cree de veras que encontrará allí alguna pista sobre los responsables?

—Todas las que la policía haya pasado por alto... o, tratándose de esta ciudad, las que no hayan podido destruir intencionadamente.

Y esa noche, la sombra más temida de Gotham vuelve a aparecerse, pero no ante ningún delincuente, sino en una solitaria ribera cerca del puerto. Esa figura viste capa y capucha azul oscuro, y traje gris, con la silueta de un murciélago negro en el pecho. Es la indumentaria antigua, ya que la capa del nuevo traje diseñada por Alfred y que ofrece mayor protección es más larga y se arrastraría por el barro, no siendo apropiada ni necesaria en esa ocasión en la que no espera verse involucrado en una pelea. El Murciélago camina lentamente fuera del sendero embarrado que da al río. Ve varias huellas de neumáticos y también muchas pisadas que se concentran en torno a una hendidura con forma de cuña. Es la marca dejada por el bloque de cemento en el que tenía metidos los pies James McCliffy.

—Te trajeron hasta aquí y te echaron en tierra, en mitad del barro —murmura—. Nunca llegaste al agua, ¿verdad?

Se adentra en el camino procurando pisar sobre las huellas ya secas, no pudiendo diferenciar si pertenecen a agentes de la ley o a los responsables del crimen. Cualquiera otro necesitaría una linterna para no

resbalar o tropezar con algún obstáculo si lo hubiera, pero esos ojos blancos de cristal amplifican la escasa luz de la luna que esa noche le alumbraba, permitiéndole ver con gran claridad, casi como si fuera de día. Y algo llama rápidamente su atención. De entre todas las marcas de neumáticos, hay unas que nunca había visto. Se agacha y comprueba que, en efecto, se trata de dos huellas gemelas simétricas. Mira al frente y ve otras dos, que también discurren en paralelo.

—Ruedas dobles...

Saca de uno de los departamentos de su cinturón un pequeño tubo de cristal, lo destapa y recoge una muestra de tierra sobre la que ha pasado uno de los neumáticos.

—¿Qué tienes para mí, Edsel? —susurra, pareciendo que se dibuja en su cara algo similar a una sonrisa.

7 de octubre de 1929

Desde primera hora se respira gran expectación en las oficinas de la Gotham City World Ford. La semana no podía haber empezado con una noticia más excitante. Entre todo el personal, desde directivos a vendedores y mecánicos, solo hay un tema de conversación: la inminente visita de Bruce Wayne. Con algo de retraso, como no podía ser de otro modo, llega a la puerta de ese gran concesionario el Rolls Royce Phantom del príncipe de Gotham. Pero, antes casi de que Alfred le abra la puerta, es Edsel Ford en persona el que sale a recibirlo.

—Señor Wayne, qué honor recibirle —dice Edsel, en tono solemne de burla, invitándole a seguirle al interior de las instalaciones.

—Un placer volver a verte, Edsel —responde Bruce, comenzando a caminar a su lado.

—La próxima vez, avísame con más tiempo. Hoy mismo tenía previsto volver a Detroit.

—Mi mayordomo siempre me repite lo mismo, pero muchas veces ni yo sé dónde estará de un día al siguiente. ¿Qué tal están Eleanor y el pequeño Henry?

—De maravilla, Henry no tiene ni doce años y ya quiere conducir cada automóvil que ve.

—Lo llevará en la sangre.

—Sí, pero espero que no haya salido a su abuelo.

—Hablando de él, ¿cómo se encuentra tu padre?

—Tan controlador y conservador como siempre... Te eché de menos en el New Ámsterdam. Esa gala del cine fue sobria, pero habrías

disfrutado y seguro que hubiera sido una buena ocasión para llevarte todos los flashes, aunque supongo que en esas islas a las que fuiste tampoco te faltó diversión.

—Creo que por aquí no andamos escasos de celebridades, pero si vuelven a repetirla el año próximo, es posible que acuda.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por ti? algo me dice que esta no es una visita de cortesía.

—En realidad, no. He sabido que tenéis un nuevo modelo de camión. Uno con ruedas dobles. Y he pensado que debería renovar mi flota.

—¿Y has venido en persona para eso? ¿Por qué no has llamado o enviado a tu jefe de compras? Mira a tu alrededor. Estás haciendo que mis empleadas pierdan minutos de su trabajo... y no solo las que están solteras. Tendré que descontar el tiempo de tu visita de su paga.

—Así salgo de la mansión y saludo a un viejo amigo.

—Oh, sí, qué aburrimiento. Tenis, sauna, chicas... quién no querría salir de la mansión Wayne para venir aquí. —Edsel se da por vencido. No va a sonsacar ninguna otra respuesta a su invitado—. Está bien. Ven, te lo enseñaré. Pero daremos un pequeño rodeo.

Ambos llegan a una puerta que Edsel debe abrir con llave, ofreciendo a Bruce que pase primero. Esperaba entrar a una sala con modelos Ford, pero lo que ve le sorprende incluso a él, aunque lo disimula a la perfección. Es una sala de exposición con algunos de los automóviles más caros del mundo.

—¿Recuerdas el Mercedes SSK? —dice Edsel, acercándose a un magnífico modelo de la marca alemana.

—Desde luego, lo veo cada día —responde Bruce, con condescendencia.

—Oh, sí, olvidaba que tienes tres. Y mira este: un Bugatti Type 35 T.

—Debo reconocer que eres el único propietario de una colección de coches deportivos capaz de rivalizar con la mía.

—Eso es fácil si tu padre se llama Henry Ford, aunque su sombra es tan alargada que a veces la siento sobre mi espalda. ¿Por qué crees que tengo aquí mi colección de coches extranjeros y no en Detroit?

—Sin duda te aprecia y considera un digno sucesor, Edsel. Sabe que, en tus manos, el futuro de la empresa está asegurado.

—Pero es tan testarudo... Si por él fuera nunca reemplazaríamos el modelo T. Por cierto ¿sabes que estoy planeando diseñar un deportivo con un motor V-8?

—Si lo logras, es posible que la próxima vez que corramos en Le Mans puedas llegar a verme cruzando la meta en vez de sólo el humo de mi tubo de escape.

—Eres insoportable, *Bentley Boy* —dice Edsel, con una sonrisa—. Si no conociera la respuesta te propondría que explotáramos esa tecnología de propulsión juntos.

Cruzan la sala y la dejan por otra puerta que también debe ser abierta con llave. Tras avanzar por un pasillo acristalado, llegan a una gran sala de exposición y venta en la que, esta vez sí, solo hay automóviles de la Ford Motor Company.

—Bien, aquí está lo que buscas —dice Edsel, deteniéndose ante una de sus últimas creaciones—. El nuevo modelo AA. Cuarenta caballos de potencia, motor de cuatro cilindros de doscientas pulgadas cúbicas, transmisión de cuatro velocidades, sistema de volcado, y ruedas traseras dobles con radios de acero especialmente diseñadas para cargas pesadas.

Bruce se arrodilla y mira con detenimiento el dibujo y anchura de los neumáticos.

—Justo lo que estaba buscando... Debes tener a muchas empresas demandando este camión.

—Sí, las ventas van bien. No puedo quejarme... Confíesalo, Bruce, ¿qué tramas? —insiste nuevamente—. A ti no te interesan los camiones.

—Vamos Edsel, deja que finja trabajar y haga algo de provecho por mi empresa. Pero, si lo prefieres, puedo irme a la competencia. Creo que la General Motors tiene unos camiones que...

—Woah, woah, woah —exclama Edsel, acercándose a él, bajando el tono de voz—. No pronuncies aquí ese nombre ¿de acuerdo? Está bien. Lo que tú digas. ¿Entonces, te interesa?

—Desde luego.

—¿Y has pensado cuántos necesitas?

—Mándame... cien...

—¿Cien? —pregunta Edsel, que no puede creer lo que acaba de oír.

—Que sean doscientos —corrige Bruce sin inmutarse, pensando que la cifra ha podido parecerle pequeña.

—Sí, claro, lo que Bruce Wayne quiera. Dios santo, doscientos AA...

Edsel le estrecha por los brazos, no sabiendo si en ese momento quiere besarle o darle un puñetazo.

Esa misma noche, una sombra cuyo rastro se alarga en el suelo gracias a la nueva y más pesada capa, merodea por los pasillos de la Gotham City World Ford. El Murciélago entra en las oficinas y abre los cajones de varios archivadores, hasta dar con las facturas de los modelos AA. Como se temía, hay docenas de ellas.

—Los negocios te van bien, Edsel. Eso no es bueno para mí.

Saca una cámara fotográfica compacta, más pequeña aún que la *Leica I*, y comienza a fotografiar los nombres de todas las empresas que han adquirido los nuevos camiones. Esa tarea le lleva casi cinco minutos. Un guardia de seguridad cree oír un ruido y se acerca a la oficina, pero, cuando entra, no ve nada más que sombras. Sin embargo, la más peligrosa de todas, ya no está allí.

En la cueva, Alfred aguarda el regreso de su señor mientras analiza la muestra de tierra mezclándola con agua destilada.

—¿Están listos los análisis de la tierra del río? —pregunta la voz de Bruce tras él.

Tan absorto se encuentra el mayordomo en su labor, que escuchar de pronto esa voz le sobresalta.

—Aún no, señor. ¿Ha encontrado lo que buscaba en el concesionario de Ford?

—Sí, y más de lo que me hubiera gustado —dice Bruce, mostrando la cámara y sacando el carrete—. Ocupate de revelarlas todas.

8 de octubre de 1929

Son las dos de la madrugada, y tanto Bruce Wayne como su mayordomo permanecen en la cueva trabajando en las pruebas que deben conducirles a los asesinos de McCliffy. En esta ocasión, lo que resuena en la caverna es el *Lacrimosa* del Réquiem de Mozart. Alfred coloca algo de la mezcla en un microscopio, y otra parte en un secuenciador. Después, se dirige a la sala de revelado. Las melodiosas y potentes notas de los instrumentos, coros y solistas de esa misa, unidos al sentimiento del deber y al recuerdo de una víctima a la que nadie parece que vaya a hacer justicia, son lo único que les ha impedido rendirse al sueño.

—Señor —dice Alfred, entregándole cincuenta y siete fotografías recién reveladas—, aquí tiene.

—Gracias Alfred —dice Bruce, revisando los nombres y direcciones de las empresas—. La Northeastern States Oil Fund, Continent Steel, South Milling Company, Coal Pacific, Harrison & Sons, Mercker's Industries...

—¿Por dónde empezará, señor?

Bruce no responde hasta haber leído todos los nombres. Su buena memoria le permite relacionar algunos de ellos.

—Varias de estas empresas forman parte del conglomerado de Oswald Cobblepot.

—¿De la Cobblepot Corporation?

—Sí... empezaré por visitar esas.

Bruce deja las fotografías y se coloca de nuevo la capucha.

—¿Ahora, señor? En unas pocas horas habrá amanecido...

—Cuanto más tiempo pase, menos posibilidades de encontrar las pruebas que necesito. Y por lo que sé, la mayoría de esas empresas guardan sus camiones en los almacenes del puerto.

Bruce sube a su Duesenberg y, cuando arranca el motor, es como si un dragón hubiera despertado y rugiera desde lo profundo de la cueva. Hasta los murciélagos se sobresaltan y comienzan a volar en círculos. De los tubos de escape salen dos pequeñas llamaradas, al tiempo que el automóvil arranca, adentrándose en un túnel y desapareciendo de la vista de Alfred.

Recorre en total soledad la campiña, y es poco más que una sombra fugaz para los pocos testigos con los que se cruza. Aminora cuando llega a la valla que da acceso al puerto y oculta el automóvil en un depósito abandonado. A medida que avanza a pie, le parece que hay más actividad de la esperada, incluso para esa ciudad que nunca duerme. Llama su atención que, junto a la puerta de uno de los almacenes, hay dos hombres fumando, y por su aspecto no parecen estibadores ni transportistas. Algo le dice que lo que busca puede estar allí dentro. Rodea el almacén hasta dar con una ventana entreabierta por la que poder entrar. En el lugar hay estacionados más de veinte camiones. Saca de uno de los bolsillos de su cinturón un tubo de cristal y, de otro, una pequeña cucharilla y un lápiz corto. Se agacha y recoge una muestra de tierra de uno de los neumáticos traseros del camión más próximo. Escribe en el papel del tubo la matrícula y repite el proceso con todos los que hay aparcados allí. Pero cuando comienza a decirse a sí mismo que la noche ha sido provechosa y sin contratiempos, la puerta del almacén se abre, y los faros de dos automóviles iluminan el lugar. Sintiendo atrapado, se acerca al lateral del camión más próximo, retira la lona y se esconde dentro. Subido a varias cajas de madera, otea el exterior. Ve a una media docena de hombres que tampoco parecen trabajadores del puerto. Más bien es como si estuvieran custodiando la carga de los camiones. Tanta seguridad y un extraño olor a quemado le llaman la atención. Con la ayuda de un *batarang* o shuriken con forma de murciélago, abre cuidadosamente una de las cajas. Esos ojos reflectantes que atrapan y proyectan la luz no le son de tanta ayuda como le gustaría, pero no puede emplear su linterna por miedo a ser descubierto. Tras retirar la tapa, ve que en el interior hay una botella de cristal protegida por una buena cantidad de paja. Al

principio, le parece whisky de contrabando, pero, al sacarla, observa que el contenido es un líquido de un color amarillento claro. Y su corazón parece detenerse.

—Pero, ¿qué es esto? —susurra, procurando mantener el pulso firme, creyendo conocer la respuesta.

—¡Repartid la carga de estos dos entre los de la derecha! ¡Aún hay espacio! —grita una voz que al Murciélagos le resulta lejanamente familiar.

Mira por entre la lona y, en efecto, el que parece dar las ordenes es el refinado Rupert Thorne, uno de los jefes mafiosos más elegantes de Gotham. Viste un traje gris a rayas, corbata y sombrero a juego, y porta una rosa fresca en el ojal de la chaqueta; su inequívoca seña de identidad junto con un cuidado y fino bigote.

—Rupert —murmura el Murciélagos—. ¿Qué haces tú aquí?

De improviso, la lona del lateral del camión es retirada por uno de los hombres de Thorne, quedando al descubierto. El Murciélagos lo reconoce también al instante: es un viejo conocido del crimen organizado de Gotham llamado Benny Sasso. En un hábil salto y sin darle tiempo a reaccionar, se abalanza sobre él, echándolo al suelo y desapareciendo entre el resto de camiones.

—Pero, qué demonios... —susurra Rupert.

—¡Es él! ¡Es el Murciélagos! —grita Benny, que no sabe qué ha ocurrido, pero sí quién es la única criatura de Gotham capaz de moverse con tanta rapidez.

Marco D'Angelo, otro conocido asesino a sueldo, ve algo moverse cerca de la cabina de uno de los camiones estacionados a su derecha. Sin dudarlo, empuña su ametralladora Thompson y lanza una ráfaga de disparos, impactando varias balas en el parachoques trasero del vehículo.

—¡No, estúpido! —grita Rupert, bajándole el arma—. ¡No disparéis aquí! ¡Que nadie dispare cerca de los camiones! ¡Bajad las armas!

—¿Pero, qué dices? —pregunta Marco.

—Ya sabéis lo que transportan —gruñe Rupert, entre dientes—. No disparéis o volaremos por los aires.

—Joder...

Todos guardan entonces las armas de fuego, incluido Marco, sacando cuchillos, porras y colocándose puños americanos en las manos. Caminan lentamente hacia la parte delantera del camión, rodeándolo. Los gánsteres miran a su alrededor, revisan los bajos del camión y también el resto de vehículos, y hasta el último rincón del almacén, pero no ven rastro del Murciélagos.

—Ha huido... —dice Benny.
—No ha huido —contesta Rupert, encendiéndose un cigarrillo—...
si se ha esfumado es porque ya tenía lo que había venido a buscar.
—¿Qué haría aquí?
—¿Tú qué crees?
—¿Cómo los ha encontrado?
—No importa. Tenemos que sacarlos de aquí y llevarlos a un lugar
seguro.
—Odio tener que moverlos.
—Tú procura no coger ningún bache y todo irá bien —advierte Ru-
pert, ordenando al resto de sus hombres hacer lo mismo.

Capítulo 8

Alfred entra en la cueva portando una bandeja cubierta con la cena de su señor. Ambos llevan todo el día sumidos en la investigación del asesinato de McCliffy, y solo han hecho una pausa para almorzar. El mayordomo deposita la cena en un extremo de la mesa y vuelve al trabajo. Al cabo de una hora, toma varias hojas y se acerca a su señor, el cual no ha probado bocado, y ni siquiera se ha molestado en retirar la tapa de la bandeja.

—Aquí tiene los análisis de la tierra que recogió en el lugar donde fue encontrado el sindicalista. Como nos temíamos, hay altos índices de metales pesados e hidrocarburos del petróleo...

—Plomo, Arsénico, Mercurio, Azufre, Nitrógeno... —susurra Bruce, leyendo los indicadores y dejando sobre la mesa el cinturón con los tubos de ensayo.

—Nada sorprendente, señor —Al acercarse a él, Alfred observa un pequeño rasguño en su mejilla derecha en el que no había reparado hasta ese momento—. Por cierto, ¿ha ido todo bien?

—Sí. Los dueños de uno de los camiones no fueron demasiado amables conmigo —dice Bruce, yendo a un microscopio y observando una muestra de la tierra del río, de cuatro que tiene separadas—. Tan pronto como me vieron, me ametrallaron, pero tampoco esperaba té y pastas.

—¿Y aun así continúa interesado en esas muestras? ¿No es suficiente indicio que esas empresas están metidas en asuntos turbios, el hecho de que hubiera allí gente armada que intentara matarlo?

—En esta ciudad, es raro aquel que no forma parte de algo turbio, Alfred. Y son pocos los que no están dispuestos a dispararte si te metes en sus asuntos. Pero eso no significa que tengan que ver con el asesinato de McCliffy.

—Sí, tiene razón. Bien, como le decía, si piensa dar con el camión de los asesinos analizando la tierra de sus ruedas, me temo que pierde el tiempo. Encontraría esos residuos en la mayoría de automóviles y camiones de la ciudad, incluso en los de su empresa.

—Sí... pero esto no.

—¿A qué se refiere?

Bruce se levanta y deja la silla a Alfred para que pueda observar la muestra del microscopio. El mayordomo se sienta y mira por el ocular, gira los tornillos para acercar el objetivo a la platina, y lo que diferencia son unos pequeños filamentos verdes.

—¿Se refiere a esta especie de gusanos?

—Son algas.

—¿Algas?

—El camión que buscamos estuvo en la ribera del río, Alfred.

—Estoy seguro de no haber visto esto en la tierra que acabo de analizar, señor.

—Yo he examinado cuatro muestras del mismo tubo y solo en dos las he encontrado. Pero todas ellas deben tener algo en común. Esa es la clave.

—Si usted lo dice...

Bruce se levanta y camina hacia un estante que recoge los treinta y tres volúmenes de la *Encyclopaedia Britannica*. Toma uno de los primeros y lo abre sobre la mesa.

—Aquí —dice Bruce, leyendo la descripción de un tipo de alga—. “Algae, singular: alga. Miembros de un grupo de organismos fotosintéticos predominantemente acuáticos del reino Protista... A partir de la década de mil ochocientos treinta, las algas se clasificaron en grupos principales según el color; por ejemplo: rojo, marrón y verde. Los colores son un reflejo de los diferentes pigmentos del cloroplasto, como las clorofilas, los carotenoides y las ficobiliproteínas”...

—No sabría como identificar esas sustancias, señor.

—Lo sé... —susurra Bruce, que continúa leyendo—. “Algunas especies producen toxinas... Los dinoflagelados, clase *Dinophyceae*, son los productores de toxinas más notorios”.

Bruce gira la enciclopedia hacia Alfred y le muestra varios dibujos de unos extraños seres microscópicos unicelulares.

—Esto es lo que debemos buscar en los análisis, Alfred: Dinoflagelados. La muestra de tierra que contenga estos seres será la del camión que llevó al río a McCliffy.

Bruce no pierde tiempo y va a por los tubos de ensayo, buscando el que tiene escrita la matrícula del camión en el que debió ocultarse del tiroteo en el almacén del puerto.

—Empieza por esta.

Tras unas dos horas analizando y comparando las muestras de las ruedas de los camiones, Alfred regresa ante su señor, que permanece inmóvil frente a las máquinas microfilmadoras, observando las fotografías de cuatro asesinados: el concejal William Carson; el juez Paolo Falcone; el comisionado Whalen, y el sindicalista McCliffy.

—Señor, he examinado todas las muestras, y solo en una he encontrado esos... bichejos.

—¿A qué empresa pertenece el camión?

—A la *South Milling Company*, señor —afirma Alfred, entregándole la fotografía tomada en las oficinas de Ford, donde aparece la matrícula junto con los datos de la venta del camión.

—Que forma parte de la Cobblepot Corporation...

—Parece una razón de peso para investigar más a fondo al señor Cobblepot.

—Y averiguar por qué un camión de una empresa harinera estaba cargado de nitroglicerina.

—¿Nitroglicerina? —pregunta extrañado el mayordomo—. ¿Seguro que era nitroglicerina, señor? Tal vez fuera whisky, y esa empresa una tapadera.

—Créeme Alfred. Ese olor no se olvida... —susurra Bruce, absorto en la contemplación de las pantallas—. Y cuando uno de los tipos me ametralló, su jefe pareció entrar en pánico al ver que los disparos alcanzaban uno de los camiones.

El mayordomo ve que su señor no despega los ojos de las pantallas, sintiendo que se está torturando más de lo debido.

—Dígame, ¿por qué continúa mirando esos cadáveres? No van a hablarle y decirle quien es el tal Pingüino.

—Te sorprenderías de lo que pueden decir, Alfred... Hay algo en esas imágenes... Aguarda un momento.

Bruce se levanta como impulsado por un muelle y se dirige a su archivo de casos sin resolver. Tras varios minutos, saca una carpeta más.

—Aquí... el director del Gotham National, Edward Hutchison.

La carpeta cuenta con una portada del Gotham Tribune del 7 de noviembre de 1928. Al momento, Bruce busca el carrete del mes de ese año en el archivo de microfilms. Cuando lo encuentra, lo coloca en la última máquina sustituyendo la del sindicalista y gira la rueda bruscamente.

—Trae la portada en papel del día que asesinaron a McCliffy, Alfred —pide Bruce, cuya mano no es capaz de ir tan rápido como su ansiosa mente.

Cuando al fin llega al 7 de noviembre, y tiene las cuatro portadas en las pantallas más la del sindicalista sobre la mesa, le parece que son piezas que encajan perfectamente en un siniestro puzle. Pero cambia los carretes de todas las pantallas, colocándolas en orden cronológico. En la primera, se ve ahora al concejal William Carson, semienterrado y muerto por asfixia; en la segunda, al director del Gotham National Bank aplastado en un callejón, como si hubiera caído desde la azotea de un rascacielos o hubiera sido atropellado por un vehículo pesado; en la tercera, al juez Paolo Falcone, calcinado dentro de los restos de su coche;

en la cuarta, la del comisionado Whalen, brutalmente tiroteado; Sobre la mesa, el periódico que muestra al sindicalista McCliffy, echado en la ribera del río con los pies metidos en cemento.

—Mira estas fotografías, Alfred. ¿Qué tienen todas ellas en común?

—Que son repugnantemente grotescas. Deberían estar solo en manos del forense y los detectives que investigan el caso. No a la vista de mujeres y niños.

—La mayoría de fotografías de crímenes, incluso entre miembros de bandas mafiosas, están borrosas o tomadas desde malos ángulos y a mayor distancia. La policía nunca permite que los reporteros se acerquen tanto. Pero observa estas. Son de ciudadanos respetables, cargos públicos... y, aun así, el encuadre, la iluminación... son perfectos. Estas fotografías fueron hechas con calma y precisión. No hay el más mínimo rastro de urgencia ni de agentes de la ley.

—Es posible que no solo la mafia tenga en cartera a la policía, señor. Puede que el Gotham Tribune también pague al Departamento por lograr buenas exclusivas.

—Puede ser, pero ningún policía hubiera permitido mostrar a su comisionado de ese modo. Ni siquiera el peor ni el más corrupto. No... Estas cinco fotografías son un mensaje. Están diciendo claramente que nadie debe interponerse en el camino del Pingüino, o acabará muerto.

—¿Cree que el Pingüino es responsable de los cinco crímenes? ¿Pero entonces, si está lanzando una advertencia a través del periódico, por qué no decir que el señor Hutchison y el sindicalista McCliffy fueron también asesinados por él?

—Tal vez para que nadie, especialmente el Murciélago, relacione las cinco muertes. Pero, seguramente, los destinatarios del mensaje sí lo habrán recibido.

—Visto lo reciente del último crimen, parece que los otros cuatro anteriores no lograron el efecto disuasorio deseado, señor.

—No, y es mi deber evitar que haya un sexto. —Bruce guarda silencio y permanece pensativo durante unos segundos, mirando fijamente los cinco cadáveres—. ¿Qué tenéis en común?... ¿qué tenéis en común?

—En ocasiones, lo más claro a los ojos es lo más difícil de ver, señor.

Y tras esas palabras de su mayordomo, los ojos de Bruce se abren de golpe. Gira las ruedas y hace zoom sobre el texto de pie de cada fotografía, mostrando a buen tamaño en las pantallas la firma del autor de las imágenes.

—Dime, Alfred, ¿cuántos reporteros tiene en plantilla el Gotham Tribune? —pregunta, abriendo un cajón y tomando una lupa para observar bajo la fotografía del sindicalista.

—Creo que más de veinte, señor.

—Entonces —susurra Bruce, retirándose de la mesa para permitir que su mayordomo se acerque. En todas las pantallas se puede leer: **“Fotography by: Herbert F. Stick”**—, ¿cómo es que los crímenes más atroces ocurridos en los últimos tiempos, y en diferentes lugares de la ciudad, los ha capturado con tanta maestría una sola persona?

—Ahí tiene la relación entre los cinco asesinados, señor —dice Alfred, con satisfacción—. ¿Cree que ese tal Herbert Stick puede ser un secuaz del Pingüino?

—No descartemos ninguna teoría, Alfred. Pero, en efecto, algo me dice que el señor Stick es una pista que nos llevará ante algo más grande.

—Deduzco que debo guardarle la cena en el horno, señor...

—Sí, Alfred. Esta noche, el señor Stick va a tener una conversación muy desagradable con el Murciélagos.

El vapor emanado por las alcantarillas y la tormenta que se cierne sobre la ciudad, son aliados perfectos para que el Murciélagos pase aún más inadvertido al recorrer las calles y tejados de los suburbios. En una de las muchas humildes viviendas que pueblan esa zona de la ciudad, el reportero Herbert Stick duerme como un niño. Pero, al igual que un niño, se desvela con gran temor al oír unas suaves pisadas en medio de la oscuridad. Mira a su alrededor, y se estremece al ver ante él una sombra más oscura que la misma noche. Y el Murciélagos reconoce esa reacción. Es lo que sienten todos los que en esa ciudad tienen algo que ocultar o algo por lo que pagar. Es la prueba que delata a los que saben que, tarde o temprano, esa sombra se aparecerá ante ellos.

—Oh... no... oiga... Yo no sé nada —balbucea Stick.

—¿Nada? ¿Sobre qué no sabes nada? —pregunta la sombra.

—Sobre... yo...

—Yo sí sé algo, señor Stick. Sé que usted ha sido testigo privilegiado de los asesinatos del Pingüino. ¡Habla! ¡¿Quién es?!

—Oh, Dios. No. Yo... yo no lo sé.

—Mientes...

—No, yo... yo solo tomaba fotografías y las llevaba al Tribune...

—¿Quién te avisaba? ¡Dame nombres!

—No... no me avisaban. Ellos me conducían hasta los cuerpos...

—¿Quiénes son *ellos*?

—No lo sé. Solo dijeron que trabajaban para el Pingüino. Parecían muy orgullosos o muy interesados en que lo supiera.

—Tendrás que darme algo más... ¿Por qué tú?

—Por... por el casino.

—¿El casino?

—Sí. Yo... tenía deudas. Deudas de juego. Les debía mucho dinero... más de diez mil dólares... Y ellos me fiaron...

—¿Te burlas de mí? El casino no fía a jugadores.

—Pues... a mí, sí. Me dijeron que el director en persona autorizaba mis préstamos.

—Sigue hablando.

—Yo... era un viernes. Jugaba a la ruleta. Siempre. Solo a la ruleta. Tal vez apostaba en alguna carrera de caballos, pero... Eran apuestas simples. Esa noche apostaba al negro. Hubo una racha de nueve rojos, después diez, once, doce... y perdí todas mis fichas. Dios, llegaron a salir hasta catorce rojos seguidos. ¿Dónde se ha visto eso?... Pero entonces, apareció un hombre detrás de mí. No sé quién era; un jefe de sala, tal vez. Me puso una mano en el hombro y mandó al croupier que me diera quinientos dólares en fichas. Me animó diciéndome que era buen cliente y que solo había sido mala suerte. Yo no podía creerlo. No... no era tan buen cliente. Pero allí estaba, con más dinero y la noche por delante.

—Y lo perdiste...

—Sí, ese día y los siguientes. Y cada vez me fiaban más dinero. Hasta que llegué a deber diez mil dólares.

—¿Y no sospechaste nada, estúpido?

—¡Yo solo quería recuperar mi dinero! —gime Stick, al borde del llanto.

—Los asesinatos, Herbert. Háblame de los asesinatos.

—Una... una tarde, mientras estaba en el cine, un tipo se sentó detrás de mí y empezó a hablarme, casi al oído. Me dijo que pertenecía al casino y que ya no podían fiarme más dinero. Que debía comenzar a pagar o era hombre muerto. Yo me asusté y... ese hombre dijo que había algo que podía hacer a cambio. Me advirtió que desde entonces, y en cualquier momento, a cualquier hora del día o de la noche, alguien podría ir a mi casa y pedirme que le acompañara; y que yo debería hacerlo y fotografiar lo que me pidieran sin hacer preguntas... Y yo acepté, claro. Me dedico a eso, a hacer fotografías... Y con eso, mi deuda quedaría saldada... Yo solo hice eso, se lo juro. La primera vez casi me desmayo. Cuando vi al concejal Carson... tuve que hacer varias fotografías por cómo me temblaban las manos... Créame, por favor. Yo no he tenido nada que ver con esas muertes.

—¿Y en el Tribune nadie preguntó de dónde salían las fotografías?

—No. Me dijeron que no me preocupara de eso. Yo solo debía entregarlas. El redactor jefe se ocuparía de los titulares. El resto ya parecían saber lo que debían decir.

El Murciélago lo suelta. Está contrariado. Lo que acaba de oír es grave, y aunque no le sorprende, no puede dejar de indignarse por ver hasta dónde llega la corrupción.

—Mañana irás a la comisaría del distrito y dirás esto mismo al teniente Gordon.

—¿Bromea? ¿No ha oído lo que le he dicho? ¡Ya ha visto lo que el Pingüino es capaz de hacer! ¡¿Verdad?!

—¿Quieres comprobar lo que soy capaz de hacer yo?!

—Sé que usted no me matará... Adelante, llame a la policía. Sí, firmo con mi nombre esas fotografías. Es así como me ha encontrado ¿no? Bien, se ha ganado una medalla, Sherlock. A eso me dedico. ¿Quiere que vaya ante un tribunal? *Lo siento, señoría, no revelaré mis fuentes...* Ningún juez condenará a un reportero del Tribune por hacer su trabajo. No se arriesgarán a un linchamiento por parte de la prensa. Además, el juez creerá que la información ha salido del departamento de Policía; de un agente tan corrupto como seguramente lo sea él mismo. En esta ciudad todos estamos comprados, amenazados o chantajeados, amigo. En Gotham hay muchas cosas a las que tener miedo... y usted ya no es la peor de todas.

El Murciélago no sabe qué decir. La coacción que hasta entonces suponía su sola presencia no ha surtido efecto. Su rival, ese tal Pingüino, es sin duda más despiadado que él. Ese hombre insignificante, armado únicamente con una cámara, se ha asegurado de que todo Gotham tema mucho más al Pingüino que al Murciélago, empezando por él mismo. Y algo prende en su interior, amenazando con salir al exterior y cobrar vida propia.

—¿Crees que la muerte es lo peor que te puede ocurrir?! ¿Qué te parece si te corto los dedos de ambas manos, te rompo las rodillas y todos los dientes? ¿Quieres vivir el resto de tu miserable vida en una silla de ruedas, comiendo botes de sopa que ni tú mismo puedas abrir?

Herbert no sabe qué decir y puede que no tenga ni aliento para hablar. El Murciélago sabe que ha sido víctima de un arrebato impropio de él, por lo que respira honda y pausadamente, le suelta, y retrocede con lentitud.

—Mañana, señor Stick —dice sin volverse, antes de deaparecer, prefiriendo marcharse antes que caer en la tentación de hacer algo de lo que pueda arrepentirse.

El motor del Duesenberg comienza a escucharse entre las paredes de piedra, anunciando a Alfred la llegada de su señor como si fuera un heraldo o mayordomo de ultratumba. El vehículo entra a menor velocidad

que en otras ocasiones, tarda algo más en apagarse y el Murciélago sale del vehículo también más lentamente de lo habitual. Cuando se quita la capucha, Alfred nota que algo no ha ido bien, y en esa ocasión parece que su señor ha debido enfrentarse a algo más grave que un tiroteo.

—¿Se encuentra bien, señor Wayne? —pregunta el mayordomo.

Bruce tarda algo en responder.

—He estado a punto de perder el control, Alfred. Le he dicho a ese tipo cosas horribles que, en ese momento, juro que el Murciélago estaba dispuesto a hacer.

—Tratar con la escoria de las calles es un riesgo, señor Wayne. Sabíamos que era un riesgo para el cuerpo, pero también para la mente. El Murciélago le ayuda a liberar aquello que aún no puede controlar, pero, al mismo tiempo, debe evitar que le domine.

—Sí... Esta ciudad está más corrompida de lo que creía. El casino, el departamento de Policía, el Gotham Tribune... Todos parecen temer o estar a sueldo del Pingüino. Siempre quise que el Murciélago fuera un símbolo de esperanza para los inocentes, y que aterrorizara a los culpables, pero cuando los criminales traspasan una línea que yo no puedo cruzar... entonces...

—Entonces, razón de más para acabar con ellos según dicta la moral y las leyes, señor Wayne. Demuestre que su poder está por encima del de cualquier villano y sus métodos.

—Sí, y ahora es Bruce Wayne quien debe dar el siguiente paso.

—¿Bruce Wayne, señor? ¿Está seguro de lo que va a hacer?

—Sí, Alfred. El Murciélago necesita toda la ayuda posible, y Bruce Wayne puede llegar allí donde él, no.

Capítulo 9

12 de octubre de 1929

En el World Casino Gotham City, los sábados son días en los que corre el whisky, la cerveza y el champán como si allí no imperara la Ley Seca, algo que le cuesta a ese negocio, y al resto de locales que sirven alcohol, importantes sumas de dinero en sobornos a la policía y a los miembros de los tribunales de distrito. Bruce Wayne se mueve por el casino rodeado por seis guardaespaldas y varias decenas de curiosos que le siguen desde que ha entrado en el local. Ha jugado en una mesa de dados, y después al Black Jack, perdiendo unos veinticinco mil dólares en cada uno de ellos. Ahora, se dispone a probar suerte en la ruleta.

—Buenas noches —dice al croupier, sentándose con torpeza y dejando un vaso de whisky en el marco de la mesa.

—Buenas noches, señor Wayne —responde el trabajador del local.

Otro empleado se coloca rápida pero discretamente tras el croupier, seguramente un jefe de mesa.

—Quiero... diez mil dólares en fichas de quinientos —dice Bruce, poniendo sobre la mesa un fajo de billetes de esa cantidad, aún con el sello del Gobierno.

El croupier asimila la petición y, tras consultarlo con su superior, complace a tan ilustre cliente, entregándole las fichas. Fichas que Bruce Wayne derrocha, más que pierde, en menos de diez minutos a base de apuestas sin sentido ni estrategia alguna.

—Quiero más fichas —pide Bruce, con cierto enojo

—¿Cuántas desea comprar, señor?

—No voy a comprar nada. Creo que ya no me quedan billetes encima. Quiero que me fíen.

Oír eso causa algunas risas a su alrededor. También el croupier sonreiría si no fuera por quién es el que hace esa petición. Tal vez el único ciudadano al que no se puede sacar de allí por la fuerza.

—No puedo hacer eso, señor —se excusa el empleado.

—Conmigo, sí. Soy Bruce Wayne, ¿no me ha reconocido?

El jefe de mesa susurra algo al oído del croupier, y se retira.

—¿Y ese, adónde va? —pregunta Bruce.

—Enseguida le atenderán, señor.

—No quiero que me atiendan en seguida. Lo que quiero es seguir jugando. Dame fichas, estúpido.

—Señor Wayne —interviene un hombre de pelo y bigote cano, a su espalda—, soy el subdirector. Si me permite...

—Quiero ver al director.

—El director no se encuentra aquí...

—Pues dígame que venga. Y si no puede, ordene usted a este incompetente que me fíen cinco mil dólares.

—Aquí no se fía, señor Wayne. Este es el mejor casino de Gotham, no un nido de prestamistas.

—Sois todos unos embusteros. A mi amigo Herbert Stick le fiasteis diez mil dólares.

—¿Cómo dice?

—No finja sorprenderse. Stick me lo contó. Eso y otras cosas que le interesarían mucho a la policía...

El subdirector no sabe qué decir ni cómo manejar la situación. Le mira a él y también a los guardaespaldas y a todas las damas y caballeros que están congregados allí. Un escándalo con Bruce Wayne de por medio es lo último que quiere para el negocio, aunque todos allí parecen estar deseando presenciarlo.

—Avisaré al director, señor Wayne.

—Eso es, avise a su director... cretino.

El subdirector se aleja, pero Bruce no lo pierde de vista. Lo ve ir junto a una columna y llamar por teléfono. Primero habla calmado, después gesticula un poco, guarda silencio, afirma con la cabeza y de palabra, y cuelga. Su expresión no ha mejorado, y cuando regresa a la mesa de la ruleta, parece que le cueste hablar.

—Señor Wayne, el director desea invitarle a alojarse en nuestra mejor suite: la Royal. Y mañana almorzará con usted y solucionará en persona este malentendido.

—Está bien... aceptaré ese almuerzo y las disculpas de su jefe.

—Por favor, permítame que le acompañe a la suite. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Sí, diga a mis ayudantes dónde hay un teléfono para que puedan llamar a mi mayordomo. Voy a necesitar otro traje.

—Desde luego, señor Wayne —dice aliviado el subdirector, mostrando el camino con un sutil gesto de su mano.

13 de octubre de 1929

Esa misma noche, ya de madrugada, Herbert Stick entra en su pequeño apartamento, situado en la quinta planta de un céntrico edificio.

Con paso cansado, llega a la cocina y abre la nevera, sacando un plato de pasta y otro con un trozo de pastel de carne. El piso está en silencio y todo permanece como él recuerda haberlo dejado, pero cuando entra al salón, lo que diferencia entre la penumbra hace que ambos platos se le caigan de las manos, rompiéndose en pedazos. Ante él, le parece ver a cinco hombres. El primero y más adelantado es pequeño y obeso; a la izquierda de este, otro corpulento y alto; a su derecha, otro de estatura normal y delgado, y, tras él, cree diferenciar otras dos siluetas.

“Buenas noches, Herbert”, se escucha en la habitación, sin poder asegurar cuál de los cinco intrusos es el que ha hablado.

—¿Quién? ¿Quiénes son ustedes?

—*Squawk, squawk, squawk* —Oye el reportero.

—Oh, Dios, no... usted es...

Y acercándose a él y a la luz que penetra desde el pasillo, saliendo de las sombras, surge Oswald Cobblepot, flanqueado por Henry, su enorme guardaespaldas; Víctor Zsasz, un hombre pálido y delgado, de rostro huesudo y aspecto enfermizo, con la cabeza rasurada; además de otros dos secuaces a los que Herbert reconoce al instante. Son los hermanos Tony y Luca Scagnetti, antiguos matones a sueldo de la familia Colombo.

—No, por favor —dice Herbert, retirando la mirada y tapándose los ojos, retrocediendo varios pasos—. Oiga... yo... yo no le he dicho nada. Se lo juro.

—¿No le has dicho nada? —pregunta Oswald, acercándose a él—. ¿A quién no le has dicho nada, Herbert? ¿A tu amigo Bruce Wayne? Mírame...

—No... yo...

—¡Mírame!

El reportero gira la cabeza y abre los ojos, no pudiendo creer lo que ve.

—Usted... usted es Oswa...

—Yo soy el Pingüino —susurra Oswald.

—El Pingüino —repite Herbert, casi sin voz—... ¿Y... por qué me lo dice?

—Porque mereces saberlo. Víctor, te presento a Herbert. Herbert, él es Víctor Zsasz. Supongo que has oído hablar de él

—Oh, Dios mío —gime el reportero, cayendo de rodillas al suelo, mientras ve acercarse a ese temido criminal.

—Tu periódico no le ha tratado demasiado bien —dice Oswald, apartándose para dejar paso a su secuaz—. Ha ensuciado su nombre y reputación con calumnias y acusaciones falsas que nunca han podido demostrarse... o tal vez ni os hayáis acercado a la realidad. No lo sé. ¿Tú que dices, Víctor?

—No —murmura Herbert—, yo no he tenido nada que ver con eso. Yo solo tomo fotografías, ya lo sabe.

—Tranquilo, Herbert —prosigue el Pingüino—. Solo hemos venido para hacerte unas preguntas. Por primera vez, el entrevistado será el reportero. Y al igual que vosotros investigáis hasta dar con la verdad, Víctor también va a... indagar, hasta que tú se la des.

—Indagar... curiosa palabra, señor Cobblepot —dice Víctor, sonriendo y sacando un cuchillo—. Yo no lo habría expresado mejor.

—¡No! ¡Por favor! —suplica Herbert, aterrorizado ante la visión de ese cuchillo que ya sabe lo que puede hacer—. ¡Dígame qué quiere saber! ¡Se lo diré todo!

Se escucha el sonido de un cristal rompiéndose como por el impacto de una piedra lanzada desde la calle. Todos se giran hacia las ventanas que tienen a su espalda y, de pronto, Luca Scagnetti cae al suelo y es arrastrado hacia el exterior. Les parece ver que tiene una cuerda atada a su tobillo con una pieza metálica en su extremo, similar a un pequeño arpón. El gánster grita, se golpea contra la pared y es sacado violentamente del apartamento rompiendo el resto de la ventana, como si hubieran tirado de él dos caballos desde la calzada.

—¿Pero, qué demonios? —susurra Oswald.

Ninguno de los presentes sabe lo que ha pasado, pero temen imaginar quién está ahí fuera. Tony saca una pistola y se acerca con cuidado a la ventana. Al asomarse, ve a su hermano echado en la acera, inconsciente.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta Oswald.

—No —responde su secuaz, mirando en todas direcciones.

Pero apenas acaba de decir eso, una cuerda lanzada desde lo alto se enrosca en su cuello, tirando de él y sacándolo violentamente de la habitación en dirección a la azotea.

—Maldita sea —gruñe Oswald—. ¡Es él!

—Esta rata nos ha tendido una trampa —dice Víctor, acercando su cuchillo a la cara de Herbert.

—¡No! —chilla el reportero—. ¡Señor Cobblepot, se lo juro! ¡No sé qué está pasando!

—Señor —dice Henry, acercándose a Oswald—. Tenemos que salir de aquí...

En ese momento, la luz del pasillo se apaga y el apartamento queda prácticamente a oscuras. Solo algo de la luz de la luna entra desde el exterior. Los tres comienzan a sentir temor, aunque en el caso de Víctor, es más ansiedad y expectación que miedo.

—Nadie va a ir a ninguna parte —dice una voz tras ellos.

Y junto a las ventanas, recortándose contra esa escasa luz pálida, contemplan la sombra más temida de Gotham.

—Tú... —susurra Oswald.

—Salid —dice Zsasz—. Yo me ocuparé de él.

Henry toma a Oswald y poco menos que lo arrastra hacia la puerta, temiendo que Víctor, en el mejor de los casos, solo podrá hacerles ganar algo de tiempo.

—Bailemos —dice Víctor, sacando otro cuchillo.

—Creía que no me lo pedirías —responde con sorna el Murciélagos.

Víctor se acerca a él y le ataca con dos estocadas, una al estómago y otra al corazón, que su ágil rival esquiva sin dificultad; el tercer ataque busca cortarle el cuello de un tajo, pero en esa ocasión el Murciélagos coge la hoja con la mano.

—Eso es jugar sucio —dice Zsasz, indignado por ver que esos guantes le permiten tomar la cuchilla como si fuera de madera.

—No sabía que hubiera reglas entre nosotros, Víctor —dice el Murciélagos para, acto seguido, propinarle un fuerte cabezazo en la cara.

El golpe le rompe la nariz y le arroja al suelo, dejándolo apenas consciente.

—Me... ¡me ha usado para llegar hasta ellos! —chilla Herbert, incrédulo ante lo que ve.

Pero la sombra no responde. Sin tiempo que perder, sale del apartamento. Al fondo del pasillo, ve a los últimos dos hombres que quedan por atrapar. El pequeño y obeso sigue forcejeando para que su guardaespaldas lo suelte, avanzando a duras penas. Esos ojos blancos le permiten ver con gran claridad, pero lo que cree diferenciar, la identidad del que se resiste a ser sacado de allí, es algo que le resulta imposible de creer.

—Es inútil —susurra el Murciélagos, cogiendo de su cinturón un batarang—. No podréis huir de mí.

Henry y Oswald se detienen al oír esas palabras lejanas, volviéndose lentamente.

—Váyase, señor —pide Henry, caminando hacia aquel al que nadie ha podido nunca vencer ni atrapar.

El Murciélagos, temiendo que ese hombre, por su altura y corpulencia, pueda resultar un rival al que le lleve tiempo someter, y que el que sin duda es su jefe y uno de los cerebros de esa trama criminal pueda huir, toma el batarang y se lo lanza a la cara, hiriéndolo en la mejilla izquierda y clavándose después en la pared.

—¡Aaagh! —chilla el magnate de dolor, hincando una rodilla en tierra.

—¡Señor! —grita Henry.

—¡Estoy bien! —asegura el Pingüino—. ¡Ocúpate de él!

Con esa última orden, comienza a bajar las escaleras, cubriéndose la cara ensangrentada con un pañuelo. Henry se acerca al Murciélago con los brazos abiertos, abarcando casi todo el pasillo, preparado para atraparlo, pero lo que recibe, sin darse cuenta ni apenas poder reaccionar, es una rápida y fuerte patada en el estómago. A cualquier otro lo habría dejado sin aire y tirado en el suelo, pero no a él. Henry se recupera del escaso dolor que ha sentido y continúa avanzando, pero esta vez más cauteloso. El Murciélago retrocede lentamente según ese gigante avanza, pero sabe que pronto quedará entre él y la pared. Ya ha medido sus fuerzas y es tan peligroso como parece. Sin querer ceder más espacio, amaga con un jab de izquierda, pero le propina un gancho con su mano derecha, que Henry tampoco ve llegar. Sin embargo, al igual que con la patada, apenas le causa daño. Es ahora el guardaespaldas el que ataca con un gancho idéntico al que ha recibido. El Murciélago se inclina hacia atrás y lo evita. Tras fallar, el chófer de Oswald lo intenta con un *uppercut*, que su oponente esquiva también sin dificultad. Lo que ese hombre tiene de fuerza, lo ha perdido de rapidez. Tras ese intercambio, el Murciélago cree conocer a su rival, por lo que le propina un fuerte *low quick* en la rodilla de la pierna izquierda. Ese golpe sí hace que Henry pierda el equilibrio y detiene su avance. Temiendo que esté lesionado y que la pelea haya acabado casi antes de empezar, grita con rabia y se abalanza sobre el Murciélago. Este también va al choque, lanzándole una combinación de *jabs* a la cara, un puñetazo al estómago y un codazo a la mandíbula. Ese último golpe, totalmente inesperado, derriba al guardaespaldas, dejándolo casi inconsciente.

Oswald sale renqueante del edificio, maldiciéndose por haber sido derrotado y tener que huir. Hacía años que no huía de nadie. En cuanto pisa la acera, se topa con cuatro policías que rodean a Luca Scagnetti, ahora consciente y esposado.

—¡Quieto! —grita uno de los agentes al ver salir a alguien. Pero en cuanto se da cuenta de quién es, baja el arma.

—Señor Cobblepot —interviene un sargento, reconociéndolo también al momento, a pesar de que se cubre parte de la cara—. ¿Se encuentra bien?

—Sí... —dice Oswald, que lejos de ser intimidado por los agentes, ve la posibilidad de que cambien las tornas—. Muchachos, he dejado un asunto pendiente. El Murciélago se ha entrometido. ¿Queréis ganaros esta noche el sueldo de un año?

—¿El Murciélago? —pregunta otro de los policías.

—Cuente con nosotros, señor Cobblepot —dice el sargento.

Con los revólveres desenfundados, los agentes suben las escaleras dirigiéndose al piso de Herbert. Cuando llegan a la planta quinta, doblan una esquina y, al fondo del pasillo, ven al Murciélago sujetando a Henry por el traje. Claramente lo está interrogando, o eso intenta.

—¡Quieto! —ordena el sargento.

El Murciélago levanta la cabeza. Tras valorar la situación, suelta a Henry, se levanta, y retrocede despacio, ocultándose en la oscuridad.

—Ya es nuestro, jefe... está atrapado —dice uno, de nombre Doug.

—Cállate y no lo pierdas de vista.

Cuando está junto al apartamento de Herbert, da una patada a la puerta y entra.

—¡Vamos! —grita el sargento, echando a correr.

Los policías se apostan junto a la puerta y entran en busca de esa sombra, pero lo que encuentran es a Víctor Zsasz, aturdido en el suelo y al reportero Stick, en un rincón, señalando una ventana en la que les parece distinguir al Murciélago.

—Él es todo vuestro —dice esa sombra, antes de saltar.

Los policías corren a la ventana y miran en todas direcciones, pero no ven nada. La presencia de los agentes alivia a Herbert pero, tras unos segundos, ve entrar por la puerta nuevamente al Pingüino, y eso hace que sienta más terror aún que la primera vez.

—Ha huido, señor Cobblepot. ¿Qué quiere que hagamos? —pregunta el sargento.

—Id a por él. El señor Stick y yo vamos a retomar el asunto que estábamos tratando antes de que nos interrumpieran.

—Bien —dice el oficial—. Max, William, a la azotea. Doug, tú, conmigo.

—¿Estás bien, Víctor? —pregunta el Pingüino.

—Lo estaré... —responde Zsasz, poniéndose en pie con dificultad.

—Bien, Herbert —susurra el Pingüino, acercándose al reportero—. Me temo que nuestra colaboración ha llegado a su fin.

Capítulo 10

Pocos minutos pasan de las doce del mediodía, y en el World Casino Gotham City, Bruce Wayne se dirige al restaurante. Viste un traje de seda beige marfil, gemelos de oro y un reloj más caro aún que el Rolex con el que se dejó ver la noche anterior. Es recibido al momento y conducido a una de las mejores mesas.

—Avisaré al director de que ya está aquí. ¿Desea algo de beber? —pregunta un veterano camarero, buen conocido de Bruce.

—Esa nueva bebida de soda que tanto se anuncia, Frank.

—¿Se refiere a la Bib-Label Lithiated Lemon-Lime Soda?

—La misma.

“Que sean dos, Franky”, dice una voz, a espaldas de Bruce.

Y, para sorpresa del heredero de los Wayne, el que ha hablado no es otro que Oswald Cobblepot, el cual viste un traje de frac negro, mucho más humilde, sin duda, que el suyo. Pero lo que más destaca en ese hombre, además de su baja estatura y sobrepeso, es una gasa que le cubre la mejilla izquierda.

—Señor Wayne, soy Oswald Cobblepot. Es un honor conocerle al fin en persona —Se presenta Oswald, tendiéndole la mano.

—Lo mismo digo, señor Cobblepot, —corresponde el saludo Bruce, procurando contener sus pensamientos ante tan inesperado encuentro y la grave confirmación de su sospecha sobre la verdadera identidad de ese hombre—. Qué agradable casualidad haber coincidido en este lugar un domingo.

—¿Casualidad? Oh, desde luego. Perdone mi torpeza. Yo soy el director del casino.

—¿Usted? —replica Bruce, mientras en su mente va encajando las piezas de ese puzle.

—Sí, así es. Hace aproximadamente dos años, varios de los inversores acudieron a mí, demandando... un nuevo rumbo para el negocio. Y yo no niego ayuda ni asesoramiento si puedo darlo.

El camarero llega con las bebidas y las deja sobre la pequeña mesita de té.

—¿Desean almorzar ya?

—Desde luego —dice Oswald—. Empezaremos por el caviar.

—Muy bien, señor —responde el camarero, retirándose.

Bruce levanta su vaso a modo de brindis y da un trago. Oswald toma el suyo y asiente con la cabeza, bebiendo también.

—¿Qué le ha ocurrido? —Se interesa Bruce, mirando con descaro la mejilla de su anfitrión.

Hacer esa pregunta, es lógico. Sabe que lo contrario es lo que hubiera resultado sospechoso. Oswald también le miraba, pero no a la cara, sino ese carísimo traje, los gemelos y el reloj de oro de *Patek Philippe y Tiffany & Co.*, que ha quedado bien visible en la muñeca de Bruce al dar el primer sorbo a la bebida.

—Oh, sí. Esto... —responde Oswald, volviendo en sí y tocándose la cara—. El estúpido de mi barbero... No se preocupe, estoy bien... Pero no tanto como usted, al parecer. Es sorprendente lo lúcido que se encuentra. Le imaginaba más... perjudicado, después de todo lo que bebió anoche. Mis trabajadores me dijeron que apenas se tenía en pie.

—La costumbre, supongo. Pero, ya que lo dice, me sorprende que siendo usted quien dirige el casino, se sirva alcohol. Tenía entendido que era un miembro activo del Movimiento por la Templanza.

—Bueno, ya conoce el dicho: que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda. Hay que separar los negocios de lo personal. Mezclarlos no suele ser una buena idea, ¿no cree? —pregunta Oswald, con una extraña sonrisa.

—Parece hablar de una doble moral. Y eso es cuestionable. Es como si fuera...

—¿Dos personas diferentes dependiendo del momento y el lugar? —pregunta Oswald, con cierto sarcasmo.

Bruce no contesta, y entonces llega el camarero, con dos pequeños platos con caviar y varias tostaditas.

—Por favor, pruebe esto —pide Oswald—. Sé que es un hombre de gustos refinados y sabrá apreciarlo.

Bruce toma una pequeña cucharada de caviar, lo derrama cuidadosamente sobre la tostada y la come de un bocado.

—Exquisito...

—Sabe, creo que si no hemos tenido antes este encuentro es porque desde un principio nos hemos visto como rivales. Si hubiéramos tenido otra actitud, tal vez habríamos podido formar una sociedad tan fructífera como los hombres que crearon ese coche suyo.

—¿Mi coche? ¿Se refiere a Rolls y Royce?

—A los mismos.

—No le comprendo.

—Charles Rolls, que en paz descansa, era miembro de la aristocracia londinense, mientras que Henry Royce era el menor de cinco hermanos de una humilde familia de molineros. Pero ambos compartían la misma pasión: los motores y la automoción. De ahí su alianza y los frutos que

todo el mundo conoce... Sí, un caso entre un millón. Es una lástima, pero me temo que lo llevamos dentro. Al fin y al cabo, esa es la naturaleza humana, ¿no cree? Buscamos competir en vez de colaborar.

—Depende de cuál sea el objetivo. Si no se desea compartir la gloria con nadie, es natural luchar por acabar con la competencia.

—¿Usted compite habitualmente, señor Wayne?

—Solo en Le Mans.

—Entiendo... usted compite por diversión... algunos no tuvimos posibilidad de elegir. Y eso forja el carácter, créame.

—¿Es ese carácter el que le guía para realizar esas operaciones tan osadas?

—¿A qué se refiere?

—A sus inversiones en ciertos activos. Sé que controla las agencias de corredores y tiene gran influencia en los medios de comunicación y en los consejos de administración de más de siete bancos. Muchos le imitan y siguen sus consejos tanto como los de los mismos J.P. Morgan o John J. Raskob. Es una gran responsabilidad...

—Oh, eso... Es un mundo fascinante ¿no le parece? Calculo que más de un quinto de la población ha confiado todos sus ahorros al mercado de valores, además de miles de millones en forma de préstamos y planes crediticios. Usted mismo podría ganar mucho dinero si creara un fondo de inversión o incluso sacando su empresa a bolsa. Seguro que puede permitirse a los mejores asesores de la ciudad, si no los tiene ya en nómina.

—Me parece un juego demasiado arriesgado. Basar toda la credibilidad de un mercado en... simples suposiciones a las que llaman *perspectivas*...

—El riesgo, señor Wayne, es parte de la vida... si se quiere alcanzar el éxito, claro. Tantos ciudadanos, los mayores expertos del país, y nuestro mismo presidente, Herbert Hoover, no pueden estar equivocados.

—A mí no me ha ido mal sin especular...

—Sí. Conozco el origen de su fortuna. Un gran legado familiar. Todos en esta ciudad conocen su historia.

—Cuénteme entonces la suya, señor Cobblepot. ¿Cómo llegó un desconocido a convertirse en un magnate del petróleo y la industria?

—¿Mi historia? —pregunta Oswald, que comienza a mostrar cierta tensión, desviando la mirada a la bandeja de tostadas, tomando una y untando caviar en ella—. Le resultaría aburrida.

—¿Qué ocurre, Oswald? —dice Bruce, con una mirada desafiante, pero no tanto como las palabras que tiene en mente pronunciar—. Desprecia mis orígenes, pero parece avergonzarse también de los suyos.

—No me avergüenzo de nada, señor Wayne —susurra Oswald, volviendo a mirarle a los ojos.

—Yo creo que sí. No hay más que ver cómo rehúye las fiestas y actos sociales, pero no los benéficos. Solo parece sentirse cómodo con la gente humilde y necesitada. Tal vez su nueva posición le quede grande. Pero no se preocupe, es algo habitual en los nuevos ricos. Se sienten como pez fuera del agua entre la gente distinguida.

—¿La gente distinguida? —pregunta Oswald, incrédulo ante la repentina actitud hostil de su invitado.

—Eso he dicho —afirma Bruce, con condescendencia, dando un nuevo trago a su bebida.

—¿Quiere saber de dónde vengo? —responde Oswald, dispuesto a no titubear ni callar nada, entendiendo que ese hombre simplemente ha decidido dejarse de juegos—. Vengo de un hogar con un padre alcohólico que, por fortuna, murió siendo yo un niño. Pero le recuerdo bien... y también lo que nos hacía a mi madre y a mí cada noche cuando llegaba a casa borracho. Vengo de una casa en la que mi madre debía trabajar dieciséis horas al día en más oficios de los que recuerdo para que pudiéramos sobrevivir, y que murió de gripe y en la miseria en la epidemia de 1918. Vengo de un lugar en el que, desde que tengo uso de razón, solo he recibido desprecio y humillaciones. ¿Alguna vez le han insultado por meterse una cucharada de sopa a la boca? ¿Le han dicho que deje de comer cuando solo había dado un primer bocado a una barra de pan? ¿Sabe lo que es ser joven y ver a chicas preciosas pasar a tu lado, pero saber que nunca se fijarán en ti, si no es para reírse con sus amigas? ¿Que no te den una oportunidad por tu aspecto y solo te contraten en trabajos mediocres debiendo aceptar cobrar la mitad que otros? ¿Sabe lo que es no quitarse la vida solo por el deseo de...?

Oswald calla. Sabe que está hablando más de lo debido.

—¿Y qué desea, señor Cobblepot? —pregunta Bruce, con mirada y tono serenos e incluso cálidos.

—¿Qué deseo?... Justicia... Deseo que esta gran ciudad sea gobernada por las personas adecuadas. Por aquellos que de verdad lo merecen. No por patanes y frívolos que solamente la han recibido en herencia y nunca han tenido que luchar por nada.

—¿Eso cree que somos la mayoría de fortunas de Gotham?

—No lo creo... lo sé. Pero dentro de poco podremos comprobarlo. Todos tendremos la ocasión de demostrar nuestra valía y de qué estamos hechos en realidad. —Oswald se relaja y se dispone a contraatacar, girándose hacia una mesita de té que tiene a su izquierda y en la que

hay varios ejemplares del Gotham Tribune—... Por cierto, mi jefe de sala me dijo que ayer mencionó a un tal... Stick, ¿no es cierto?

—Es posible.

—¿Y de qué lo conoce? —pregunta Oswald, mientras coje un periódico.

—El único Stick que me resulta familiar es un fotógrafo del Tribune. Lo conocería en alguno de los reportajes que han hecho sobre mí o mi empresa.

—No se tratará de este, por casualidad.

Oswald le muestra la portada del diario. En ella se ve la imagen de Herbert Stick ahorcado en su apartamento, bajo el titular:

“Reportero del Gotham Tribune se suicida por culpa del criminal conocido como *el Hombre Murciélago*, quien ya es considerado por el departamento de Policía como el enemigo público número uno de Gotham”

Bruce toma el periódico, sin poder ni querer creer lo que ve.

—“En una nota de suicidio aparecida junto al cuerpo —lee Bruce, en voz baja—, Herbert F. Stick reconoce no poder entender ni soportar el acoso que sufría por parte del Hombre Murciélago, quien continuamente le acusaba de ser cómplice o autor de todo tipo de delitos, e incluso de trabajar para la familia Maroni...”

—Es una tragedia que a la gente honrada le ocurran este tipo de cosas —dice Oswald, quien no deja de mirar a los ojos a su invitado, deseando apreciar todas sus reacciones—. Y ese Hombre Murciélago al que en el fondo debemos tanto... es sorprendente lo rápido que se puede pasar de héroe a villano.

—Confiado en que lo que dice el periódico sea cierto. —responde Bruce, con voz ahogada—. Tal vez se trate de un ajuste de cuentas y los responsables hayan usado al Murciélago para desviar la atención. Los reporteros y periodistas que no se dejan comprar suelen crearse enemigos entre los delincuentes y corruptos.

—Interesante teoría. Puede que esté en lo cierto, pero los reporteros saben a lo que se arriesgan cuando tratan con ciertas personas o husmean en los bajos fondos. En esa profesión se conoce a gente peligrosa. Y no conviene meter las narices en los asuntos de la gente peligrosa. ¿No cree, señor Wayne?

—Supongo que no —contesta Bruce, que procura disimular el impacto que esa muerte le ha supuesto—. ¿Pero qué sabré yo de los bajos fondos?

—Claro... —susurra Oswald, sonriendo, quitándole el periódico de las manos—. Por favor, el caviar se va a calentar.

—Se lo agradezco, señor Cobblepot, pero no quiero robarle más tiempo. Un hombre con tantas ocupaciones sin duda tendrá asuntos importantes que tratar, incluso un domingo.

Bruce se levanta y espera a que su anfitrión haga lo propio.

—Señor Wayne —dice Oswald, incorporándose lentamente y tendiéndole la mano con una gran sonrisa—, confío en que pronto volvamos a vernos.

—No lo dude —responde Bruce, con gesto serio.

Ambos se despiden estrechándose la mano con fuerza. Al ver marchar a Bruce Wayne, Matthew, el secretario de Oswald, se acerca a su jefe.

—Ha sido un encuentro breve, señor. ¿Han podido aclarar el desagradable suceso de anoche?

—No, Matthew. El señor Wayne no tenía ninguna intención en hablar de lo ocurrido anoche... y yo tampoco. Aun así, ha sido un encuentro muy provechoso.

—¿Provechoso?

—Sí —responde Oswald, siguiendo a Bruce con la mirada mientras se aleja—. Le he dicho a uno de los hombres más ricos de la ciudad que pronto todos tendremos la ocasión de demostrar de qué estamos hechos, y ni ha parpadeado ni preguntado qué quería decir.... Eso es propio de alguien acostumbrado a obtener respuestas en vez de pedir las. Creo que el señor Wayne es mucho más de lo que aparenta...

En la cueva, Bruce golpea violentamente un saco de boxeo.

—Señor —habla Alfred a su espalda, creyendo que ya ha dejado pasar el tiempo suficiente para que saque lo que lleva dentro.

—Lo sabe, Alfred. Conozco esa mirada.

—¿Qué cree que sabe? —pregunta el mayordomo, acercándose—. ¿Que usted es el Murciélago o que solo lo conoce?

—No lo sé, pero cualquiera de las dos posibilidades ya es peligrosa para mí.

—Nunca antes había involucrado a Bruce Wayne en las investigaciones del Murciélago, señor. Esto podía pasar.

—Y mira las consecuencias... Ha muerto por mi culpa, Alfred...

—Fue un plan arriesgado, señor.

—Víctor Zsasz y Oswald Cobblepot trabajando juntos... Nunca lo hubiera imaginado. El mayor psicópata de Gotham y uno de los magnates más ricos y ambiciosos del país, unidos. ¿Por qué? ¿Cómo puede el Pingüino mover sus hilos?

—Señor, ¿no ha pensado que tal vez Oswald Cobblepot pueda ser el tal Pingüino?

—No seas cruel, Alfred. Lo último que querría un hombre como Oswald sería que lo llamaran así. Sería denigrante. Veo más factible que también él esté siendo chantajeado por el Pingüino o le deba el origen de su fortuna.

—No pretendía serlo, señor. Pero, si en Gotham hay un multimillonario que tiene un *alter ego* que es justo lo opuesto a su imagen pública... ¿Por qué no puede haber dos? Como usted dice, no debería descartar ninguna teoría.

—No lo haré...

—Si no desea nada más.

—No, Alfred, puedes retirarte.

—Señor Wayne —dice el mayordomo, marchándose.

Bruce queda a solas. Se apoya en el saco, con la cabeza agachada y la mirada perdida en el suelo, susurrando algo que queda solo para él:

—Lo siento mucho, Herbert.

Capítulo 11

14 de octubre de 1929

La luna resplandece sobre Gotham, y el teniente Gordon ha acudido a la llamada de ese murciélago que marca el cielo con tanta intensidad como la de la luna menguante. Fuma un cigarrillo mientras limpia compulsivamente los cristales de sus viejas gafas. Esos encuentros siempre son peligrosos para ambos, pero, en esa ocasión, está más inquieto que nunca, pues hace meses que no se ven las caras. Escucha un ruido seco y repentino tras él, se vuelve y, por instinto, echa mano a la empuñadura de su revolver. De la nada, se ha aparecido una figura encapuchada cubierta por una capa de un azul oscuro que refleja la poca luz de esa débil luna.

—Señor... casi me da un infarto —dice el teniente, con el cigarrillo temblando en la comisura de sus labios.

—Me alegra verte de nuevo, Gordon. Veo que sigues fiel a tu costumbre de ser el último en dejar la comisaría.

—¿Realmente eres tú? —pregunta Gordon, acercándose a él, agudizando la mirada a través de esas viejas lentes—. Empezaba a creer que lo que se oye en la calle era cierto. Ha pasado mucho tiempo...

—He estado ocupado.

—Sí, ya lo he visto. Cuando tú te ocupas de algo, nosotros tenemos que hacer horas extra, por no mencionar las reprimendas que recibimos del comisionado para que nos esforcemos más en capturarte. Sobre todo, cuando un periódico importante te dedica una portada. Empezaba a creer que esta ciudad se está volviendo loca por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—Te ha salido un imitador... o algo parecido. ¿No lo sabes?

—¿De quién hablas?

—De esa ladrona de guante blanco. Esa a la que la prensa llama, la *Gata*, o la *Mujer Gato*. El alcalde quiere que la detengamos antes de las elecciones. A poder ser, una semana antes, nos dijo. Eso no me deja mucho tiempo. Pero imagino que a ti no te importa lo más mínimo. Bien, ¿qué necesitas de mí?

—Deberíais investigar a Oswald Cobblepot. No es quien aparenta ser.

—Espera, espera... ¿A Oswald Cobblepot? Siempre me he preguntado si estabas bien de la cabeza, y ahora me has confirmado que no.

—Víctor Zsasz trabaja para él. ¿Eso no te dice nada?

—Víctor ya cumplió su condena. Ahora es un hombre libre. Si preguntas en los juzgados o a cualquiera del Departamento, veras que tú mismo estás considerado hoy en día una amenaza mayor para la seguridad pública que él.

Esas palabras duelen al Murciélago, que nunca ha matado a nadie ni causado más que daños a bienes públicos y privados.

—¿De modo que Víctor es ahora un ciudadano ejemplar? ¿Qué le está pasando a esta ciudad, Gordon? ¿Tan pronto ha olvidado a ese loco y sus víctimas?

—*Supuestas* víctimas. Conoces el expediente de Víctor. No tenemos nada contra él más que robo y asalto con arma blanca. ¡Y tú no eres quién para sermonearme ni decir cómo debemos trabajar! ¡Apareces y desapareces cuando quieres! ¿Y crees que estoy obligado a rendirte cuentas?! Tal vez no lo sepas o no quieras verlo, pero ahí fuera la situación no es tan idílica como parece. El contrabando de alcohol está haciendo mucho más ricos aún a los Bonano, los Genovese, y al resto de las familias. Por ahora todo está en calma y respetan la tregua, pero en cuanto una de ellas entre en el territorio de otra, y acabará ocurriendo, Chicago será una broma comparada con esto. ¡Así que no seré yo quien inicie una cruzada contra Oswald Cobblepot, uno de los hombres más respetados y poderosos de Gotham, sin una avalancha de pruebas sólidas!

—¿Y qué me dices del Pingüino? ¿Tampoco queréis atrapar al asesino del comisionado Whalen?

—No me vengas con esas. Todos en el Departamento hicimos y seguimos haciendo lo posible para dar con los culpables de aquello ¡Pero no tenemos nada! ¿De acuerdo!? —El murciélago no responde y Gordon sabe que debe calmarse—. Oye, esta ciudad... todos estamos en deuda contigo por los criminales que has sacado de las calles... y por atrapar a quien tú ya sabes... pero eso no es un cheque en blanco. No puedes salir ahí fuera y seguir causando estragos.

—¿De qué hablas?

—¿De qué hablo? ¿No lees la prensa? Del suicidio de ese fotógrafo, Herbert Stick.

—No creerás eso que ha publicado el Tribune, ¿verdad?

—¿Y de dónde crees que lo ha sacado el Tribune? Mis hombres aseguran que llegaron al apartamento de Stick alertados por varios vecinos que estaban escuchando gritos y ruidos. Cuando entraron, encontraron a Stick aterrorizado y tú escapaste por una ventana. Salieron a por ti y cuando regresaron lo encontraron ahorcado junto a una nota de suicidio en la que te culpa de su muerte.

—¡Eso es basura! —grita el Murciélago, furioso como Gordon pocas veces lo ha visto—. ¡Tus hombres trabajan para Cobblepot!

—¡Deja ya esa mierda! —replica Gordon, que no se amedrenta, señalándolo con el dedo índice como advertencia—. ¡No digo que no lo crea, pero estoy en una situación muy difícil! ¡Soy casi el único policía del Departamento que no se deja comprar y muchos sospechan que te conozco! ¡Tengo que vigilar mis espaldas dentro y fuera de la comisaría! ¡Así que, cálmate! ¡¿De acuerdo?!

—Lo siento, Gordon. Este caso es uno de los más duros a los que me he enfrentado... Y parece que nadie ve la amenaza que supone.

El teniente también se relaja, aceptando esas palabras como una excusa.

—Mira, si quieres hacer algo para ayudar, olvida a Oswald Cobblepot y ocúpate de esa tal Mujer Gato. Seguro que no te resultará difícil. Tiene tus mismos hábitos. Solo sale de noche, lleva máscara, traje ceñido, y hace lo que le viene en gana sin pensar en las consecuencias.

El Murciélago no responde, entendiendo que la conversación ha terminado. Da la espalda a Gordon y se deja caer al vacío. El teniente tira el cigarrillo y lo pisa, apaga la señal, y mira a su alrededor varias veces antes de salir de la azotea.

Bruce entra en la cueva con un paso que Alfred reconoce bien. Su señor no está alegre.

—¿Cómo fue la visita, señor Wayne? —pregunta aun así el mayordomo.

—No demasiado bien, Alfred —reconoce Bruce, quitándose la máscara y sentándose en su mesa—. Oswald Cobblepot y Victor Zsasz trabajando juntos, y lo que más parece importar al alcalde y a la policía es esa ladrona de alto standing. Malditos estúpidos.

—Cuando los que se ven afectados son las clases altas, entonces todo el mundo se escandaliza y se moviliza hasta a los boy-scout.

—Para eso nació el Murciélago. Para hacer justicia sobre los verdaderos culpables; para luchar contra las auténticas amenazas. Pero, por una vez, no sé qué paso dar. No puedo enfrentarme a Oswald Cobblepot como si fuera un criminal cualquiera, y Víctor Zsasz es intocable mientras esté con él. Debería pasar por encima del ejército de secuaces de Oswald para llegar hasta ese malnacido.

—Sí, señor. Parece una guerra que el Murciélago no puede librar. Pero sé que su mente trama algo.

—Sí. Primero me ocuparé de esa Mujer Gato. Después averiguaré la verdadera identidad del Pingüino... y acabaré con él.

—Un murciélago, un pingüino, ahora una gata. Por si alguien dudaba de que esta ciudad era una jungla. Y, dígame, señor Wayne, ¿cómo la atraparé?

—Con algo que le resulte irresistible. ¿Qué mejor que un sabroso trozo de queso para atrapar a una gata?

—A un ratón, querrá decir.

—No, Alfred. Esta vez, quien caerá en la trampa, será la gata.

17 de octubre de 1929

En el Museo Metropolitano de Arte, Bruce Wayne y el director sonríen ante la prensa, cada uno a un lado de una urna de cristal que contiene un busto con un magnífico collar compuesto por cuarenta y siete diamantes. Los flashes de las cámaras los ciegan y se reflejan en las piedras preciosas, haciendo que multipliquen su brillo.

—Quiero agradecer a Bruce Wayne —dice el director, con orgullo—, su generosidad al ceder para la colección permanente del museo este magnífico collar, que perteneció a la emperatriz de Francia y archiduquesa, María Luisa de Austria.

Ambos se estrechan las manos y sonríen aún más para los fotógrafos.

21 de octubre de 1929

Son las dos de la madrugada, y el Murciélago aguarda agachado en la azotea de uno de los edificios que rodean el museo. Ha permanecido allí las últimas tres noches, sin hacer nada más que observar. Tal vez podría haber evitado alguna agresión, una violación o incluso un asesinato. Las noches de guardia son las peores. Él ama la soledad, el silencio y la oscuridad, pero esos elementos son los ingredientes perfectos para que la mente se descontrole y acechen los peores pensamientos y recuerdos del pasado: Todo lo que tal vez pudo hacer y no hizo; todas las personas que vio morir, y aquellas por cuya muerte se culpa; pero, sobre todo, no puede evitar que se aparezca la visión de sus padres asesinados y, como un destello fugaz, un rostro pintado de blanco cuyos labios rojos muestran una enorme y malvada sonrisa. Pero un rumor de pasos y murmullos procedente de la otra cara del edificio le saca de ese mundo tenebroso. Se incorpora y camina hacia el lado opuesto de la azotea. Abajo, en un callejón, ve a dos maleantes obligando a otro hombre a ir con ellos a punta de navaja.

—Ahora vas a darnos todo lo que llevas —dice uno de los rateros, quitándole un maletín de piel y también sus gafas, que tira al suelo.

—Saca la cartera y el reloj —manda el otro.

—Sí, sí, pero no me hagan daño. Les daré todo lo que tengo —dice la víctima, un hombre de unos cincuenta y cinco años, bien vestido con gabardina y sombrero marrones, que solo puede pensar en las dos navajas con las que esos delincuentes le amenazan, acercándolas y alejándolas de sus ojos.

El Murciélago sabe que no puede entretenerse con ese delito, pero tampoco abandonar a ese ciudadano al capricho de aquellos malnacidos. Se acerca a la cornisa y, con un suave golpe de la puntera de su bota, desprende un trozo de cemento medio suelto, que cae sobre la tapa de un cubo de basura, retumbando en todo el callejón. Los ladrones se giran al momento. Cuando levantan la vista, ven a esa temida sombra perfectamente recortada contra la luz de la luna.

—Dios, es él —susurra uno de ellos.

—Vámonos, Bill. ¡Vámonos de aquí! ¡Corre!

Ambos sueltan las navajas y echan a correr como alma que lleva el diablo, perdiéndose por un callejón cercano.

—Muchas... muchas gracias —dice la afortunada víctima, recogiendo y poniéndose las gafas para poder ver con claridad a su salvador.

Pero allí ya no hay nadie. Mira a su alrededor y también a los tejados y ventanas de los edificios, pero no hay presencia ni rastro de quién o qué es lo que ha asustado tanto a los delincuentes. Pero como ciudadano de Gotham, sabe bien de quién se trata, y sabe también que aquel que se ha aparecido no quiere gratitud ni medallas, por lo que coge su maletín, se abriga con el cuello de la gabardina, y camina en dirección a su casa, antes de que otras alimañas que seguramente merodeen ese lugar, puedan asaltarlo de nuevo.

El Murciélago vuelve a hacer guardia frente al museo. Hace años, no habría actuado así. No hubiera dudado en caer sobre esos ladrones, darles un buen escarmiento y dejarlos inconscientes y maniatados para que la policía los detuviera. Pero ahora se siente cansado e impotente. Cansado por pensar que es de los pocos a los que les preocupan los inocentes, e impotente por saber que es casi el único que quiere combatir y detener a los cabecillas del crimen organizado. Piensa en lo inútil de algunas de sus acciones y en cómo hasta los niños prefieren el papel de gánsteres y no el de policías en sus juegos. Piensa en la gran corrupción que nace en el poder y se derrama por todas las capas sociales sin que nadie sienta la menor culpa ni remordimiento, como

si la moral fuera una carga de la que hay que desprenderse para poder sobrevivir o alcanzar la riqueza y hasta la felicidad. Pero cuando esos malos pensamientos comienzan a encolerizarlo más de lo habitual, una sombra aparece sobre el tejado del museo. No la ha visto llegar, solo surgir de la nada. Sin duda, podría jurar que es la de una mujer. Es grácil y atlética y parece como si flotara en vez de caminar. El Murcié-lago la observa hasta que, de pronto, desaparece. Él puede ver con claridad, pero no sabe qué ha pasado. Es como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies.

En el interior del museo, la Gata camina sobre los cristales que han caído del agujero que ha hecho en la cúpula que corona el edificio. Avanza lenta y sinuosamente por un pasillo con sus botas de tacón alto y grueso, observando los cuadros y antigüedades que la rodean. Desliza sus garras por algunos lienzos, entre ellos: “La noche estrellada” de Vincent Van Gogh y “Los nenúfares” de Claude Monet. Con una ligera presión de sus dedos podría destruir esas valiosísimas obras de arte. Eso le hace sentir una extasiante sensación de poder que cada vez le causa mayor adicción. Cada día, la tentación de ir un paso más allá es más fuerte, y teme que no sea capaz de seguir poniéndose límites, hasta que alguien, puede que ella misma, muera. Se detiene al oír pasos y se oculta tras una columna. Es un guardia que camina por un pasillo cercano alumbrándose con una lámpara de tormenta. La mujer gato lo observa y espera a que desaparezca, doblando la esquina en una sala cercana. Continúa entonces paseando, como si fuera una visitante, hasta llegar a la sala principal, en cuyo centro, se exhibe lo que ha ido a buscar: el magnífico collar de la emperatriz María Luisa de Austria. Se acerca despacio, tanto por el ansia como para no hacer ningún ruido. Cuando llega a la vitrina, queda fascinada como pocas veces en su vida. El brillo hipnótico de esa multitud de diamantes se refleja en sus ojos.

—¡Quieta! —grita un guardia a su espalda, con su revolver desenfundado.

La Gata se da la vuelta despacio con las manos en alto, mientras ve cómo otro guardia llega a la sala, también con el arma apuntándole.

—Es ella... es la Mujer Gato —dice el recién llegado.

—Buenas noches, chicos —saluda ella, sin mostrar temor—. O sois más silenciosos que yo, o me estabais esperando... Y nadie es más silencioso que yo.

—No se mueva, señorita —dice el guardia que le ha dado el alto, sacando unas esposas y acercándose.

La Gata sonríe, baja lentamente las manos, y las une, extendiéndolas hacia el frente. El guardia llega hasta ella, le sujeta una muñeca y

se dispone a esposarla, pero con un rápido giro de la mano, es la Gata la que le agarra a él por la muñeca, doblándole el brazo y atrapándolo por el cuello en una llave de estrangulación o *mataleón*.

—¡Suéltelo! —dice el segundo guardia, que apenas ha podido ver lo que ha pasado. Lo único que sabe es que esa ladrona tiene atrapado a su compañero y se protege con él de un posible disparo.

—No, eres tú el que va a soltar el arma —advierde ella, apretando el cuello de su presa—. No le queda mucho tiempo.

—¡He dicho que le suelte!

—Puedo romperle el cuello y luego ocuparme de ti. Habéis hecho algo peor que meteros en mis asuntos. ¿Solo dos?... Me habéis subestimado. Y eso es algo que me pone muy furiosa.

La Mujer Gato gira la mano del brazo con el que aprisiona el cuello del guardia, apoyando las garras en la mejilla del desgraciado, rasgándose la suavemente, pero lo suficiente como para que sangre.

—¡De acuerdo! ¡Está bien! —grita el otro guarda, dejando su arma en el suelo.

El Murciélago no ha oído disparos ni ve llegar coches de policía, ni tampoco a la Gata salir detenida, y eso le inquieta. Lo que sí ve con claridad, es una silueta femenina que abandona el museo por la puerta principal, cruza la calle y sube al edificio más cercano por la escalera de incendios. Se siente poderosa y algo más completa, pero, en el fondo, sabe que su vacío no podrá llenarlo con joyas ni vestidos, solo atenuarlo por un tiempo. Toma la bolsa que lleva a la espalda y saca el collar. Bajo la luz de la luna, es aún más hermoso. Pasa los dedos y las garras por los diamantes, sintiéndose satisfecha y experimentando un gran placer. De improviso, una sombra cae ante ella. Esa aparición hace que retroceda varios pasos, quedando confundida por un momento.

—Deje en el suelo el collar, señorita, y no intente huir.

—¿Huir? —responde ella, con curiosidad más que con temor—. Eres tú el que debería apartarse mientras pueda... Murciélago.

—No lo haga. Los que se enfrentan a mí no salen bien parados.

—Si te tuviera miedo no saldría cada noche, ¿no crees? De hecho —dice, acercándose a él—, me causas curiosidad.

—Ya sabe lo que le hizo la curiosidad al gato.

—Imaginaba que dirías eso. Pero no es la primera vez que alguien me amenaza.

—Déjese de juegos, señorita —ordena él, sacando de su cinturón unas esposas—. Deme el collar y ponga las manos a la espalda.

—Vaya, que juguete tan divertido —susurra la Gata, que continúa acercándose acercándose—. La prensa dice que eres como un fantasma

más rápido que una bala, y que puedes aparecer y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos... Pero yo creo que solo eres un loco disfrazado.

Sus caras están a menos de un palmo una de la otra. Puede entonces el Murciélago ver claramente unos enormes ojos verdes que le resultan familiares, quedando confundido.

—¿Por qué cree eso? —murmura él, no pudiendo aún creer la impertinencia y ausencia de temor en esa mujer.

—Porque dicen lo mismo de mí —le susurra al oído.

Acto seguido, la Gata le golpea en el estómago con la rodilla, retrocediendo varios pasos y colocándose en guardia, dispuesta para pelear. El Murciélago se recupera pronto del inesperado ataque, y le sorprende lo que ve: Ella tiene la pierna y brazo izquierdos adelantados y ligeramente flexionados, y las manos abiertas con las palmas hacia arriba.

—La guardia del sensei Subaruashi Bato —susurra el Murciélago, reconociendo al instante esa postura—... ¿Quién eres?

—Ya es tarde para hablar —responde la Gata, que se adelanta con un paso largo, lanzándole una patada en giro y otra frontal.

El Murciélago esquiva ambos ataques, no sin dificultad. Ese rival es tan rápido o más que cualquier otro al que se halla enfrentado. Tras fallar las patadas, la Mujer Gato lanza varios zarpazos, uno de ellos le rasga el torso y el antebrazo izquierdo, con el que se había protegido la cara. El Murciélago aún no ha salido de su asombro por enfrentarse a una mujer tan agresiva ni reaccionado más que para poder defenderse a duras penas. Cuando ella le lanza un golpe con la mano abierta a la cara, puede alcanzar a sujetarle la muñeca. Entonces le lanza otro al costado, pero puede detenerlo igualmente. Ahora la tiene sujeta por los antebrazos.

—Ya basta. Ríndase, señorita.

—Suéltame —pide ella, con impotencia—. Me haces daño.

—Yo... no pretendo hacerle daño. Pero no puedo dejarla ir.

—Por favor, —comienza a sollozar, agachándose hasta hincar una rodilla en tierra—. No me mates.

—Yo... no voy a matarla —dice él, inclinándose—... solo quiero...

Antes de que pueda acabar la frase, la Mujer Gato se incorpora con un fuerte impulso, golpeándole en la barbilla con la cabeza. El Murciélago queda aturdido, y ella se libera, realizando al instante su ataque preferido: una patada giratoria que le alcanza en esa maltrecha mandíbula, haciendo que la sombra más temida de Gotham caiga al suelo y quede echado en tierra sangrando por boca y nariz. Pero el Murciélago no es el único que ha sentido algo extraño. Ella lamenta ahora no

haber podido refrenar su ira. Camina varios pasos, se coloca sobre él y se acucilla para poder hablarle de nuevo al oído.

—Estaba equivocada. Eres más que un loco disfrazado... pero yo también —dicho esto, se incorpora—. Ahora, tengo que irme. Debo poner este maravilloso collar a buen recaudo. Puede que volvamos a vernos. Y no olvides llevar tus juguetes, seguro que la próxima vez podremos usarlos.

En la cueva, Alfred coloca un paño en el costado de su señor, mientras este mantiene un bistec en su mandíbula y lee un artículo sobre la Mujer Gato en una de sus pantallas.

—Al parecer es usted quien ha caído en una trampa, señor Wayne.

—He sido un estúpido. No debí confiarme. Ningún discípulo del sensei Subaruashi Bato se rendiría con tanta facilidad.

—Su distracción es comprensible, señor. Una mujer joven, atlética, vestida de cuero negro...

—Sí... No estaba centrado. Desde el primer momento que la vi... No tenía miedo a la noche de Gotham ni a sus calles, Alfred. Ni a mi posible presencia. Actuaba como si estuviera sola en la ciudad. Como si... danzara en los tejados. Era como...

—¿Como usted, señor Wayne?

—Sí... de alguna manera.

—Tal vez harían buena pareja.

—Es una delincuente, Alfred.

—Usted también, señor —Bruce se gira y mira a los ojos a su mayordomo—. Pregunte por ahí. Allanamiento, asalto, agresión, destrucción de la propiedad privada. El Murciélago tiene un currículum muy extenso.

—Todo lo que ha hecho el Murciélago, Alfred, ha sido por un bien mayor.

—No lo dudo, señor, pero eso no le exime de culpas ante los ojos de la justicia. ¿Sabe de quién puede tratarse?

—Creo que sí. Aunque es la última persona de la que sospecharía...

Y el Murciélago observa el apartamento de los Kyle desde la azotea de un edificio cercano. En su habitación, Selina lleva puesto un vestido verde y se adorna con joyas que tiene esparcidas sobre la cama, incluyendo el collar recién sustraído del museo.

—Trajiste de Japón algo más que una máscara de teatro, Richard... una hija con unas habilidades muy peligrosas.

Capítulo 12

24 de octubre de 1929

Alfred avanza precipitadamente hacia el dormitorio de su señor, pero esa mañana no lleva el desayuno, solamente el periódico.

—Señor, debe leer esto —dice el mayordomo, entrando en la estancia sin ni siquiera tocar la puerta.

—¿Otro asesinato? —pregunta Bruce, que ya está levantado.

—No, señor... temo que algo peor.

Bruce toma el periódico y el titular le deja atónito:

**“Los precios de las acciones se desploman
en una fuerte liquidación, una caída
total de miles de millones”**

—Dios...

El caos reina en el edificio de la Bolsa y en las calles, oficinas y bancos de Gotham. El Rolls Royce conducido por Alfred apenas puede avanzar entre la multitud de ciudadanos que corren en todas direcciones como si la ciudad fuera a ser bombardeada.

—Para, Alfred —dice Bruce—. Iré a pie.

—Señor, puede no ser seguro...

Pero antes de que acabe esa frase, Bruce ya ha salido del automóvil y se dirige con paso veloz a sus oficinas.

En la Torre Wayne también cunde el desconcierto. Muchos allí temían lo que iba a ocurrir y habían alertado de las numerosas señales que lo vaticinaban.

—Señor Wayne —dice con alivio un hombre de unos cuarenta años, de pelo castaño y tupido bigote y perilla, que recuerda al famoso Búfalo Bill, al ver entrar a su jefe.

—Roger, ¿está ocurriendo, verdad? —pregunta Bruce en voz baja, tomándolo por el brazo y guiándolo a un ascensor.

—Sí, señor. Lo advertí. Advertí que estábamos jugando con fuego, pero nadie me escuchó.

Ya en el ascensor, pueden hablar con más libertad.

—¿En cuánto calculas las pérdidas? —pregunta Bruce.

—Nosotros no perderemos ni un centavo, señor Wayne, pero la empresa... Temo que la demanda de nuestros productos y servicios caerá a medio y largo plazo.

—No hablo de nosotros, sino de los ciudadanos...

—Pues... calculo que las pérdidas acumuladas serán de unos treinta mil millones de dólares.

—Eso duplica el presupuesto de la Reserva Federal...

En el despacho de Roger, este se acerca a su cinta de Ticker y ve la información transmitida por la línea telegráfica. Las cifras impresas que escupe la cinta de esa máquina no dejan lugar a dudas.

—Mire los valores —dice el analista, enseñándole la cinta—. Los precios no dejan de caer.

—Ahora comprendo el pánico de la gente. ¿Crees que los valores se recuperarán como ha ocurrido los días anteriores?

—No, señor. Lo que hemos vivido ha sido como... pequeños seísmos antes de la erupción de un volcán.

—Está bien —murmura Bruce, con frialdad—. Reúne a todos los empleados en el vestíbulo.

—Sí, señor.

Una vez en presencia de todos sus trabajadores, Bruce Wayne se coloca tras una mesa empleada como improvisada tribuna. No ha tenido mucho tiempo para pensar cómo actuar, tan solo sabe que debe quitarse por una vez la máscara de despreocupado playboy para evitar que su legado familiar sucumba, como parece que lo está haciendo todo a su alrededor.

—Escuchad todos —dice Bruce—. Roger tiene algo que deciros.

El analista da un paso al frente y toma la palabra:

—En septiembre, ya vaticiné que el país sufriría una depresión económica que sería terrible, incluso colosal. Advertí que la Bolsa caería por su propio peso, y entonces habría una disputa demencial sin precedentes para librarse de las acciones. Pues bien, tras tres años de especular sin freno, me temo que ese día ha llegado. Esta ha sido la mayor, diría que... burbuja especulativa de la historia. Podemos ver que todo se está desmoronando. Mientras hablamos, los ciudadanos se están deshaciendo de millones de acciones sin importarles el precio. Me temo que eso nos conducirá a la quiebra de la Bolsa...

Oír aquello genera mayor confusión y temor aún entre los presentes.

—Pero eso no es posible —se oye decir a alguien—. Antes la cerrarán.

—No —responde Roger—. Nadie puede tomar esa decisión sin el presidente.

—¿Y dónde está el presidente? —pregunta de nuevo ese trabajador.

—De vacaciones, en Hawái.

Una nueva ola de asombro y dolor sacude a todos.

—Es normal sentir pánico ante esto —interviene Bruce, con voz calmada—. Nuestras esperanzas en la fortaleza de nuestra economía... o, mejor dicho, en la promesa de un camino rápido y sencillo hacia la riqueza instantánea, ha volado por los aires. Ahí fuera hay muchas personas que quedarán en la ruina por culpa de un atajo de charlatanes a los que hemos convertido en predicadores modernos. Comprendo que ha sido difícil... casi imposible resistir la tentación. Tantos expertos, medios de comunicación y políticos alentando la especulación... No podían estar todos equivocados, ¿verdad? Ahora vemos que era una locura, pero, ayer, los locos parecían ser los que no invertían sus ahorros o se endeudaban para comprar acciones. Solo quiero deciros que no os culpo si desoísteis a Roger y al resto de los miembros del departamento financiero. Todos sois como de mi familia. Algunos incluso fuisteis contratados por mi padre. Quiero deciros que no debéis temer por vuestros empleos. Ocurra lo que ocurra en el futuro, ni un solo hombre o mujer de Industrias Wayne será despedido y, si fuera necesario, yo personalmente cubriré vuestras deudas y me haré cargo de vuestros préstamos. —Esto genera un gran alivio en todos los presentes. Muchos respiran hondo e incluso rompen a llorar por la tensión contenida—. Nadie estaba preparado para esto. Ahora, volved al trabajo y procuremos hacer como si ahí fuera no se hubiera declarado poco menos que la Segunda Guerra Mundial.

Algo más sosegados, los empleados comienzan a abandonar lentamente el vestíbulo.

—Un gran discurso, señor Wayne —dice Roger—. Su padre estaría orgulloso de usted. Es en estos momentos cuando se ve de qué están hechas realmente las personas.

—¿Qué has dicho? —pregunta Bruce, mirándole fijamente a los ojos.

—Que... es en momentos como estos cuando se ve de qué estamos hechos en realidad —repite Roger, sin saber si ha dicho algo inapropiado.

Bruce queda pensativo antes de dejar marchar a su valioso asesor.

—Sí... sí, Roger. Es cierto.

—Señor Wayne —dice Roger, retirándose

Y Bruce se aproxima a un ventanal desde el que se observan perfectamente las últimas plantas de la Torre CobbleCorp.

Esa torre está siendo también observada por su propietario, el cual fuma con extraña despreocupación un cigarrillo con boquilla en la terraza de su ático.

—Señor Cobblepot —dice Matthew, su secretario y contable, llegando hasta él—... nuestras acciones...

—Tranquilo, Matthew. Todo está previsto.

—¿Señor?

—Mira ahí abajo. Es hermoso, ¿verdad? Parecen cucarachas corriendo desesperadas sin saber a dónde ir.

—¿Tal vez solo sea algo temporal, no cree?

—No. Esto es solo el principio. Los próximos días serán mucho peores.

—¿Cómo puede saberlo? —Entonces, Matthew parece entender el porqué de esas operaciones tan arriesgadas y sin sentido—. Señor... ¿usted intuía lo que iba a pasar?

—No lo intuía, Matthew. Yo lo he provocado.

—¿Usted?... ¿pero, por qué?

—Porque es lo que esta ciudad y sus habitantes necesitaban. Los he liberado. Ahora están asustados. Creen que lo han perdido todo; que están acabados. Pero en realidad, son libres. He quitado la máscara al sistema a cuyos brazos se habían entregado y les he mostrado la verdad. Esto es un nuevo comienzo, para ellos y para esos aristócratas que viven de herencias y se pavonean solo por tener apellidos ilustres. Nunca esta ciudad se habrá enfrentado a una crisis semejante, y los que sobrevivan, demostrarán ser dignos de gobernarla.

—Pero, señor Cobblepot, ¿y qué hay de nuestras acciones?

—Debía dar ejemplo y generar confianza, Matthew. Todo aquel que desea pescar una trucha sabe que deberá sacrificar el cebo.

—¿Llama cebo a millones de dólares?

—Tenemos petróleo, Matthew. Petróleo, hierro, carbón... Materias primas. ¿Cuándo olvidamos que eso es lo único que importa? ¿Creían que podían llenar las despensas o los depósitos de sus automóviles con dividendos? ¿O que eran más ricos porque una gráfica subiera en vez de bajar? Pues bien, yo les he devuelto a la realidad. Les he mostrado la fragilidad y lo ilusorio del mundo de fantasía en el que vivían. Voy a hacer que todos esos niños ricos de papá se miren en el espejo.

—Pero, señor, esto será la ruina para mucha gente humilde, no solo para las fortunas de Gotham.

—Lo sé, pero era algo inevitable. Han sido codiciosos. Querían vivir como millonarios y jugaron a algo muy peligroso sin saber lo que realmente hacían ni conocer las consecuencias. Hasta los limpiabotas invertían su dinero en comprar acciones y daban consejos sobre cómo especular. Creían ser grandes economistas, como ese estúpido de Irving Fisher; conocer los mercados y saber de finanzas. No es mi culpa

si se dejaron embaucar y olvidaron lo que realmente importa... ¿Has visto la Torre CobbleCorp, Matthew?

—Es difícil no verla desde aquí, señor.

—Ya ha superado en altura a la Torre Wayne. Lo he logrado. Ayer se subió la aguja hasta la cúpula. Fue hermoso, Matthew. Como ver a una mariposa salir de su crisálida.

—Hablando de eso, señor. El Gotham Tribune dice que será un amaradero para los zepelines que realicen vuelos transoceánicos, pero no sé si esa estructura...

—Dentro de una semana es Halloween —le interrumpe Oswald, mirando a las calles—. Será el más aterrador que se haya vivido jamás. Veamos si os quedan ganas de reír y celebrarlo ahora que estáis arruinados e indefensos. Ahora sabréis lo que sentía yo.

—Señor, si no me necesita, volveré al trabajo. Veré como podemos salir de esta.

—Olvida las acciones, Matthew. Ahora, asegúrate de que no haya imprevistos en las obras. La ceremonia inaugural será en Nochevieja. No quiero retrasos ni excusas.

—Sí, señor.

31 de octubre de 1929

La mansión Wayne está dispuesta para acoger a los cientos de invitados que no tienen nada que celebrar, pero no se perdonarían dejar de acudir a esa cita tan señalada y codearse con el resto de la clase alta de Gotham, aunque muchos se encuentren cerca de perderlo todo. El salón principal está repleto de mujeres de diferentes edades, ataviadas las más jóvenes con vestidos cortos y escotados, largos collares y tocados con plumas. Los hombres visten de manera prácticamente idéntica: camisas blancas y pajaritas, fracs y chalecos negros. Allí a donde se mire, hay una actividad para todos los gustos, siempre y cuando sean excesivos: Una gran barra de bar donde se sirven todo tipo de bebidas alcohólicas; un espectáculo de cabaret en un gran y ornamentado escenario; o un grupo de chicas bailando charlestón al ritmo de una banda de jazz compuesta por trompeta, saxofón, banjo, piano, batería, trombón y clarinete.

Cuatro hombres, que rondarán los cincuenta años, hablan en círculo, como si no se encontraran en medio de una de las fiestas más glamurosas y esperadas del año.

—¿Qué demonios celebramos? —pregunta el banquero Thomas Woodbridge.

—Que hemos sobrevivido a esta semana negra —responde el agente de bolsa, Francis Kane.

—¿Sobrevivir? Aún no hemos visto lo peor —dice Harold Smithers, otro banquero—. Mis analistas temen que, de continuar así, entraremos en recesión a mediados del próximo año.

—Eso es ridículo —interviene el también banquero, Benjamin Kirkland—. J.P. Morgan dice que lo peor ya ha pasado. Nuestra economía es sólida, Harold. Y si entramos en recesión, la superaremos como la que llegó tras la Gran Guerra.

—Díselo a los que se agolpan en nuestras oficinas para retirar su dinero —se queja el señor Woodbridge.

—Es inútil razonar con ellos, y menos, sobre finanzas —asevera Francis.

—Temo que ninguno de los presentes, ni tampoco esos genios que dan su opinión en los periódicos, seamos los más indicados para dar lecciones. ¿Cómo no vimos venir esto? —pregunta el señor Woodbridge.

—Aún no sabemos qué es *esto*, Thomas. No te dejes llevar por el pánico —pide Benjamin Kirkland.

—Ojalá no demos la razón a los que se han tirado por las ventanas de sus despachos.

—La verdadera amenaza será la falta de liquidez —interviene el señor Smithers—. En el peor de los escenarios, y me temo que el más probable, eso hará que muchas empresas cierren. No habrá consumo ni inversión y, sin eso, diremos adiós a la producción. Los desempleados se contarán por cientos de miles. Muchos no podrán hacer frente a los pagos de préstamos ni hipotecas y, a la larga, eso podría abocarnos a nosotros mismos a la quiebra. Tendríamos que declararnos insolventes.

—Hemos dado demasiados créditos sin ninguna garantía —replica Thomas Woodbridge—. Ese ha sido el error.

—El error es que todos ahí fuera creían saber cómo hacerse ricos y hablaban de especulación y del negocio bursátil con la misma facilidad que del último partido de beisbol —afirma Francis—. Y yo que me burlaba de Joseph Kennedy por deshacerse de sus acciones...

—Callad. Ahí viene Wayne —dice Harold Smithers—. Aparentad serenidad y hablad de algo banal.

—¿Es ese Louis Armstrong? —pregunta el señor Woodbridge, levantando la voz, mientras señala a uno de los músicos.

—Lo es —afirma Bruce, que viste una capa negra con el forro interior rojo—. Louis Armstrong y los Hot Five.

—Señor Wayne —saludan los cuatro, casi al unísono.

—Caballeros.

—Le habrá costado una fortuna traerlos —pregunta el señor Woodbridge.

Cuando Bruce ya se disponía a responder alguna frase condescendiente, ve a Oswald Cobblepot al otro lado del salón, distrayéndose al instante. El magnate del petróleo viste su acostumbrado frac negro de cola larga, camisa blanca y pajarita negra. En esa ocasión, pasa totalmente inadvertido.

—Disculpen, señores —dice Bruce—. Ah, y, por favor, confío en que asalten sin miramientos el bar y agoten mis reservas de whisky.

Oír eso provoca algunas risas en el grupo, la mayoría desganas y fingidas.

—Señor Cobblepot —saluda Bruce, a espaldas de Oswald.

—Señor Wayne —corresponde el saludo Oswald, volviéndose.

—Veo que usted tampoco ha leído mi invitación. Rogaba que se viera disfrazado.

—Tal vez lo esté, pero no sepa verlo. ¿Ya no recuerda los años de universidad?

—¿Los años de universidad?

—No importa. Ya veo que para algunos es muy fácil olvidar. Y, dígame, ¿de qué va usted disfrazado?

—Del protagonista de una novela. Le hablaría de ella, pero seguramente le resultaría aburrido.

—¿Y no cree que es una estupidez que los adultos nos disfracemos como si fuera carnaval?

—¿Qué ocurre, Oswald? Parece contrariado, y esta es una noche para dejarse llevar.

—Halloween no me trae buenos recuerdos. Tan solo eso.

—Le comprendo... ¿Sabía que yo fui uno de los primeros niños de Gotham en tener toda su habitación adornada con calabazas y telarañas?

—¿De veras? —Pregunta Oswald, con mal disimulado desinterés.

—Sí, mi padre tenía contratados a muchos trabajadores irlandeses. Mantenía con ellos un trato muy cercano, y siempre le hablaban de cómo sus hijos aguardaban la noche del 31 de octubre para disfrazarse y llenar sus pisos con esos adornos...

—Celebro que disfrutara esas ocasiones. Mis recuerdos no son tan agradables.

—No he dicho que los míos lo fueran.

—Dígame, ¿qué siente en realidad?

—¿Qué siento?

—Está aquí dándome conversación como si fuera un invitado más, pero seguro que en el fondo me odia por haber superado en altura a su torre.

—¿Su torre es más alta? No me había dado cuenta.

—Sesenta y dos metros más alta, señor Wayne. No finja no saberlo. ¿No lee los periódicos?

—La prensa actual me resulta muy desagradable. Es sensacionalista, morbosa, llena de mentiras y manipulación. ¿Ha visto cómo se recrean en los asesinatos de ese loco? ¿Cómo lo llaman...?

—¿Se refiere al Pingüino?

—Sí, eso es. Lo había olvidado.

—Debe ser de los pocos en esta ciudad que hayan podido olvidar a ese hombre.

—¿Por dos o tres asesinatos que ni han podido demostrarse que los haya cometido él? Es solo un aficionado comparado con Al Capone o Joe Masseria.

—¿No cree entonces que sea el nuevo rey del crimen organizado de Gotham, como asegura el Tribune?

—¿Rey del crimen organizado? No se creará esas tonterías, ¿verdad? Sin duda se tratará de algún anarquista o de un demente solitario con delirios de grandeza. Y si tiene una banda estará formada por otros marginales como él. Me provoca risa solo pensarlo. Hasta el nombre *Pingüino* es un apodo ridículo para un gánster. Pero, como le dije una vez, ¿qué sabre yo de los bajos fondos? Esa escoria no merece ni un minuto de nuestro tiempo.

Una camarera se acerca con una bandeja repleta con copas de champán. Bruce toma una, no así Oswald.

—¿De verdad piensa eso? No deja de asombrarme, señor Wayne.

—Causo ese efecto en mucha gente —dice Bruce, dando un sorbo a la copa.

—Sí, lo sé, pero yo creo que su actitud es una fachada.

—¿Una fachada?

—Por el hecho de que un... ¿cómo me llamó? Nuevo rico que se siente como pez fuera del agua entre la gente distinguida haya construido una torre que hace sombra a la suya.

—¿Está seguro de que es más alta? Desde la calle no lo parece. Por cierto, ¿de verdad va a servir como atracadero de zepelines?

—Deje de fingir no estar disgustado.

—Señor Cobblepot —dice Bruce, acercándose a él—. Podría construir cinco torres más altas que la suya si quisiera. Y no necesitaría cúpulas, agujas inútiles ni adornos extravagantes.

—Sí... le creo. Pero tal vez no le compensaría. Dígame, puestos a hablar con sinceridad, ¿cuánto gastó en sobornos para que las alimañas de la administración pública me dificultaran construirla?

—No sé de qué habla...

—Vamos, señor Wayne —susurra Oswald, acercándose más a él—... Nadie nos escucha. Basta de juegos.

En ese momento, Bruce ve entrar a Richard y María Kyle, seguidos por Selina. La joven camina algo separada de sus padres, mirando a su alrededor, pero sin fijar la vista en nadie.

—Ha sido un placer charlar con usted, señor Cobblepot, pero ahora debo atender al resto de mis invitados —dice Bruce, dejándole sin darle ocasión de replicar.

—¿Cree que el Murciélago pensará lo mismo? —inquire Oswald, a espaldas de su anfitrión.

—¿Cómo dice? —pregunta Bruce, volviéndose.

—El Murciélago. Ese enmascarado que merodea de noche por los tejados de Gotham. Creo que no pensaría igual que usted. Y si no se ha enfrentado al Pingüino puede que sea porque le tiene miedo y prefiere seguir persiguiendo carteristas. Tal vez el Murciélago sea en realidad ese demente solitario con delirios de grandeza, como usted dice.

—Es posible. Tal vez algún día se encuentren cara a cara. Entonces podremos saber la verdad.

—Sin duda, eso sería digno de verse.

—Señor Cobblepot... —se despide Bruce, levantando su copa y retirándose.

Oswald asiente con la cabeza, pero no deja de observarle. Bruce intenta relajarse tras ese cruce de palabras en absoluto amistoso ni inocente, caminando pausadamente hacia la solitaria Selina Kyle, la cual, por su actitud inquieta, denota claramente que ha sido obligada a acudir allí.

—Señorita Kyle —dice Bruce, ignorando totalmente a sus padres, que ya se han perdido entre el gentío, preocupados por saludar a varios de los asistentes y hacerse notar.

—Hola. Buenas noches, señor Wayne —responde ella, sonriendo forzosamente y desviando la mirada—. Es... es una fiesta magnífica.

—Sí. Cuando era niño muy pocos adultos celebraban Halloween. Y mire ahora. Es casi la noche más esperada del año.

—Sí... recuerdo mi primer Halloween... ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—Bueno... sé lo que le ocurrió. Y sé que fue un día como este. Dígame, ¿por qué lo celebra? ¿No le trae malos recuerdos esta noche? ¿No le duele?

—Hay cosas que duelen cada día. Pero el dolor es algo con lo que debemos aprender a convivir, ¿no cree?

—Supongo que sí. Pero no es fácil.

—Claro que no... ¿Puedo serle sincero?

—Por supuesto.

—No he dejado de pensar en usted desde la última vez que la vi. Me pareció encantadora y... con un gran corazón.

—¿Yo? ¿encantadora y con gran corazón? Es la primera vez que alguien me dice eso —dice ella, sonriendo y ruborizándose.

—No todos pueden ni saben ver más allá de las apariencias ni de lo que permitimos que vean.

—Vaya. Habla como si... lleváramos puesta una máscara.

—Claro que la llevamos, Selina —afirma Bruce.

—Tal vez sea por el daño recibido —responde ella, con seriedad.

—Desde luego.

—¿Y cree que algún día podremos vivir sin ella?

—No lo sé. Pero si nos sirve para mitigar el sufrimiento... para conjurar aquello que nos hace daño, como si fuera un escudo... y, al mismo tiempo, no causar daño a nadie, entonces, es una carga que podemos soportar.

—¿Y qué hay de aquellos que hicieron daño? —pregunta ella, con gesto serio—. ¿No cree que deberían pagar por sus pecados?

—Todo culpable debe pagar, pero no creo que las víctimas sean las que deban hacer justicia.

—¿Y quién entonces la hará? —inquire de nuevo, hablando entre dientes y con los ojos húmedos, acercándose a Bruce—. ¿Alguna vez se ha sentido indefenso, suplicando en voz baja que alguien... una fuerza invisible... o el mismo Dios, te auxiliara, pero sabiendo en tu interior que era en vano?

Y Bruce no puede evitar que, mientras ve cómo dos lágrimas caen de esos enormes ojos verdes y le recorren las mejillas, se cruce en su mente el recuerdo de aquellos que le ignoraron cuando, manchado con la sangre de sus padres, deambulaba por las calles pidiendo auxilio.

—Sí... —dice él, acercando su mano derecha a la cara de Selina para limpiarle las lágrimas.

Pero ella se aleja un paso.

—Entonces, debería saber... que estamos solos. Y no podemos esperar que nadie haga justicia por nosotros.

Selina se retira y sale del salón, pero, esta vez Bruce no está dispuesto a dejarla huir. La sigue hasta una habitación contigua y ambos quedan de nuevo a solas. Ella agacha la cabeza y respira hondo, pareciendo que empieza a sollozar. A Bruce le cuesta un gran sacrificio reprimirse y no poder consolarla ni mostrarle afecto más que con palabras, pero sabe que debe mantenerse a distancia.

—Selina...

La joven se vuelve y le mira con esos enormes ojos al borde del llanto. También quiere hablarle e ir más allá, pero no sabe cómo y siente más miedo que nunca en su vida.

—Yo no soy lo que podríamos decir... normal —confiesa ella.

—Yo tampoco —responde Bruce, sin dudarlo.

—No sabe de lo que habla...

—En mi primer viaje a China, descubrí un símbolo. —Comienza a caminar para relajar la tensión—. Era un círculo dividido en dos mitades, una negra y otra blanca. En la blanca, había un pequeño punto negro y en la parte negra, uno blanco. Representa el equilibrio y la dualidad del Universo. Y muestra que, en toda oscuridad hay luz, y en toda luz habita la oscuridad. Supongo que debemos luchar por mantener ese equilibrio... y por intentar que la oscuridad nunca supere a la luz.

—Es usted más extraño de lo que pensaba, señor Wayne —dice ella, casi con un atisbo de sonrisa.

—Tal vez por eso me siento cómodo hablando con usted. Supongo que... los diferentes, nos reconocemos... y atraemos.

Y Bruce no puede evitar extender su mano para tomarla por el brazo.

—No puedo —murmura Selina, retrocediendo.

—Porque no lo intenta. Solo tiene que desearlo —susurra Bruce, luchando para que la oscuridad no se imponga sobre la luz.

—Tengo que irme —dice ella, caminando con rapidez hacia la puerta.

—Por favor, quédate —suplica Bruce, por primera vez en mucho tiempo.

—Lo siento —se despide Selina, saliendo de la estancia.

Y junto a la soledad física, el último heredero de los Wayne vuelve a notar un gran vacío interior, mezcla de intensa pérdida y frustración.

Capítulo 13

1 de noviembre de 1929

Es la una de la madrugada y la fiesta ha terminado. Pero las conversaciones recientes, tanto con Oswald Cobblepot como con Selina Kyle, hacen que Bruce sienta una rabia y fuego interiores que no le permiten dormir. Y, cuando eso ocurre, sabe que, más que nunca, debe ocupar la mente en la que es su verdadera vocación. Está en la cueva junto con su mayordomo, sentado frente a las pantallas que muestran las fotografías de los asesinatos del concejal, el banquero, el juez y el comisionado, además de la portada del sindicalista sobre la mesa.

—¿Por qué vosotros? ¿Por qué el Pingüino os quería muertos?

—El juez Falcone y el comisionado Whalen tenían muchos enemigos, señor —dice Alfred, tras él—. Cualquiera delincuente de esta ciudad querría verlos muertos.

—No me interesa cualquier delincuente, Alfred. Solo uno.

—Disculpe, señor —interviene Alfred—. ¿No cree que debería observar también la fotografía de Herbert Stick?

—Sé muy bien cómo y por qué murió Herbert, Alfred. No necesito verlo ni pensar en ello.

—Perdone señor, no pretendía ser cruel ni hacer que se sienta más culpable de lo que ya se siente.

—Lo sé, Alfred.

Bruce lo medita, respira hondo, agacha la cabeza, y comprende que no debe permitir que más fantasmas del pasado se sumen a los que ya le persiguen para atormentarlo. Busca entonces el periódico del día del asesinato de Herbert y lo coloca en la mesa junto con la portada en la que se ve a James McCliffy.

—Tú estás detrás de esto, Oswald —dice Bruce en voz baja, hablando para sí mismo—. Eres un asesino a sangre fría, paciente y meticuloso. No fue algo personal. Cumplías órdenes. Tus negocios en Gotham son solo una pequeña parte de tu fortuna. Pozos de petróleo en Texas, minas de hierro y cobre en Arizona, carbón de los Apalaches... No hiciste esto por avaricia ni necesidad, sino para demostrar algo... Cuatro asesinatos en siete meses y, de pronto, dos en apenas una semana. ¿Qué ha ocurrido? Has matado por negocios, pero disfrutaste con ello. Te has recreado en cada muerte. —Entonces, observando la imagen de Herbert Stick ahorcado, parece comprender algo, abriendo

los ojos e incorporándose—. Oswald Cobblepot es paciente... pero el Pingüino, no.

—¿Señor? —pregunta Alfred.

—Mencioné a Stick en el casino a las diez o diez y media de la noche del sábado día doce, y apenas tres horas más tarde, el Pingüino ordenó matarlo, y Oswald y Víctor fueron a por él. Supuse que debería hacer guardia durante días y seguir a Herbert por todo Gotham, pero no fue necesario. No... el Pingüino no es paciente.

Bruce se levanta y se dirige al sarcófago en el que duerme el Murciélago. Se enfunda el traje, botas, guantes, capa y capucha, y sube en su Duesenberg, arrancándolo y saliendo a toda velocidad por el pasadizo de piedra.

En el New Sean's Bar, varios hombres ebrios hablan a gritos intentando entonar una canción en gaélico. Tras haberla empezado tres veces e interrumpirla otras tantas, al fin parecen terminarla, despidiéndose y saliendo del local. El propietario cierra la puerta tras ellos y vuelve a la barra, sacando las monedas y billetes de una caja. Sin saber cómo, cae al suelo, sintiendo una gran presión en su pecho y un velo oscuro sobre sus ojos. Ojos que su cruzan con otros dos, blancos y sin vida.

—¿En qué estaba metido McCliffy? —susurra el Murciélago, con tono firme y rudo.

—¿Qué? —balbucea el dueño del local.

—¡McCliffy! ¡Habla! —insiste el Murciélago, escupiendo las palabras—. ¡¿En qué asuntos estaba metido!?

—En cosas... en muchas cosas...

—No me interesan *muchas cosas*. Dime qué ocurrió los días anteriores a su muerte.

—Oye, yo no tengo ningún problema contigo... pero tampoco quiero tenerlos con él. Ya has visto lo que puede hacer ¿verdad?

—¿¿Quién?! ¡Responde! ¡¿Qué le ocurrió a McCliffy!?

—Que se enfrentó a él...

—¿A quién?

—A Oswald... a Oswald Cobblepot... Le amenazó en persona con una huelga y con sabotear las obras de su torre... le dijimos que no lo hiciera, pero era el irlandés más testarudo que he conocido.

El Murciélago no necesita más. Lo suelta y desaparece.

En el interior de una comisaría, dos agentes recogen sus gabardinas y sombreros del perchero.

—Buenas noches, teniente —dice uno de ellos asomándose al interior del despacho de Gordon.

—Buenas noches, teniente —se despide igualmente el otro desde la distancia, saliendo de la oficina y dejando la puerta entreabierta.

—Muchachos —responde Gordon, rodeado de carpetas y papeles.

Tras media hora, Gordon comienza a sentir que la vista se le nubla. Es la señal para volver a casa. Recoge su sombrero y su gabardina y apaga la luz del despacho. Avanza por la sala en dirección a la puerta pero, antes de poder tomar la manilla para abrirla por completo, una fuerte corriente de aire la cierra ante él. El teniente queda paralizado, sintiendo el frío viento que penetra por una ventana recién abierta. Baja el brazo y se gira despacio, diferenciando, no sin dificultad, una sombra que no debería estar ahí y a la que no debería temer. Y esa sombra ve en Gordon la reacción del que tiene algo que ocultar.

—¿Qué haces aquí? —susurra el oficial, temiendo que pudiera haber alguien observando.

En vez de palabras, cae a sus pies lo que le parece un papel en blanco.

—Dímelo tú —contesta la oscuridad por boca del Murciélago.

Gordon se agacha lentamente y toma la hoja. Al darle la vuelta, comprueba que el reverso es una fotografía de Oswald Cobblepot.

—¿Por qué, Gordon? —pregunta la oscuridad, que bien podría ser su misma conciencia.

Puede que el teniente se haya hecho esa pregunta muchas veces en su interior, sin poder dar una respuesta convincente.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta a su vez Gordon, sin levantar la mirada de la fotografía.

—Del archivo. Estaba junto con las de Zsasz y otros matones del hampa...

—Has debido pasar muchas noches ahí.

—No. Solo he tenido que buscar en las cajas etiquetadas con fecha próxima a la muerte de Whalen... Tres días, Gordon. Tardasteis solo tres días en enterrar toda su investigación. La investigación que le costó la vida. Él lo sabía, ¿verdad? Sabía que Oswald Cobblepot estaba detrás de los asesinatos del Pingüino.

—No lo sabía... Tenía sospechas.

—¿En qué lugar estaba esta fotografía? ¿Quién está por encima de Oswald?

—No lo sé... Mira, es cierto. El comisionado llevaba tiempo sospechando que Oswald era el responsable de dirigir una organización criminal o, al menos, de algunas muertes, pero no pudimos relacionarlo a él ni a ninguno de sus hombres con su asesinato.

—Seguro que os esforzasteis mucho en ello —responde el Murciélago con ironía.

—¿Crees que es fácil hacer mi trabajo? Podría poner excusas, como que fue el nuevo comisionado el que ordenó cerrar el caso y nos prohibió continuar con la investigación, pero no lo haré... Sabes que tengo familia y ya he arriesgado demasiado como para enfrentarme en solitario a ese hombre y a todo el sistema.

—No sería en solitario, Gordon.

—Oh, ¿de veras?

—Sí. Siempre he creído que en el fondo éramos compañeros... como un equipo.

—Ser compañero de un enmascarado que se toma la justicia por su mano. ¿En qué clase de policía me convertiría eso?

—Tal vez en el mejor de Gotham.

El teniente sonríe, pero sintiendo tristeza.

—Te tienes en muy alta estima. Tú sales ahí fuera y haces lo que quieres, pero los demás hacemos lo que podemos.

—Lo que os permiten hacer, querrás decir.

—Es la misma cosa.

—Voy a ir a por él, Gordon. Voy a lograr que confiese, cueste lo que cueste.

—Sí, ya lo supongo.

—Y si tus hombres vuelven a interponerse no seré tan amable como la última vez. Esta vez sus placas no les servirán de escudo.

El oficial no tiene fuerzas para advertencias ni reproches. Se siente cansado, tanto por bregar con los delincuentes en las calles como con la corrupción en su departamento.

—Cada cual es responsable de sus decisiones... y debe pagar las consecuencias.

—Adiós, Gordon —dice el Murciélago, dando la espalda y asomándose a una ventana.

—Por cierto, ¿sabes algo de la Mujer Gato? —pregunta apresuradamente, antes de que esa sombra se esfume, como es su costumbre.

—No. Creo que se trata de un bulo inventado por la prensa para vender más periódicos.

—¿Un bulo? —pregunta de nuevo Gordon, incrédulo, pero ya no hay nadie allí que pueda responderle.

2 de noviembre de 1929

Mientras la mayoría de la ciudad duerme, una silueta, imposible de diferenciar entre la oscuridad que la rodea, observa con sus dos ojos

blancos el ático de Oswald Cobblepot. La mano derecha descansa sobre la pistola de arpón; con la izquierda, juega con un batarang al que hace girar entre sus dedos. Observa a su presa y a los hombres que hacen guardia en la azotea. Aún le cuesta creer que ese ser grotesco del que cualquiera se burlaría si no fuera por su fortuna y poder, se haya convertido en uno de sus mayores y más crueles rivales. Le parece ver que uno de los secuaces de Cobblepot que patrullan el tejado ha caído, como si hubiera resbalado. Simplemente ha desaparecido. El Murciélago observa con atención y no tarda en ver una delgada y oscura silueta abalanzarse sobre otro guardaespaldas y reducirlo con la misma rapidez y facilidad.

—Pero... ¿qué haces tú aquí? —se pregunta, reconociendo al instante a la Gata.

En una pequeña sala, Oswald apura una copa de coñac y apaga un cigarrillo ya casi totalmente consumido, antes de retirarse. A los pocos minutos, la Gata entra en ese mismo despacho. Se dirige a la mesa, rebusca en los cajones y encuentra un revolver, que vuelve a dejar donde lo ha encontrado. No hay nada que llame su atención. Camina hacia un estante en el que hay libros y álbumes. Toma uno, lo abre y ve que hay diecisiete monedas de oro con efigies de animales y un espacio vacío.

—Lástima. Si estuvieras completa seguro que tendrías más valor.

Se dirige después hacia un cuadro, lo retira y encuentra una caja fuerte. La abre sin dificultad, tan solo girando la manilla, pero solo ve bonos al portador, documentos y pesados lingotes de oro.

—Nuevos ricos... —susurra—. Debí imaginarlo. Ni una joya como herencia familiar.

Resignada, deja el despacho y camina por el pasillo central como si fuera su propia casa. La decoración es austera y funcional, sin las extravagancias barrocas que tanto gustan a la élite de esa ciudad. Incluso la alfombra que pisa, a pesar de ser de buena calidad, está desgastada en los bordes. A su alrededor solo hay silencio y oscuridad, salvo en una estancia de la que emana algo de luz. Guiada por la curiosidad y confianza en sí misma, se asoma a esa habitación, que resulta ser un gran salón con una lujosa mesa de dirección de madera noble, un sillón girado con el respaldo remachado flanqueado por dos grandes colmillos de elefante, un mueble bar, sofás y butacas de piel y una mesa de billar. La luz que ha llamado su atención procede de una chimenea, pero lo que le asombra, es ver al fondo multitud de aves y mamíferos disecados; tanto cabezas colgadas de la pared como ejemplares completos. Entra en la sala y camina despacio hasta llegar a la zona en la que hay expuestos un león, un jaguar y una pantera.

—Buenas noches, señorita —escucha decir a su espalda.

Selina se vuelve como un resorte. En el otro extremo, el sillón se gira y, tras ese respaldo que le mantenía oculto, diferencia una gran e inconfundible silueta. Oswald Cobblepot aprieta con disimulo un interruptor de llamada que tiene bajo la mesa, se incorpora y avanza hacia ella con paso lento y calmado, ayudado por un bastón que no necesita.

—Supongo que te habrás llevado una decepción al ver mi caja fuerte. El instinto me decía que tarde o temprano acabarías viniendo aquí. ¿Cómo podría una ladrona tan astuta y ambiciosa resistirse a asaltar la casa de uno de los hombres más ricos de la ciudad? —Oswald gira la empuñadura de su bastón y desenfunda una larga hoja de acero, que agita varias veces, cortando el aire—. He leído mucho sobre ti. Es divertido lo que cuentan, pero sé por experiencia que la mayoría de lo que publican los periódicos es mentira.

Oswald deja entonces el estoque sobre su mesa y se dirige hacia una pared repleta de máscaras, tocados y adornos africanos, además de un estante con variedad de armas de caza, tanto tribales como de fuego. Pero la intrusa parece no sentir ningún temor ante la presencia del magnate. Solo tiene ojos y atención para los felinos, acercándose a la pantera y acariciándole la cabeza.

—¿Ha cazado usted a todos estos animales? —pregunta con voz temblorosa.

Oswald coge una escopeta de dos cañones y apunta a la Gata por la espalda.

—No. Pagué por esas piezas.

—¿Pagó por ellas?

—Así es —afirma él, soltando la escopeta y cogiendo a continuación un arco y una flecha, apuntándole ahora a la cabeza—. Tener una reunión en una sala llena de trofeos intimida a los rivales. Subconscientemente les hace sentir que ellos mismos pueden acabar como esos animales si no tienen cuidado con lo que dicen o hacen. Te hace parecer más poderoso.

—Debí imaginarlo —susurra la Mujer Gato, con indignación, sin dejar de mirar los falsos ojos de cristal de la pantera—. Es usted uno más de esos ricos gordos e inútiles que se mearían encima si tuvieran a una de estas fantásticas criaturas a menos de una milla de distancia.

Oswald siente esas palabras como una puñalada, pero contiene un primer impulso violento. Con sangre fría, devuelve el arco a su lugar y sigue avanzando, cogiendo esta vez un látigo. Lo sujeta por el mango y deja que se desenrolle solo, agitándolo a continuación con fuerza, provocando el

chasquido tan característico que cualquiera que haya ido alguna vez a un circo, conoce.

—Pensé que podría ser buena idea ofrecerte que trabajaras para mí; ponerte en nómina junto a mis otros maniacos... pero veo que eres tan despreciable como los mismos a los que he odiado toda mi vida.

—¿Así qué? —murmura la joven.

—Así que —prosigue Oswald, golpeando nuevamente el aire con el látigo—... creo que me divertiré un poco contigo, antes de decirte adiós.

La Gata se vuelve y levanta las manos a la altura de su cara, mostrando una sonrisa y expresión terrorífica.

—Vamos a jugar... —susurra, moviendo los dedos terminados en garras, invitando a Oswald a acercarse.

—Sí... juguemos.

Oswald le lanza un latigazo al rostro, pero de modo tan lento y previsible, que la Gata puede cubrirse, haciendo que la cola del látigo se enrolle en su antebrazo. Corre entonces hacia él, saltando y golpeándole en el pecho con una patada voladora que lo derriba violentamente en el suelo.

—Maldita... —farfulla Oswald, dolorido.

La Gata se coloca tras el magnate, le aprisiona el cuello y comienza a estrangularlo lentamente.

—Creo que esa cicatriz nunca desaparecerá —dice ella, mirando la herida dejada en la mejilla izquierda por el batarang del Murciélago—. Permita que le iguale la cara.

Y con lentitud y deleite, la Gata le araña el otro lado del rostro, dejando cuatro surcos sangrantes.

—¡Aagghhh! ¡Maldita seas! —grita Oswald, quien, aun sabiéndose a merced de esa mujer, no pide clemencia.

—Un recuerdo en memoria de esos animales que, al igual que usted ahora, no tuvieron ninguna oportunidad frente a su cazador.

—Más vale que me mates, zorra. Porque te juro que...

La Gata le suelta, toma el látigo y se lo mete en la boca para que no pueda seguir hablando, enroscándose también en el cuello.

—Esa no es forma de hablar a una gatita. Tendré que castigarle con más dureza.

—¿Ha llamado, señor Cobblepot? —se oye de pronto la voz de Henry, entrando en la sala.

La Mujer Gato, viendo la envergadura de ese hombre que ha aparecido de improviso, suelta a Oswald, desenroscando el látigo de su cuello.

—¡Eh! ¡Alto ahí! —grita Henry, sacando su arma.

Pero apenas acaba la advertencia, esa silueta negra sale por la puerta del balcón.

—Señor Cobblepot, ¿se encuentra bien? —pregunta el guardaespaldas, ayudando a su jefe a incorporarse.

—Lo estaré... Atrápala, Henry. Quiero su cabeza.

—Lo haré —asegura Henry, saliendo a la terraza y apuntando al frente con su pistola.

La Gata no cuenta con tiempo para descender lentamente por la fachada, como es su costumbre, por lo que mira el látigo y comprende que le puede seguir siendo útil. Con un firme golpe hace que quede sujeto a una barandilla y salta al exterior, balanceándose y entrando brusca-mente por una de las ventanas del piso inferior. Por fortuna para ella, no hay hombres de Oswald en esa habitación. Agita el látigo y logra que se suelte, enroscándolo con lentitud mientras observa a su alrededor. Abre la puerta de la estancia y le parece oír pisadas que descienden por las escaleras. No sabe a ciencia cierta dónde está la salida de ese gigantesco apartamento, por lo que corre por el pasillo hasta esconderse en otra habitación cercana.

—¡Ahí! —Oye decir a Henry—. ¡Tiene que estar ahí!

Ella se asoma y ve a varios hombres entrar en la habitación que acaba de dejar. Momento que aprovecha para salir de nuevo al pasillo y buscar la forma de escapar.

—¡Disparad! —grita Henry.

La Gata se vuelve, temiendo tenerlos detrás, pero en vez de a los secuaces de Oswald, lo que escucha son varios disparos que se realizan en el interior de la habitación. No sabe qué ocurre, pero tampoco le importa, solo ve más clara aún la posibilidad de escapar. Corre sin pensarlo y llega a una sala que, a su vez, cuenta con dos puertas. Toma la de la izquierda y, al abrirla, descubre que es un gran armario empotrado, no una salida. Por la misma puerta por la que ha entrado, asoma un hombre, como si la hubiera seguido, el cual saca su arma y le apunta sin mediar advertencia. Pero antes de que pueda disparar, una sombra lo atrapa por la espalda, arrastrándolo al pasillo. Ella se vuelve al oír el forcejeo, pero no ve nada. Sigue sin saber qué ocurre, pero sí que debe huir de ese lugar. Toma la puerta de la derecha y corre tan rápido como puede. Esta vez parece haber dado con la salida. Abre la gran puerta doble con alivio, pero lo que ve le hiela la sangre. Dos hombres, uno a cada lado, están allí haciendo guardia, sin duda, para evitar la entrada de visitas no deseadas como la suya.

—Vaya... ¿y tú quién eres? —pregunta, con un acento similar al de Liverpool, el de mayor estatura, de nombre Jenkins, avanzando hacia ella y haciéndole retroceder al interior del apartamento.

—¿No lees los periódicos? —dice su compañero, al que apodan *Spud*—. Es la Mujer Gato. Te dije que había oído disparos.

—¿Es verdad eso, cariño? ¿Te han disparado? Esa no es forma de tratar a una señorita.

—Eso mismo pienso yo —replica con ironía la Gata.

Pero lejos de continuar con el talante amable, Jenkins saca una pistola, apuntándole a la cara.

—Claro que, yo tampoco soy un caballero.

En ese instante, la Gata siente que algo la empuja hacia su izquierda, cayendo al suelo. Ve entonces al Murciélagο enzarzarse con ambos, confundiendo los tres cuerpos en una amalgama de golpes y disparos cruzados. Jenkins es arrojado con violencia contra la pared del pasillo, quedando algo aturdido. Inmediatamente, el Murciélagο se echa sobre Spud y le propina varios puñetazos en la cara. Ella se levanta con rabia y ataca a Jenkins que, aunque tambaleándose, también procura ponerse en pie. Con rapidez, le da una patada en el estómago, haciendo que el gánster se encoja de dolor y caiga al suelo; acto seguido, se sienta sobre él, sujetándole el cuello con la mano izquierda, mientras que con la otra comienza a propinarle puñetazos. Le salta algún diente y le rompe la nariz, pero parece no ser suficiente para ella. Por un momento, se detiene, pero solo para erguirse y tomar impulso antes de lanzar su mano abierta con los dedos alineados contra la cara del desgraciado. Pero esas garras afiladas se detienen justo antes de llegar a su objetivo, quedando a pocos centímetros de unos ojos que apenas han podido ver llegar el ataque. Por fortuna para Jenkins, el Murciélagο sí lo ha visto y ha llegado a tiempo de sujetarla por la muñeca.

—Basta —dice el enmascarado—. Es suficiente.

La Gata lo mira con incomprensión. Sus pupilas están dilatadas, la respiración agitada y aún el corazón latiendo con fuerza. Todo lo contrario que el Murciélagο, que parece un bloque de hielo. Ella se suelta con un seco ademán. Desea continuar con el castigo, pero sabe que no debe desafiar a ese justiciero. No, en ese lugar ni momento.

—¿Suficiente? —pregunta ella—. ¿Qué te importa a ti esta escoria?

—Toda vida importa... Has perdido el control.

—¿El control?

—Sé de lo que hablo.

—Entonces, deberías saber que nunca hemos tenido el control —dice con una ligera sonrisa, pero más parece que esté a punto de llorar que de reír—. Es una ilusión... una mentira.

La Gata le da la espalda y desaparece por el pasillo.

—¿Por qué lo haces?! —grita el Murciélagο, sin saber si le ha oído.

Esa oscura y delgada silueta sale a la calle y cruza la calzada como una exhalación, perdiéndose en un callejón cercano. Sube por la

escalera de incendios de un edificio de siete plantas hasta la azotea, echando a correr, saltando después de tejado en tejado, liberando la tensión, el temor y la rabia que aún guarda en su interior. Tras varios minutos de carrera y saltos enloquecidos, se detiene junto a una repisa, jadeando por el esfuerzo. Entonces, siente una presencia tras ella. Una sombra de la que sabe que no podrá escapar. Mira al frente; a esa ciudad, esa sociedad y ese mundo en el que cada vez se siente más extraña, y piensa que tal vez esa otra sombra pueda comprenderla.

—¿Recuerdas lo que te ha traído hasta aquí? —pregunta ella, sin volverse—. ¿Lo que te convirtió en esto?

—Cada día —Oye a su espalda.

—¿Y todavía me preguntas por qué hago esto?

—Robar no es la solución. No cambiará el pasado.

—Y lo que tú haces, ¿sí? Llevas años luchando contra los peores criminales. Arriesgando la vida cada noche. Cualquiera pensaría que en realidad estás buscando que te maten... No eres mejor que yo.

—Nunca he dicho que sea mejor que tú. Pero si sigues así acabarás matando a alguien... o tal vez a ti misma.

—Eso nunca nos ha importado, ¿verdad? Tal vez hasta queramos que ocurra.

—¿Por qué no puedes simplemente ser la otra persona?

—Odio a la otra persona...

—¿Por algo que hizo?... ¿o por lo que sufrió? —La Mujer Gato no contesta—. No deberías odiar a alguien por ser una víctima. Y aún menos, a ti misma.

El Murciélago avanza dos pasos hacia ella y extiende la mano. Quiere tocarla, pero se reprime.

—Ya es tarde —murmura ella—. Es esto... o Arkham. Tú también lo sabes... En realidad, no estás aquí por los débiles y los inocentes, sino por ti. Haces esto por ti mismo.

—Hago esto para evitar que otros sufran lo que sufrí yo.

—Si pensar eso te alivia...

La Gata da un paso al frente y cae al vacío. El Murciélago se aproxima inquieto al borde de la azotea, pero cuando llega y observa la calle, simplemente no ve rastro de ella.

—Creía que solo yo podía hacer eso... —murmura incrédulo.

En su despacho, rodeado por varios de sus hombres, Oswald Cobblepot es atendido de la herida en el rostro por su médico personal.

—El Murciélago y la Gata trabajando juntos... Están unidos en mi contra —gruñe Oswald.

—Eso no podemos saberlo —dice Zsasz—. Nunca se ha visto al Murciélago con nadie.

—¿Y cómo llamas a lo que acaba de pasar?!

—¿Una coincidencia?

Oswald retira al médico y camina hacia Víctor.

—Una coincidencia... claro. Sí... la vida está llena de ellas. O tal vez... ¿Qué día es hoy?

—Sábado. Casi ya domingo, señor —responde Henry.

—Sábado. Sí... Tal vez simplemente ambos hayan coincidido en una terapia para lunáticos disfrazados los martes y jueves de siete a ocho, ¡y en la última hayan puesto en común ideas sobre la mejor forma de como joderme!

—¿Qué propone que hagamos, señor? —dice Zsasz, sin alterarse lo más mínimo.

—Lo haremos a la vieja usanza. Escucha lo que voy a decirte, Víctor, y haz correr la voz en la calle.

El Murciélago entra cabizbajo en la cueva. Alfred, que aguarda allí como es su costumbre, aunque siente alivio al verlo regresar, intuye que debe esperar a que sea su señor el que le dirija la palabra antes de hablar. Bruce va al sarcófago, se cambia de ropa y coloca el traje del Murciélago en su maniquí.

—Ve a descansar, Alfred —pide Bruce.

—¿Ha averiguado lo que pretendía, señor?

—¿Qué?

—Lo que ha ido a investigar... ¿recuerda? —pregunta el mayordomo, acercándose a él—. ¿Se encuentra bien?

Bruce se sienta y enciende las maquinas microfilmadoras, viendo en las pantallas las imágenes de los asesinados.

—La investigación en la que se encontraba inmerso el comisionado Whalen era sobre el entramado mafioso de Oswald Cobblepot... y lo último que el sindicalista McCliffy estaba dispuesto a hacer, era una huelga e incluso acciones violentas para sabotear las obras de la Torre CobbleCorp.

—Ya no hay duda entonces, señor. Todo conduce a Oswald Cobblepot.

—Hay algo más —murmura Bruce, mirando las tres primeras pantallas—... Ellos murieron por mi culpa, Alfred.

—¿Cómo dice?

—El concejal Carson, el juez Falcone y el señor Hutchison.

—¿Por su culpa? No le entiendo.

Bruce respira hondo antes de continuar.

—Al poco de comenzar la construcción de la Torre Wayne, supe que Oswald tenía planes para edificar otra mayor... Yo deseaba impedirlo y llegué a un acuerdo con esos hombres. Los sobres que desde el pasado año llevabas al ayuntamiento, a los juzgados y al banco, no contenían solo documentos; también dinero...

—¿Dinero? ¿Se refiere a sobornos?

—Sí —afirma Bruce, con la mirada perdida—. Quería que mi torre gobernara en solitario el skyline de Gotham durante décadas. Que fuera un homenaje a mis padres... para que nadie olvidara el apellido Wayne. Soborné a esos hombres con cientos de miles de dólares para que impidieran a Oswald construir su torre. Soborné al señor Hutchison para evitar su financiación a través del Gotham National; al concejal Carson para que pusiera todo tipo de trabas administrativas a su construcción... y al juez Falcone para que paralizara las obras una vez iniciadas. Y es por eso que los asesinó.

Alfred no sabe qué decir. Ni en su peor sueño podría haber imaginado aquello.

—¿Y qué hará, señor?

—Obligaré a Oswald a confesar.

—¿Y usted, señor? ¿Confesará?

—Ya lo he hecho, Alfred.

—Puede que esta vez no sea suficiente. No sé si podré encubrir esto, señor Wayne.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto no es lo que sus padres hubieran querido. Ellos no antepusieron el fin a los medios.

—No hables por ellos —dice Bruce, mirándole con ojos húmedos y enrojecidos.

—Serví a su padre durante gran parte de su vida. Y su madre era de las mujeres más dulces y comprensivas que he conocido. Puedo hablar bien por ellos y sé que no hubieran querido que su hijo actuara así.

—¡Yo no puedo saberlo! —grita Bruce, sin poder evitar que le salten varias lágrimas—. ¡Yo no sé lo que hubieran querido! ¡Los mataron cuando tenía nueve años! Apenas los recuerdo... solo recuerdo esa noche... solo esa maldita noche.

Alfred siente que su señor necesita un hombro en el que llorar. Deja a un lado su rol como mayordomo y se acerca a él, poniendo una mano sobre su hombro.

—Cálmese, señorito Bruce... Todo saldrá bien.

Capítulo 14

31 de diciembre de 1929

Algunas de las mayores fortunas de Gotham se han vestido con sus mejores galas para celebrar la Nochevieja. Pero, a diferencia de años anteriores, el lugar en el que todos desean estar no es ningún club, hotel ni un *speakeasy*, sino en el evento más señalado de la ciudad: la inauguración de la Torre CobbleCorp. Bruce Wayne llega tarde, como es su costumbre, coincidiendo en el parking con algunos viejos conocidos de la universidad, por lo que deja a Alfred junto al Rolls e inicia con ellos una de sus habituales y banales conversaciones. Cuando salen del ascensor y llegan a la azotea, apenas ven rastro de la fiesta que esperaban. Hay muchos invitados, pero ni músicos o bailarinas, y ni siquiera camareros; solo unas mesas con copas, botellas de champán y algunos canapés, por lo que rodean la enorme aguja buscando algo de diversión y más bebida, hasta que dan con un rostro conocido.

—Vaya, a quién tenemos aquí —dice uno de los acompañantes de Bruce, de nombre George—. Jeffrey Templeton en persona.

—George —responde el aludido—. Cuánto tiempo. Me dijeron que habías muerto.

—Es necesario algo más que la mayor crisis financiera de la historia para acabar conmigo. ¿Recuerdas a Max? —dice, presentando a otro de sus compañeros.

—Desde luego, creo que coincidimos en alguna sala de fiestas.

—No lo sé, Jeff. No voy a esos lugares para ver a otros hombres.

—*Touché*.

—Y, cómo no, recordarás a Bruce Wayne —insiste George, quien parece empeñado en ser una suerte de anfitrión.

—Demonios, ¿qué es esto? —pregunta Jeffrey—. ¿Una maldita reunión de exalumnos? ¿Dónde están las buenas, decentes y piadosas gentes de Gotham? Al que haya hecho la lista de invitados deberían ahorcarlo.

—Ya sabes quién la ha hecho —interviene Max, el cual, al levantar la copa para beber, observa un objeto en el cielo que parece aproximarse hacia ellos—. Eh, mirad ahí, ¿es lo que creo?

—¿Qué es eso? —se pregunta George—. ¿Un maldito dirigible?

—¿Qué te parece? —murmura Maxwell—. Eso sí es una entrada a lo grande y no las tuyas, Bruce. El maldito Pingüino ha logrado triunfar, después de todo. Quién lo hubiera pensado.

—¿Qué has dicho? —pregunta Bruce.

—¿Qué?

—El Pingüino. ¿A quién te refieres?

—A Oswald. ¿A quién va a ser? ¿No lo recuerdas? Así lo llamábamos todos en la facultad. Creo que ese apodo le viene hasta de cuando era niño. Apenas ha cambiado desde entonces. Bueno, sí, ahora además de feo y gordo, es calvo.

Y un recuerdo lejano llega como un fognazo a la mente de Bruce. Se encuentra en una clase de natación en la Universidad. Él y sus compañeros llevan trajes de baño oscuros y ajustados de tirantes que cubren hasta la mitad del muslo, muy parecidos a los femeninos. Charlan y bromean o apuestan sobre quién hará una mejor marca. Entonces, llega Oswald. Todos callan y le miran. Él se sabe el blanco de las miradas y burlas, aunque no vea los ojos de sus compañeros y cómo escrutan cada centímetro de su cuerpo, pues camina con la cabeza agachada y la mirada clavada en el suelo. Su silueta se remarca y destaca entre el resto, sobre todo cuando se pone junto a ellos.

—¿Qué es esto? ¿el Normal College? —pregunta Maxwell—. ¿O es que ahora aceptan chicas aquí?

—Tiene más pechos que nuestras novias —continúa con las burlas George.

—Sí, pero los de ellas son más firmes.

La mayoría ríen entonces. Oswald no necesita haber escuchado nada para saber que es de él de quien hablan y el que causa las risas solo con su presencia. Bruce recuerda esas conversaciones y también cómo se mantenía al margen. No participaba de las burlas, pero tampoco hacía nada por callar a sus compañeros.

—Dios, mirad cómo se le rozan las piernas al caminar —dice George—. Sus muslos deben estar al rojo vivo. Seguro que por las noches tiene que ponerse hielo o polvos de talco.

—¿Os lo imagináis teniendo sexo? —pregunta Maxwell—. Asfixiaría a la pobre chica.

—Si tiene sexo será con alguna prostituta del Lower East Side —responde otro, llamado James.

—No creo que ni la más desesperada corra el riesgo por mucho dinero que le pague.

—Y eso si logra encontrarle el miembro entre toda esa grasa.

—Ni siquiera debería estar aquí. Solo con verlo arrastrarse quita prestigio a esta Universidad —dice Harold.

—Pues es mejor estudiante que tú, Harold —dice Jeffrey.

—¿Eso crees?

—Mira sus calificaciones.

—¿Sus calificaciones? Eso no le servirá de nada en la vida real. Con suerte acabará trabajando en uno de mis hoteles, fregando platos y cargando equipajes con los negros.

—En los hoteles de tu padre, querrás decir.

—Cállate, imbécil —manda Harold, observando con odio a Oswald, aunque este no le haya dirigido una sola palabra ni mirada.

La clase comienza y todos se echan a la piscina.

—Vamos, Pingüino —comienza a acosarlo Harold—. Dicen que sois más veloces nadando que en tierra. ¡Demuéstralo!

Oswald no responde y sigue nadando. Pone mucha voluntad en ese ejercicio, pero lo hace de manera lenta y torpe, muy lejos de la destreza y elegancia que muestran el resto de sus compañeros.

La clase transcurre como una tortura para Oswald. Más que procurar hacer buenas marcas y mejorar su estilo, para él cada minuto es una lucha casi por sobrevivir. El cansancio y el dolor que siente en sus miembros y pulmones es infernal y cada vez mayor. Solo han pasado veinte minutos y ya no le importan las burlas, solo poder mantenerse a flote.

—De acuerdo, muchachos —dice el profesor al finalizar la clase, cuando ya casi todos, salvo Oswald y algún otro, han salido de la piscina—. Todos a las duchas. Bien hecho.

Oswald ve salir al resto en dirección a los vestuarios, pero no por eso piensa en irse antes de tiempo. Quiere completar los largos exigidos aunque le cueste la vida. Respira hondo y continúa, pero tras cinco o seis brazadas, escucha un fuerte golpe tras él. Se gira y ve espuma y ondas en el agua, pero sabe que no son sus pies los que las han provocado. Mira a su alrededor y comprueba que ya no queda casi nadie.

—¡Vamos, Pingüino! —escucha de pronto, viendo a Harold emerger a su lado.

—¡No! ¡Déjame!

—¡Vamos! ¡Nada! —grita George, saliendo del agua a su izquierda.

Bruce, desde la distancia, ve cómo uno de ellos se sumerge y, casi al momento, Oswald comienza a hundirse. Sabe que no pretenden ahogarlo, solo divertirse con su sufrimiento. Por eso, deja de mirar y se va, sabiendo que no ha sido la primera vez ni será la última, y que no tiene poder para evitar ese acoso ni combatir todas las injusticias que se cometen en la ciudad. Aún no.”

—Señor Wayne, disculpe que le importune —escucha a su espalda la voz de Alfred, que lo saca de ese triste, pero muy esclarecedor recuerdo—. Ha habido un percance con el Rolls Royce. Debería venir a verlo.

—Ahora no, Alfred —dice tajante Bruce.

—Me temo que debo insistir, señor. Es muy importante.

Bruce ve en los ojos de su mayordomo una premura que decide atender.

—Disculpadme —dice Bruce al resto—. Cada vez cuesta más encontrar personal cualificado.

—Tranquilo, Bruce —contesta Jeffrey—, dejaremos algo de champán para cuando vuelvas.

—Al menos es Don Perignon —añade Maxwell.

—Entonces no dejemos nada —dice George, bebiendo su copa de un trago, mirando después nuevamente esa gran nave que se aproxima a ellos—. Va a ser cierto que esta torre es un atracadero para zeppelines, después de todo.

Ya en uno de los ascensores, Bruce y Alfred pueden hablar libremente:

—¿Qué ocurre, Alfred? No me importa el maldito Rolls. Creo que tenías razón. He sido un estúpido. Oswald Cobblepot es el Pingüino. Él ha sido el cerebro y ejecutor de todos los asesinatos... Y todo para construir su torre y superar en altura a la mía.

—Señor, aunque me gustaría aceptar su reconocimiento, me temo que lo que va a ver le desconcertará tanto como a mí.

Una vez en el parking, Alfred conduce a su señor ante un camión de los varios que hay aparcados junto a cada pilar del edificio.

—Observe —dice el mayordomo, señalando la parte posterior de uno de ellos.

Bruce se aproxima y ve en el parachoques tres agujeros que parecen ser de bala.

—Dijo que cuando estuvo en los almacenes del muelle inspeccionando camiones fue ametrallado... por eso creí que debía avisarle. Además, mire, hay camiones idénticos a este por todas partes y todos junto a las columnas.

Bruce abre la puerta trasera y sube al camión, retira la lona para permitir que penetre la luz del exterior y comprueba que está repleto de las mismas cajas que recuerda. Con cuidado, abre una de ellas y su temor se confirma. Ese camión, y temo que, el resto, están cargados de nitroglicerina.

—Dios mío...

—Señor, ¿cree que alguien ha planeado...?

—Volar la torre —termina la frase Bruce.

—¿Quiere decir que van a derruirla? ¿Ahora?

—Sí... Ahora que la mayoría de las fortunas de Gotham se encuentran aquí...

—Señor, parece demasiado drástico, incluso para el Pingüino.

—No pienses como un ser humano cuerdo, Alfred. Si algo he aprendido luchando contra psicóticos, es a esperar cualquier cosa.

—No lo comprendo, señor. ¿Por qué no usar dinamita?

—Para evitar que el Murciélago frustré su plan. Si hubiera empleado dinamita bastaría con quitar la mecha principal del detonador; pero usando nitroglicerina...

—¿Señor? —pregunta Alfred, al ver que Bruce queda callado.

—Necesitarán un detonante. Algo que provoque una explosión en cadena. Debemos revisar todos los camiones, Alfred. Tiene que haber algo en alguno de ellos...

Tanto Bruce como su mayordomo comienzan a inspeccionar las cabinas y cargas de todos los vehículos, hasta que Alfred queda paralizado al observar lo que hay en el asiento del acompañante de uno de ellos.

—Señor... —susurra el mayordomo, subido a una de las ruedas delanteras, al ver una urna con una gran carga de dinamita en su interior, junto a un mecanismo de relojería y multitud de cables—. Así debió ser el que explotó en Wall Street en 1920...

Bruce llega junto a él, rompe el cristal de la ventanilla y observa el artefacto. El temporizador parece estar programado para terminar la cuenta atrás justo a la media noche.

—No, este es más sofisticado. Parece que tiene integrado un circuito trampa. No creo que pueda desactivarlo, y si intento manipularlo es posible que explote.

—¿Y qué hará, señor?

—Tengo que sacarlo de aquí.

—¿Cómo lo hará? ¿En el Rolls?

—No, necesito algo más rápido si quiero sacarlo de la ciudad a tiempo.

Ambos regresan al coche. Bruce abre el maletero y la tapa de un doble fondo, sacando de su interior una maleta. En ella reposa uno de los trajes del Murciélago. Se desviste y comienza a enfundarse el traje, las botas y los guantes.

—¿Espera problemas, señor? —pregunta el mayordomo, viendo a Bruce ponerse también la capa y la capucha.

—Siempre, Alfred. —contesta, mientras se ajusta el cinturón y aprieta el pequeño símbolo en forma de murciélago de su hebilla, manteniéndolo pulsado dos segundos—. Vamos, ven a buscarme.

A decenas de millas de allí, en la cueva de la mansión Wayne, el motor y los sistemas del Duesenberg se encienden. En su salpicadero,

una pantalla dividida en cuadrículas comienza a emitir ondas de radio, detectando el lugar exacto en el que se encuentra su dueño. La palanca de marchas se mueve y el vehículo arranca, saliendo a toda velocidad por el pasadizo de piedra en dirección a Gotham.

El Murciélago se aproxima al camión, abre la puerta y agarra la bomba. El artefacto pesará en torno a los cuarenta y cinco kilos pero, a diferencia de la nitroglicerina, puede ser movido con más seguridad.

—Tenga cuidado, señor Wayne —murmura Alfred, procurando ayudar, aunque sin saber cómo.

El Duesenberg recorre como una exhalación el puente Trigate. En su pantalla de radar no solo aparece ahora la ubicación del Murciélago, sino también los edificios, calzadas, callejones, automóviles, personas y cualquier obstáculo que pueda tener en su camino, por pequeño que sea. Ha seleccionado la mejor ruta y se desplaza velozmente entre el tráfico, pudiendo maniobrar en décimas de segundo para evitar un atasco o esquivar a un transeúnte.

En lo alto de la Torre CobbleCorp, el inmenso Zeppelin puede ser ya apreciado con claridad por todos los que beben y ríen en la azotea para no pensar en la cruda realidad que les rodea. Una realidad mucho más amenazante de lo que imaginan. En la barquilla del dirigible, Oswald Cobblepot, junto con su guardaespaldas Henry, y Matthew, el contable, se aproximan al edificio. El magnate hierve de emoción y felicidad, aunque apenas lo demuestre.

En el downtown, el Duesenberg continúa avanzando a gran velocidad, sorteando coches de caballos, automóviles y a cuantos hombres y mujeres hay en las calles. Su magnífico radar le permite maniobrar casi con tanta precisión como el mejor de los pilotos. Con un veloz y cerrado giro, entra en la torre, avanzando por el parking pero casi sin disminuir la velocidad, hasta que, cuando apenas le separan unos cuatro metros del Murciélago, frena en seco. Alfred abre la puerta del acompañante y su señor carga la pesada bomba en su interior.

—Sígueme en el Rolls, Alfred —dice Bruce, subiendo en el Duesenberg—... Pero a distancia.

—Sí, señor —responde el mayordomo en voz baja—... siempre supe que algún día debería recoger sus pedazos.

El Duesenberg retrocede violentamente, da un brusco giro de volante y avanza hacia la salida. El Murciélago mira el reloj de la bomba y ve que quedan trece minutos para que haga explosión. Para su desgracia, cada vez son más los ciudadanos que inundan las calles. Mientras avanza, a duras penas logra esquivar a los peatones, debiendo invadir la acera para avanzar entre el tráfico.

El zeppelin ya está casi situado sobre la Torre CobbleCorp. El piloto debe ser muy cuidadoso, ya que la enorme aguja que corona el edificio podría causar un grave daño en la estructura. Oswald toma un megáfono de latón y se aproxima a una de las ventanas de la barquilla.

—¡Bienvenidos, mis más queridos enemigos! —Esas palabras de presentación hacen que la mayoría de los asistentes rían—. ¡Es para mí un placer veros a todos hoy aquí! ¡Veros, no como lo que creíais ser! ¡No, como lo que toda vuestra vida os han hecho pensar que sois! ¡Sino como sois en realidad! ¡La Iglesia habla de redención, de contrición, de purga! ¡Palabras que ya casi nadie utiliza, pero que son necesarias para liberarnos de nuestros pecados! ¡Unos pecados que nos impiden alcanzar la salvación! ¡Pues bien, quiero creer que yo os he redimido de ellos!

El Duesenberg continúa avanzando a gran velocidad, pero también la aguja del temporizador que señala la cuenta atrás para que la bomba que transporta haga explosión. El Murciélago sabe que no podrá salir del downtown y, si ese artefacto explota allí, le matará a él y puede que a decenas de personas. Debe llegar al puerto lo antes posible.

—¡El fuego ha sido empleado desde tiempo inmemorial para ajusticiar a los criminales! —continúa Oswald—. ¡La inquisición lo empleó y, aunque fueran excesivos e injustos, cuando hay una visión, una voluntad, un deseo tan poderoso, todo queda justificado! ¡Por eso, amigos y amigas, enemigos y enemigas, yo traigo hoy el fuego del nuevo mundo, para que una vez más, podamos sanar a la sociedad del mal que la ha infestado!

El Murciélago solo tiene tres minutos antes de que la bomba que transporta explote. Da un volantazo y choca contra el lateral de un automóvil estacionado, pero continúa rodando en dirección a la bahía.

—¡Porque ahora todos os veis como yo siempre he sabido que erais! ¡Y podéis verme como nunca creísteis que sería! —sigue sermoneando Oswald con satisfacción. Mira su reloj de bolsillo y ve que quedan catorce segundos para las doce en punto.

El Murciélago entra en el muelle y se dirige a la primera pasarela, pisa a fondo el acelerador y presiona un botón que hace que el techo se repliegue, al tiempo que él se incorpora e impulsa fuera del vehículo.

—¡Y yo os perdono! —grita Oswald—. ¡Y que este día sea el comienzo de una nueva era para Gotham!

El Duesenberg explota antes de caer al agua con una gran deflagración cuya onda expansiva despliega por completo la capa en forma de alas del Murciélago, empujándolo a una larga distancia. Y Oswald

puede ver esa lejana y pequeña explosión, en vez de la cercana y gloriosa que esperaba.

—¿Qué ocurre, Oswald?! —grita Max, desde la azotea, al ver que su anfitrión queda callado y ya ha llegado la medianoche—. ¿Y esos fuegos?

—¡Sí! ¡Vamos! —grita Jeffrey, tan ebrio como el resto— ¡Queremos los fuegos artificiales!

—¿Puedes pagar esta torre y no unos miserables fuegos? —Se suma a las burlas George.

—Murciélago —gruñe Oswald, entre dientes—. Maldito seas...

En la orilla del río, la sombra más temida de Gotham se arrastra por el lodo apenas consciente. Un Rolls Royce se detiene a pocos pasos, y su fiel mayordomo llega hasta él, pronunciando unas palabras ininteligibles que escucha como eco lejano. El Murciélago sabe que ha salvado a decenas, puede que a cientos de inocentes, y que está en buenas manos, por lo que deja de luchar y cae desmayado.

Capítulo 15

3 de enero de 1930

Bruce Wayne despierta en la cama de su habitación. Junto a él está una enfermera a la que tarda unos segundos en reconocer, y también Alfred, que acaba de entrar con la bandeja de su desayuno y parece no haber dormido en días. Aunque no sabía si despertaría, parecía necesitar seguir realizando su rutina con puntualidad.

—Señorito Bruce —dice el mayordomo con gran alivio, acercándose a él.

—¿Dónde... dónde estoy?

—En casa. Está en casa. No se preocupe. Todo ha salido bien.

—Gracias, Margaret. Puedes irte —pide Bruce.

—Señor Wayne —dice la enfermera, retirándose y saliendo de la habitación.

Bruce se frota la cabeza, notando que la tiene vendada. Se masajea las sienes y comienza a recordar cómo ha acabado allí.

—Creía que lo tenía, Alfred. Creía que había descubierto al Pingüino.

—Y lo ha hecho.

—¿Pero, por qué?

—¿Señor?

—¿Por qué desearía Oswald destruir su propia torre? Ese edificio es la culminación de su poder. Representa su triunfo sobre todos nosotros.

—Tal vez para él no signifique tanto como para usted la Torre Wayne, señor. Solo un medio para lograr sus fines.

—¿Tanto dinero y vidas para destruirlo todo en segundos? No puedo creer que esa torre no signifique nada para Oswald Cobblepot.

—No me refería a Oswald Cobblepot, señor, sino al Pingüino... Al igual que le ocurre con Selina y la Mujer Gato, debería dejar de verlos como la misma persona. Parece como si un mismo cuerpo pudiera albergar dos mentes... dos almas. Y, desde luego, dos propósitos totalmente diferentes. Usted mejor que nadie debería saberlo.

Bruce se incorpora, sintiéndose algo mareado, pero sin dolor.

—Sí. Demoler la Torre CobbleCorp y asesinar a las personas más ilustres y ricas de la ciudad... Habría sido el mayor de los mensajes, como lo fueron los asesinatos en la portada del Tribune. El mensaje de un nuevo comienzo para Gotham.

—Un nuevo comienzo... a través de una gran purga.

—Sí. El fin de la aristocracia y el auge de los hombres comunes hechos a sí mismos —dice Bruce, cogiendo el periódico de la bandeja del desayuno.

—Por fortuna no tendrá ocasión de volver a intentarlo.

—Te equivocas, Alfred —dice Bruce, mostrándole el diario—. Si algo abunda en esta ciudad, son ese tipo de ocasiones.

El mayordomo lee el titular:

“Optimismo del candidato republicano a senador por Gotham, Richard Kyle, en el acto final de su campaña”

—Hoy se celebran las elecciones —dice Bruce, incorporándose con dolor, dirigiéndose a la puerta—. Él estará ahí.

—¿Ahí? ¿Se refiere a la sede del Partido Republicano? ¿Por qué lo cree?

—Porque sabe que yo iré.

Cae el crepúsculo sobre Gotham, y en el apartamento de los Kyle, Selina se mira en su gran espejo de cuerpo entero. Viste un ajustado traje blanco, lleva una diadema de diamantes, el collar robado en el museo, brazaletes, pulseras y anillos. Acaricia las joyas, sonriendo sin alegría, al tiempo que dos lágrimas caen arrastrando rímel negro por sus mejillas.

El Murciélago la observa, como casi todas las noches desde hace semanas. La observa mientras ella sigue el mismo ritual. Y cada noche siente lo mismo, como si la viera por primera vez. Ella siempre se viste con sus lujosos vestidos de gala, como si se preparara para ir a una fiesta. Se adorna con las joyas robadas y, por unos instantes, parece feliz, aunque su tristeza es cada vez más difícil de atenuar. Es feliz tan solo el tiempo que soporta mirarse en el espejo antes de tener que retirar la mirada por los malos pensamientos que la invaden y que no puede controlar. El Murciélago permanece allí cada vez durante más tiempo, incluso cuando ella apaga las luces y solo ve oscuridad. Pero esa noche deben ser Selina Kyle y Bruce Wayne, por lo que ambos abandonan ese ritual y se preparan para adoptar otra máscara.

En su ático, Oswald Cobblepot bebe de un trago una copa de coñac y la tira al suelo, rompiéndola en pedazos por ver su torre intacta. Lejos de aportarle satisfacción, la visión de ese edificio es un recuerdo

permanente y cada vez más insoportable de su frustrado plan. Para colmo, ve encenderse de improviso sobre ella la señal del Murciélago.

En la azotea del edificio en el que se encuentra ese potente foco, Gordon fuma con ansiedad, no sabiendo si su llamada será atendida. Por suerte, el Murciélago no estaba lejos.

—Creía que ya nunca más la usarías. —Oye Gordon a su espalda.

—Debía advertirte —dice el teniente, volviéndose inquieto—. No sé si lo sabes, pero varios confidentes me han dicho lo mismo. Oswald Cobblepot ha ofrecido una recompensa de un millón de dólares por tu cabeza.

—No me sorprende.

—Y dos millones por la Gata... viva.

—¿Por la Gata? —Escuchar eso sí le conmociona.

—Un alto precio por alguien que, según tú, es una invención de la prensa. Esa tal Mujer Gato ha debido molestarle mucho si ofrece el doble que por ti.

El Murciélago no dice más. Se vuelve y camina hacia la azotea.

—¡Supongo que ahora estamos en paz! —grita el teniente, antes de que desaparezca.

—Nunca hemos dejado de estarlo, Gordon —dice esa sombra, dejándose caer al vacío.

En la sede del Partido Republicano se respira expectación y confianza. Son muchos los respetables ciudadanos que se han dado cita en ese lugar. Uno de ellos es Bruce Wayne, el cual, como no podía ser de otra manera, es blanco de todas las miradas y saludos afectuosos. Y tal y como supuso el propio Wayne, quien tampoco ha faltado a esa cita es Oswald Cobblepot, quien parece tan poco interesado en los resultados electorales como él mismo.

—Señor Cobblepot... qué sorpresa verle aquí —dice Bruce, yendo directamente a su encuentro.

—Señor Wayne —responde Oswald, estrechándole la mano.

—¿Sabe? habría apostado a que era usted demócrata —Bruce se fija entonces descaradamente en su mejilla derecha y las cicatrices dejadas por los cuatro cortes que le hizo la Gata—. Por cierto, debería pensar en cambiar de barbero.

Ese comentario ofende a Oswald, al que, si ya le cuesta mantener la compostura con ese hombre delante, mucho menos puede tolerar tal sarcasmo.

—Y yo apostaría a que vi fotografías de usted y su amigo Kyle desfilando con el Ku Klux Klan por la Avenida Pennsylvania.

A Bruce le sorprende una respuesta tan agresiva y fuera de contexto.

—¿De qué está hablando?

—Mire a su alrededor. No hay que digamos muchos negros, judíos ni católicos aquí, ¿no es cierto?

—Comprendo que esté furioso con el mundo tras su fracaso, señor Cobblepot. Pero aquí solo hay buenas personas que no se merecen su desprecio ni tienen por qué pagar sus pataletas infantiles.

—¿Mi fracaso? ¿A qué se refiere?

—Por lo ocurrido el día de la inauguración de su torre. O, mejor dicho, por lo que no ocurrió —prosigue Bruce, que parece estar siempre dispuesto a provocar un enfrentamiento dialéctico.

El magnate es ahora el que queda confundido, no sabiendo qué responder.

—¿Lo que no ocurrió? ¿Va a decirme de una vez a qué se refiere?

—Vamos Oswald. Todo el mundo lo vio. ¿Acaso cree que no nos dimos cuenta? Su reputación ha quedado muy dañada.

—Déjese de juegos, Wayne. ¿De qué está hablando?

—¿De qué cree? —dice Bruce, acercándose a él y bajando la voz, mirándole a los ojos con la única mirada desafiante y condescendiente que Oswald conoce—. Lo que tenía preparado. Lo que había planeado durante meses. Tal vez años. Lo que causaría asombro en Gotham y en el mundo... poder amarrar zeppelines a su torre. Tuvo que volver por donde vino. Ni siquiera pudo celebrar en persona la inauguración de su propia torre. Eso será algo que esta ciudad nunca olvidará.

Oswald se relaja, pero no demasiado.

—¡Tenemos mayoría en los condados de Gloucester y de Monmouth! —grita desde la tribuna uno de los organizadores de la campaña. Lo que provoca que todo el auditorio rompa en aplausos y gritos, pero ni Bruce ni Oswald se suman a la celebración.

—Sí, la noche no acabó como yo deseaba. Pero he oído que usted también terminó algo perjudicado. Su mayordomo me escribió para decirme que no pudo acudir a la comida de Año Nuevo en mi casino por encontrarse indispuerto... ¿Tal vez el champán que serví fue demasiado fuerte para usted?

—Sí, debo reconocer que esa noche terminé... algo más perjudicado de lo que esperaba. Pero mereció la pena, sin duda.

—Debería cuidar más sus hábitos. Puede que algún día no salga tan bien parado.

—Es lo mejor que sé hacer, señor Cobblepot. Y hasta ahora no me ha ido mal. —En ese momento, se oyen aplausos y gritos. Bruce se gira

hacia el estrado y ve subir a él a Richard y a María Kyle, seguidos por Selina, un poco más alejada. Hecho que también observa Oswald—. Disculpe, debo irme.

—Es la segunda vez que me deja con la palabra en la boca por ella. ¿Acaso se le está resistiendo, señor Wayne?

—¿Cómo dice? —pregunta Bruce, volviendo a centrar su atención en Oswald.

—La encantadora Selina Kyle. A diferencia de la mayoría de muchachas y solteras de Gotham, parece no caer rendida a sus encantos o a su cartera. Tal vez yo podría ayudarle.

—¡Mayoría en Sussex y en Gotham! ¡Tenemos mayoría en Gotham! ¡Hemos ganado! —clama el organizador, lo que provoca que todo el público estalle de júbilo, agitando banderas y gritando al unísono—. ¡Richard Kyle senador!

—¿Ayudarme? —pregunta Bruce, aislado por completo de la euforia reinante, clavando en Oswald unos ojos en los que ya no hay condescendencia, sino ira contenida.

—Creo que yo podría tratar con ella. Hablarle de lo afortunada que sería a su lado. Recuerde: colaborar en vez de competir.

—No se acerque a ella, Oswald.

—Vaya... Bruce Wayne tiene un corazón, después de todo. O puede que solo la desee porque le ha rechazado y eso es algo que su orgullo no puede soportar. Tal vez debería apartarse y dejar que otros probemos suerte.

—No se lo repetiré, Oswald —amenaza Bruce, encarándose con él—. Olvide a Selina Kyle.

Pero esa actitud no intimida lo más mínimo al magnate.

—Descuide. Sé lo peligroso que puede llegar a ser un hombre cuando le roban lo que más desea —susurra Oswald, con una sonrisa maliciosa—. Cuando le despojan de su gran sueño; de aquello por lo que ha luchado toda su vida... Cuando le arrebatas eso a alguien, es capaz de todo, incluso de la mayor de las locuras. Usted también debería tenerlo presente... Pero no continúe perdiendo el tiempo conmigo, señor Wayne. Vaya a por ella, antes de que otro se le adelante. Ahora es la hija de un senador.

Bruce no responde y se retira contrariado. Parece destinado a perder cada duelo que mantiene con Oswald Cobblepot, y sabe que eso se debe a sus debilidades. Aunque le cuesta, finge alegría mientras se aproxima a la tribuna. Camina con lentitud, sonriendo y estrechando las manos de todos con los que se cruza, aunque no haya visto en su vida a esas personas, conozca sus nombres ni le importen lo

más mínimo; ni ellos ni en realidad el resultado de esas elecciones. Ya en el estrado, saluda efusivamente a Richard y María Kyle. Los tres posan para la prensa, que se agolpa frente a ellos para ocupar el mejor lugar e inmortalizar ese momento. Cumplido ese trámite, se acerca a Selina.

—Señorita Kyle, necesito hablar con usted en privado.

—¿Ahora? —pregunta ella, mirando a sus padres.

—Es muy importante... por favor —insiste Bruce, pidiéndole que se dirija a una sala cercana.

Oswald ve a ambos dejar la tribuna con extraña urgencia, por lo que les sigue disimuladamente hasta que entran en otra estancia. Una vez junto a la puerta de la habitación en la que se ha ocultado la pareja, la entreabre para poder husmear en el interior, aunque le resulte imposible escuchar nada de lo que se dirán por el bullicio que lo envuelve.

—Necesito que preste atención a lo que voy a decirle —pide Bruce.

—Pero... debería estar junto a mis padres.

—Escúcheme. Es muy importante... Un amigo me ha advertido que puede correr peligro.

—¿Yo? ¿Peligro?

—Así es.

—¿Por qué yo? ¿Es algún enemigo de mi padre? ¿La mafia?

—Temo que alguien peor.

En ese momento, un hombre del séquito que vela por la seguridad de Richard Kyle se aproxima Oswald.

—Disculpe —dice el guardaespaldas tras él, abriendo la puerta y entrando en la sala en busca de Selina.

—Señorita Kyle —dice al verla—. Su padre quiere que vaya junto a él para las fotografías.

—Déjenos —se interpone Bruce—. Aún no hemos acabado de hablar.

—Lo siento, señor Wayne, pero debo llevarla al estrado.

El guardaespaldas camina hacia Selina, que retrocede varios pasos al verlo avanzar con tanta decisión.

—No se acerque... —dice ella con pánico, retrocediendo aún más cuando él alarga la mano para cogerla.

—¡No la toque! —grita Bruce, sabiendo que no puede recurrir a la fuerza bajo esa identidad.

Selina, al sentirse acorralada y sin lugar al que escapar, se descalza como por instinto y con una fuerte y veloz patada giratoria golpea al guardaespaldas en la cara, que lo vuelve de espaldas y cae golpeándose a su vez la cabeza con el borde de una mesa, quedando en el suelo

inconsciente. A Bruce no le sorprende en absoluto esa acción pero, aun así, sabe que debe fingir asombro.

—Tú... —dice Oswald, que ha observado toda la escena—. Claro... Vosotros... ¿quién lo hubiera pensado?

Selina mira a Bruce sin saber qué decir. Abrumada, sale corriendo sin ni siquiera volver a calzarse los zapatos. Oswald, al verla acercarse, se hace a un lado, recostándose contra la pared. La puerta se abre y Selina sale como una exhalación, aunque nadie más, salvo él, parece reparar en ella. Bruce sale también de la habitación casi al momento. Mira en todas direcciones, pero la joven parece haber desaparecido entre la multitud de personas que ríen y celebran el triunfo de su candidato. Camina abriéndose paso con dificultad, hasta que escucha una voz estridente a su espalda.

—¡Señor Wayne! —grita Oswald.

—Ahora no, señor Cobblepot —responde Bruce, volviéndose.

—Oh, ¿por qué tanta prisa? —susurra Oswald, acercándose tanto a él que casi puede sentir su aliento.

Pero eso no es lo único que Bruce siente; también un objeto frío y afilado en su garganta. Oswald blande ante él la hoja de acero de su bastón en posición vertical, lo más disimuladamente posible.

—¿Pero, qué hace? ¿Se ha vuelto loco? —pregunta Bruce, sin atreverse a hacer ningún movimiento brusco, sabiendo que su cabeza podría ser ensartada en cualquier momento.

—Es posible... sí. O tal vez esté más cuerdo y lúcido que nunca. Cómo se han burlado de mí...

—¿De qué habla?

—Basta de mentiras... basta de máscaras —escupe Oswald esas palabras en su misma cara—. No se atreva a seguir tratándome como un imbécil o le atravesaré el gaznate aquí mismo.

Bruce toma la hoja con la mano, y Oswald ve en sus ojos que no le importa el daño que pueda sufrir ni derramar sangre.

—Vamos, señor Wayne. ¿Qué va a hacer?

—Lo que usted me obligue a hacer.

—¿De veras? Mire a su alrededor. ¿De verdad va a tirar por la borda tantos años, esfuerzo y dinero dedicados a crearse esta imagen pública? No... no deben ser Bruce Wayne ni Oswald Cobblepot los que se enfrenten.

—¿Quién entonces?

—Ya lo sabe... El Murciélago y el Pingüino.

—¿Cuándo?

—Mañana. A medianoche.

—¿Dónde?

—Donde todo debió terminar... Ahora, si me permite —dice Oswald, mirando su cuchilla y la mano temblorosa de Bruce, quien, tras varios segundos, la suelta.

Oswald enfunda el arma y se aleja, uniéndose a la muchedumbre.

—¡Hoy es una noche para celebrar! —grita abriendo los brazos, mirando a Bruce con una gran sonrisa.

4 de enero de 1930

Nieva sobre Gotham y el Murciélago se yergue en lo alto de la Torre Wayne. Solo desde allí puede observar lo que ocurre en la azotea de la Torre CobbleCorp, en la que distingue una silueta inconfundible e inquieta que camina en círculos alrededor de un bulto cubierto con una capa o sábana negra. La que aún sigue siendo la sombra más temida de Gotham salta al vacío y despliega sus alas. Oswald siente algo que corta el viento, se gira, y ve caer del cielo, rodar por el suelo e incorporarse en apenas un instante, al Murciélago. El magnate le observa y sonríe. Sin mediar palabra, retira el manto negro como si fuera un mago dispuesto a mostrar un truco, dejando al descubierto a la Gata, amordazada y arrodillada con las manos atadas a la espalda.

—¡Bienvenido, Murciélago! —dice el Pingüino—. Por fin estamos todos juntos. Por fin podemos mostrarnos tal y como somos.

El Murciélago avanza varios pasos hacia ellos pero, entonces, el Pingüino sujeta con ambas manos su bastón y desenfunda la alargada hoja oculta en su interior, poniéndola en la garganta de la joven.

—Ah, ah, ah —dice el Pingüino, negando sutilmente con el dedo índice—. Cuidado, Murciélago. Sería una lástima que me obligaras a cortarle su precioso cuello. Quítate el cinturón y tira todos esos cachivaches; la pistola garfio y esas cuchillas tan afiladas.

El Murciélago obedece, desarmándose sin intentar ganar tiempo ni pensar en tretas. El Pingüino toma entonces la máscara de la Gata y se la quita lentamente, observando la apenas perceptible reacción de su adversario.

—Ya os conocíais, ¿verdad?

Oír esas palabras hace que ella quede confundida.

—¿Qué me dices tú, querida? ¿Sabes quién se oculta tras la máscara del Murciélago? —El Pingüino mira entonces a ese justiciero que, por primera vez, se siente vulnerable y a merced de otro—. Vamos, quítatela.

—Creía que hoy iban a enfrentarse el Murciélago y el Pingüino...

—Ya lo han hecho... y has perdido. Perdiste en cuanto la has visto a ella a mis pies. Te has rendido antes siquiera de intentarlo. ¿Nunca lo has pensado? ¿En qué sociedad vivimos, que un criminal responsable de la quiebra del sistema financiero, de la ruina de miles y de provocar que cientos se hayan quitado la vida, puede pasear libremente y con la cabeza bien alta por las calles y, sin embargo, eres tú, un héroe, el que debe salir de noche como un fugitivo y ocultarse tras una máscara? Vamos, quítesela... señor Wayne.

Al oír eso, el Murciélago entiende que el juego, en efecto, ha terminado. Obedece y se quita la capucha, mostrándose ante ambos, aunque la más sorprendida, es en realidad la Gata.

—¡No sabe lo que hizo! —grita el Pingüino—. Cuántos años imaginando... soñando con ese momento. La dulce visión de todos ellos arruinados y después sepultados entre escombros... era lo único que me daba fuerzas para continuar. ¡Y usted lo echó todo a perder!... Pero tal vez haya sido mejor así. Lo que ha hecho no es evitar una desgracia... los ha condenado a vivir en agonía; al sufrimiento y la impotencia de ver cómo lo van perdiendo todo día a día... Sí. En realidad, lo que yo tenía planeado para ellos era más benévolo que lo que les aguarda ahora.

—Oswald —murmura el Murciélago, viendo esa cuchilla moverse en el cuello de Selina como el arco en las cuerdas de un violín.

—¡No! No... ¡Para vosotros siempre fui el Pingüino! ¡¿Recuerda?!

—Yo nunca le ofendí...

—¡No! ¡Eran los demás los que se burlaban y me acosaban a diario! ¡Usted solo me miraba con lástima! ¡Y ahora ha hecho algo peor! ¡Me ha subestimado de manera tan humillante como lo hicieron ellos! No podía creer que alguien... tan patético como yo, pudiera ser un gran criminal ¿verdad? ¡No podía ni considerarme digno de ser su enemigo!

—No negaré mi culpa. Sí, le he subestimado... pero míreme ahora. Me ha vencido. Al Murciélago... a Bruce Wayne... a todos. Usted es el verdadero rey de Gotham.

El Pingüino sonrío, reprimiendo una risa nacida de lo más hondo.

—El rey de Gotham... Gotham no necesita un rey; no necesita una aristocracia; no necesita héroes. Lo que necesita, es recordar lo que la hizo grande. Al igual que todo hombre y mujer, necesita un objetivo noble; buenos valores... humildad y sensatez. Y yo se los he devuelto... Ya es tarde, señor Wayne. Sí... yo solo fui Oswald para una persona. ¡Para vosotros siempre fui el Pingüino!... y ha sido el Pingüino quien os ha vencido... y vengado a Oswald.

Corta entonces con su cuchilla las cuerdas que atan las muñecas de la Gata. Ella gira la cabeza con desconfianza y, ya libre, se quita la

mordaza. El Pingüino retrocede con pasos calmados hasta lo que parece un detonador de dinamita. Mira a la luna y susurra unas palabras que solo él escucha:

—Pronto nos veremos. Te prometí que llegaría a lo más alto, y lo he logrado.

El Murciélago camina lentamente hacia la joven, pero se detiene al ver girarse bruscamente a ese magnate del que no sabe qué esperar.

—¡Míranos! —grita el Pingüino, abriendo los brazos, como queriendo abarcar todo lo que le rodea—. ¡Los hijos bastardos de Gotham! ¡Dementes! ¡Psicópatas! ¡Criminales! ¡Dime, Murciélago! ¿Crees que esta ciudad será un lugar mejor sin nosotros?! ¿O que necesita más como nosotros?!... Averigüémoslo.

El Pingüino empuja la palanca detonadora, y una carga de dinamita colocada en el parking explota, produciendo una reacción en cadena que hace explotar los más de veinte camiones cargados de nitroglicerina que continuaban estacionados junto a los pilares. Los tres sienten como si un terremoto o feroz tormenta se hubiera desatado bajo sus pies. El Murciélago coge a la Gata en brazos, corre hacia el borde del edificio y salta al vacío. El magnate no mueve un músculo, aguardando en paz a que el suelo ceda bajo sus pies, siendo engullido en segundos por su majestuosa creación.

—¡Selina, tienes que sujetarte a mí! —grita el Murciélago, rodeado por el ruido estremecedor de una torre cuyas últimas plantas les persiguen.

Su caída es ralentizada en parte por la capa, pero necesita cogerla con ambas manos para poder planear. Manos que sostienen ahora lo que más ha llegado a importarle.

—¡Selina! ¡No puedo sujetarte! ¡Tienes que agarrarte a mí! ¡Si no lo haces, moriremos!

—No me importa... —le susurra al oído.

Los escombros caen por doquier a su alrededor. Tienen suerte de que no los hayan aplastado todavía. Y el suelo, oculto por una gran polvareda, está cada vez más cerca.

—¡A mí sí! quiero vivir... contigo. —Ella le mira entonces, confundida. Nunca pensó que alguien querría compartir su vida con la Gata ni, menos aún, con Selina Kyle—. Hazlo... sujétate a mí.

—Eso te va a doler... —murmura ella, con una pequeña sonrisa.

Y la Gata se braza a él, clavándole sus garras en la espalda, haciendo que sienta un agudo dolor. El Murciélago estira la mano izquierda y coge la capa. Con esfuerzo, la coloca en paralelo a su cuerpo. Sabiendo que, en efecto, Selina está bien sujeta, la suelta por completo,

haciendo lo mismo con la mano derecha. Pero la resistencia del viento por su velocidad de caída es tan grande, que la capa tira de sus brazos hacia arriba, no pudiendo mantener esa postura. Grita, tanto por el dolor que siente en hombros y espalda, como para infundirse ánimo, y haciendo acopio de todas sus fuerzas, logra la posición de planeo, pero ya tan cerca del suelo, que a los pocos segundos debe cerrar los brazos en un acto desesperado, envolviéndose a sí mismo y a Selina en una especie de crisálida negra que se confunde en medio de la gran polvareda y el fuerte estrépito del derrumbe. Y esa enorme sombra cae violentamente en un parque cercano, golpeándose y rodando por el césped, saliendo despedidos cada uno en una dirección. Ambos quedan inconscientes, rodeados por escombros, siendo envueltos por el polvo de una torre que ha colapsado por completo.

5 de enero de 1930

Selina abre los ojos lentamente. Mira a su alrededor y ve que se encuentra en una amplia y majestosa habitación, pero no la reconoce. No es la suya ni mucho menos la de un hospital.

—Buenos días, Selina —dice a su lado Bruce.

—¿Dónde estoy? —murmura ella.

—En mi mansión. Alfred, mi mayordomo, te trajo... nos trajo a ambos tras lo ocurrido en la Torre CobbleCorp.

—Eso... no ha sido un sueño, entonces...

—No, ojalá lo hubiera sido.

—¿Ha habido... ha habido muertos?

—No, que se sepa... salvo Oswald. Al menos no se han denunciado desaparecidos. Por fortuna, era medianoche, la torre estaba vacía y las calles casi desiertas.

—Gracias a Dios.

Selina se incorpora, pero un agudo dolor la paraliza.

—Espacio —pide Bruce, acercándose a ella, pero sin tocarla—. Tienes una contusión en las costillas.

—Sí, lo he notado.

A pesar del dolor, la joven logra salir de la cama y ponerse en pie. Nota que algo le oprime e impide respirar con normalidad, por lo que se toca la cintura y palpa un vendaje que le llega hasta el pecho.

—¿Tú me has curado?

—No, han sido mi médico y enfermeras personales. Los mismos que me han atendido a mí.

Selina se mira a un espejo cercano, viendo que lleva un camisón de seda plateado y se vuelve hacia Bruce, pidiendo una explicación con los ojos.

—Pedí a mi mayordomo que fuera a Bloomingdale's y te comprara algo de ropa —dice Bruce, abriendo un vestidor cercano—. No conocía tus gustos, así que... le dije que lo comprara todo.

Selina se acerca a un vestidor, viendo juntos más zapatos y vestidos de los que nunca pudo imaginar.

—Sería el sueño de cualquier mujer...

—Espero que alguno te guste... y que lo lleves mientras cenas conmigo esta noche.

Selina se encoje y se frota el antebrazo izquierdo, tomando aire para preguntar algo que le ronda la mente desde el momento en el que recuperó la consciencia.

—¿Hablabas en serio? Lo que dijiste mientras caíamos...

—Por supuesto —afirma Bruce de inmediato.

El heredero de los Wayne se acerca a un joyero. Tras hacer memoria, abre el tercer cajón y saca un estuche. Vuelve junto a ella y lo abre, mostrando a Selina un collar con siete enormes esmeraldas en talla de pera y unos pendientes a juego, cada uno con tres de esas piedras preciosas—. Era de mi madre. Sería para mí un honor que lo llevaras esta noche.

—Es maravilloso —susurra Selina, que parece olvidar el dolor por un momento, acariciando el collar.

Sin darle tiempo casi a reaccionar, Bruce se coloca tras ella y se lo pone en el cuello.

—¿Por qué...? ¿Por qué nunca viniste aquí? Todos en Gotham saben que no hay mayor fortuna ni colección de arte y joyas que en esta mansión.

—Puede que precisamente por eso. Porque si hubiera robado aquí... ¿A qué más podría aspirar? Ya no habría ningún reto en esta ciudad. No sabría qué hacer para... calmar la mente. —Selina se vuelve, le mira a esos ojos en apariencia calmados y cree ver algo—. ¿Te hubiera gustado?

—¿Cómo?

—¿Te hubiera gustado que la Gata entrara aquí? ¿Qué te asaltara por la noche?

—Sí —afirma Bruce, con sincera convicción.

Ella sonríe y se vuelve, mirándose en el espejo.

—Gracias, pero no puedo aceptar esto. No lo merezco. No merezco nada de lo que tengo.

—No digas eso. ¿Merecías acaso lo que te ocurrió? ¿Lo merecía yo? —responde contrariado Bruce, con tono severo y ojos en los que, parece, quieren asomar lágrimas.

Selina mira el vestidor a rebosar de preciosos y carísimos vestidos.

—Te agradezco esto, pero quiero la piel con la que llegué aquí —Bruce escucha esas palabras con desconcierto y frustración. No sabe qué más hacer para intentar retenerla a su lado—. Y que me enseñes tu otra piel... a tu verdadero yo.

El heredero de los Wayne no dice nada, pero acepta tal petición, comprendiendo que es inútil seguir ocultando nada a esa joven.

Y la cueva y su ejército de murciélagos guardianes ven por primera vez a una mujer descender por las escaleras metálicas, enfundada en un brillante y ceñido traje de cuero negro. Avanza observando el taller y el laboratorio, los archivos y las máquinas microfilmadoras, hasta llegar al sarcófago en el que duerme el Murciélago. Bruce lo abre y le muestra a su alter ego, tal y como había pedido.

—Quédate conmigo, Selina —susurra a su espalda—. Nunca te faltará de nada. Cualquier joya... cualquier cosa que quieras.

La Gata sonrío, pero más con tristeza que por lo que acaba de escuchar.

—¿Aún no lo comprendes? Nunca hice esto por avaricia ni por vanidad.

—Entonces, ¿por qué?

—Creía que tú me entenderías.

Entonces comienza a llorar, se agacha y cae de rodillas al suelo. Bruce se sienta a su lado, respira hondo y apoya suavemente una mano en su hombro. Viendo que esa vez no rechaza su contacto, se coloca tras ella y la abraza.

—Te entiendo —susurra él a su oído—. Porque soy como tú. Yo hago lo que hago porque durante esos momentos siento menos culpa; siento que el dolor desaparece. Pero también siento en mi conciencia que hago algo... para evitar que otros sufran lo que yo.

Bruce la aprieta contra él. Quiere hacerle sentir que no está sola, pero es él quien siente un gozo como pocas veces antes; un placer que va más allá de los sentidos, por poder al fin tener a su lado a alguien que puede considerar un alma gemela, tanto en lo bueno como en lo malo.

—Pero nunca será suficiente —contesta ella—. No pararás nunca... hasta que te maten. Sabes que no encontrarás la paz haciendo eso. Quieres creer que aportas equilibrio... que eres la luz que lucha contra la oscuridad. Pero nosotros somos... donde habita la oscuridad.

Y ambos permanecen casi inmóviles, abriendo sus mentes y corazones, rodeados por cientos de murciélagos que cuelgan y aletean en esa cúpula de piedra.

FIN